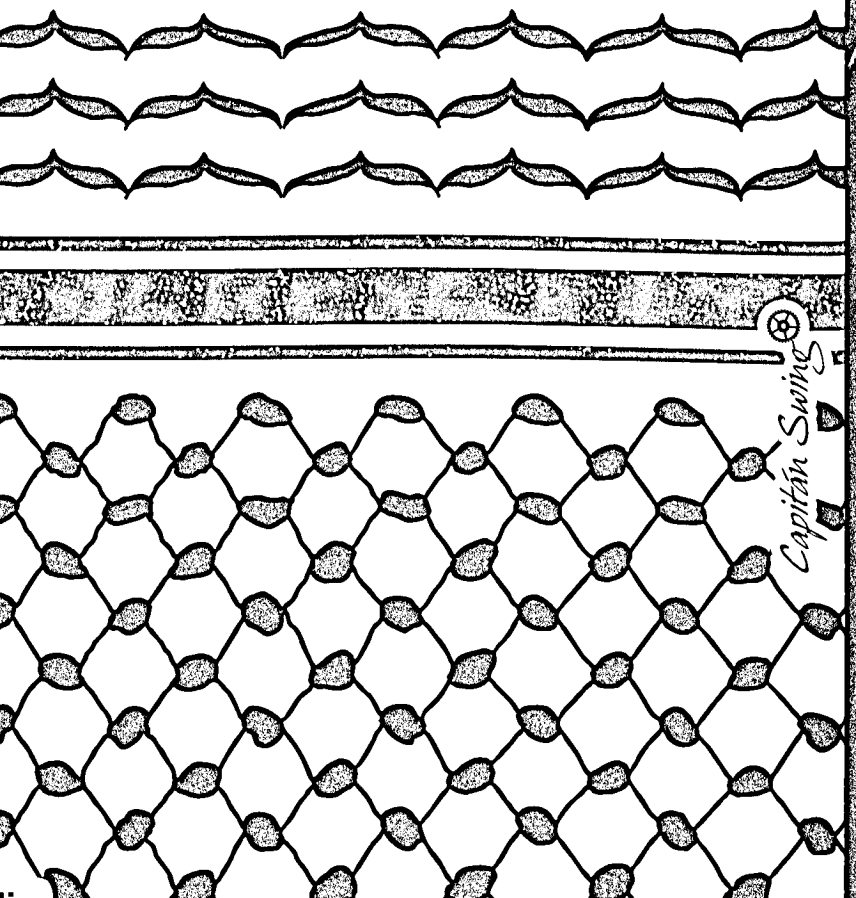
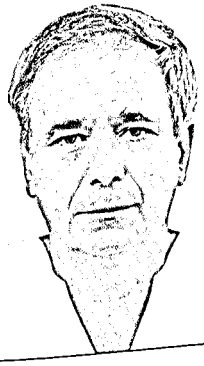
# Ilan Pappé

# Breve historia del conflicto entre Israel y Palestina



# Ilan Pappé

Haifa (Israel), 1954



**Profesor** israelí de Historia en la Universidad de Exeter, en el Reino Unido, codirector del Centro Exeter de Estudios Etnopolíticos y activista político. Anteriormente fue profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Haifa (1984-2007) y director del Instituto Emil Touma de Estudios Palestinos de Haifa (2000-2008). Es autor de libros como *Los diez mitos de Israel*, *Historia de la Palestina moderna*, *La limpieza étnica de Palestina* y *La cárcel más grande de la tierra* (publicado en Capitán Swing). Fue también uno de los fundadores de la coalición de izquierdas Hadash. Ilan Pappé es uno de los denominados «nuevos historiadores» israelíes, quienes, a partir de la desclasificación de documentos en la década de 1980 por parte de los Gobiernos del Reino Unido, Estados Unidos e Israel, han tratado de revisar la historia moderna del Estado de Israel, criticando el sionismo desde puntos de vista muy controvertidos para gran parte de la sociedad israelí, llegando a recibir amenazas de muerte. Se ha mostrado radicalmente en contra de la creación del Estado de Israel, culpándolo de la falta de paz en Oriente Medio y argumentando que el sionismo es más peligroso que la militancia islámica y llamando en ocasiones a un boicot académico contra las universidades israelíes. Pappé es también un firme defensor de la creación de un único Estado secular en la región histórica de Palestina en el que convivan tanto árabes como judíos.

*A Very Short History of the Israel–Palestine Conflict* (2024)

© Del libro:
Ilan Pappé

© De la traducción:
Lidia Pelayo Alonso

© De esta edición:
Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2° 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
contacto@capitanswing.com
capitanswing.com

© Diseño gráfico:
Filo Estudio - filoestudio.com

Corrección ortotipográfica:
Carlos Vidania

ISBN: 978-84-129530-3-9
Depósito Legal: M-27406-2024
Código BIC: FV

Impreso en España / *Printed in Spain*
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

# Índice

Introducción ..... 07
01. ¿Cuándo y dónde comenzó el conflicto? ..... 09
02. Los años tranquilos (1918-1926) ..... 21
03. ¿Por qué el movimiento sionista comenzó la limpieza étnica? ..... 27
04. Los acontecimientos de 1929 ..... 33
05. La Gran Revuelta Árabe (1936-1939) ..... 37
06. Los antecedentes de la Nakba (1945-1947) ..... 43
07. El Plan de Partición y sus consecuencias ..... 51
08. La limpieza étnica de Palestina ..... 57
09. Después de la Nakba: Israel y Palestina (1948-1967) ..... 67
10. Los antecedentes de la guerra de los Seis Días (1967) ..... 75
11. La creación de las dos mayores prisiones del mundo (1967-2000) ..... 79
12. Entre dos intifadas (1987-2000) ..... 91
13. La Segunda Intifada (2000) ..... 103
14. Israel y Palestina en el siglo xxi ..... 107
15. El contexto histórico y moral del 7 de octubre de 2023 ..... 117
Conclusión ..... 121

Lecturas recomendadas ..... 127

# Introducción

Desde el 7 de octubre de 2023, cuando Hamás irrumpió en Israel en la Operación Inundación de Al-Aqsa, el mundo entero dirigió su mirada a un país en el que parece no haber acuerdo alguno, ni siquiera en su nombre. Los israelíes llaman a esta tierra «Eretz Israel». Los palestinos la llaman «Palestina». El 7 de octubre, unos mil doscientos israelíes, civiles en su mayoría, perdieron la vida y doscientos cuarenta fueron secuestrados; muchos de ellos aún no han regresado a casa. La respuesta de Israel, la Operación Espadas de Hierro, ha asesinado a más de treinta mil palestinos hasta la fecha; alrededor de un tercio eran niños. El texto que se presenta a continuación es una historia precisa de cómo se ha llegado a este punto para quienes están viendo cómo se desarrolla el conflicto por primera vez y para quienes llevan implicándose en la lucha por la paz y la justicia en la región desde hace muchos años.

El conflicto no empezó el 7 de octubre. El secretario general de la ONU, António Guterres, cuando condenó los horrores perpetrados por Hamás, le recordó al mundo que los palestinos han estado sometidos a «cincuenta y seis años de ocupación asfixiante» tras la victoria de Israel en la guerra de los Seis Días de 1967. Sin embargo, las raíces del conflicto se remontan aún más atrás, adentrándose en el pasado hasta la fundación del Estado de Israel en 1948. Sus inicios se hallan a finales del siglo XIX. La historia, como todo lo demás, se ha debatido, oscurecida por intereses políticos poderosos y la polarización de ambos bandos. No obstante, yo soy historiador y proporcionar contexto no es lo mismo que crear excusas.

Desde la llegada de los primeros colonos judíos a la Palestina histórica hasta nuestros días, analizaré los principales acontecimientos, personajes y procesos para explicar por qué este conflicto se ha vuelto irresoluble. No pretendo ser exhaustivo, pues existe una vasta bibliografía que abarca décadas para quienes estén interesados en profundizar en la cuestión, pero creo que cualquiera que se oponga a la opresión y la injusticia comprende los fundamentos de lo que hoy conocemos como el conflicto entre Israel y Palestina. Este libro es mi intento de hacerlo legible.

01

# ¿Cuándo y dónde comenzó el conflicto?

La respuesta breve es que fue a finales del siglo XIX, cuando Palestina estaba de nuevo bajo control otomano, como había ocurrido desde 1516, excepto por algunos interregnos. Se cree que a finales del siglo XIX vivían allí alrededor de medio millón de personas entre los tres distritos del Imperio otomano: Nablus, Acre y Jerusalén. Los tres distritos se extendían más o menos por el área que ahora es Israel y los territorios ocupados. El 70 % de las personas eran musulmanas, aunque también había unas minorías cristianas y judías considerables.

Los viajeros y diplomáticos del mundo tenían marcada en los mapas esta tierra como «Palestina», y a su pueblo se lo denominaba «árabes de Palestina». Sus habitantes hablaban su propio dialecto árabe y tenían sus propias tradiciones, entre ellas, sus prendas de ricos bordados que marcaban la pertenencia a una localidad y una tribu. Sin embargo, Palestina cambió, igual que el resto del mundo, entre la década de 1830 y el final de ese siglo. El siglo XIX fue la época del nacionalismo y Palestina no fue inmune a esta corriente. Sus élites urbanas, como las de Damasco, Damieta o Beirut, recuperaron su interés por la literatura y la cultura árabes creando así una identidad nacional a partir del idioma compartido. Los intelectuales abogaron por un nuevo proyecto de unificación panarábica que se extendería desde Marruecos a Irak y de Siria a Yemen y a Sudán. El sentimiento panarábico naciente obtuvo popularidad tras el auge de los Jóvenes Otomanos, un movimiento reformista que quería imponer la identidad nacional turca a lo largo de todo el imperio, cuyos dos tercios eran árabes. La Constitución otomana de 1876, una victoria para los Jóvenes

Otomanos, declaró que el turco sería el único idioma oficial del Estado. Los árabes, incluidos los palestinos, se enfurecieron, y con razón, ante este intento de colonización cultural. Estas tendencias irían en aumento cuando los sucesores ideológicos de los Jóvenes Otomanos, los Jóvenes Turcos, se hicieron con el poder en 1908.

La creación de la identidad palestina moderna coincidió con un renacimiento cultural entusiasta que encabezaron escritores, poetas y periodistas pioneros como Ruhi al-Khalidi y Najib Nassar, por mencionar a dos de ellos. En esa época se solía decir que los buenos libros se escribían en El Cairo, se imprimían en Beirut y se leían en Jaffa. Palestina nunca ha estado separada del mundo árabe; es una parte fundamental de este. Obviamente, tampoco ha sido nunca «una tierra sin habitantes», como decían los sionistas; lista para ser poblada.

Junto con esta transformación cultural, en sus últimos días el Imperio otomano modernizó el país. En Jerusalén y Nablus se instauraron nuevos gobiernos locales con administraciones reformistas. A principios del siglo XX, se propusieron planes y se firmaron acuerdos para construir líneas de tranvía, proporcionar electricidad y arreglar los viejos sistemas de aguas residuales. Siguiendo esta idea, las localidades de provincias se convertirían en ciudades modernas. Sin embargo, el estallido de la Primera Guerra Mundial supuso que muchas de estas grandes ambiciones no fueran más que papel mojado.

Al mismo tiempo que Palestina se elevaba hacia la cúspide de una nueva era, aparecía el sionismo en Palestina.

El sionismo llegó como una importación extranjera. Empezó en el siglo XVI como un proyecto evangélico cristiano en Europa. Una cifra significativa de cristianos protestantes creía que el regreso del pueblo judío a «Sion» satisfaría las promesas de Dios a los judíos en el Antiguo Testamento. Este sería un presagio de la Segunda Venida de Cristo, que marcaría el inicio del fin del mundo; un proceso que muchos evangélicos querían acelerar.

Ellos fueron los primeros en considerar a los judíos como miembros de una nación o una raza en lugar de creyentes practicantes de una fe. Estaban especialmente activos en Estados Unidos y Gran Bretaña, y algunos de ellos tenían puestos importantes,

como William Blackstone en Estados Unidos y lord Shaftesbury en Gran Bretaña.

¿Qué los motivaba? Desde luego, no era la simpatía hacia el pueblo judío. Algunos eran antisemitas manifiestos que veían Palestina como un vertedero para los judíos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa, pues nunca llegaron a aceptarlos como miembros iguales de sus países respectivos. Pero también era algo políticamente conveniente, sobre todo para quienes formaban parte de las élites dirigentes. Para ellos, se podía movilizar a los judíos por motivos religiosos, para tomar la «Tierra Santa», como describían Palestina, de las manos de los «musulmanes», es decir, del Imperio otomano, que estaba frustrando los deseos imperialistas europeos en esa zona.

Los intelectuales y activistas judíos se inspiraron en parte en este movimiento, a pesar de lo cínico de sus motivos. Los fundamentalistas cristianos de hoy en día, denominados sionistas cristianos en Estados Unidos, siguen apoyando estas ideas y forman el grupo de presión proisraelí más importante de Estados Unidos, pues no solo ofrece apoyo a Israel, sino que va más allá, al defender la anexión y la judaización por parte de Israel de la Cisjordania ocupada.

Sin embargo, hay que tener cuidado y diferenciar el sionismo cristiano del sionismo judío. El sionismo judío tuvo dos impulsos. Primero fue una respuesta al aumento del antisemitismo violento en Europa oriental y central, donde se llegaron a vivir pogromos que costaron cientos de vidas. Europa siempre ha tenido problemas con el antisemitismo: durante siglos, los cristianos condenaron a los judíos como los asesinos de Cristo y añadieron a ello diversas atrocidades, como el terrible libelo de sangre. A finales del siglo XIX, el fervor del nacionalismo moderno llevó a presentar a los judíos como una nación separada dentro de otra nación, una intolerable y en la que no se podía confiar. Pero el sionismo no fue la respuesta instintiva al creciente antisemitismo de la época; de hecho, ni siquiera fue popular al principio. Sugerir a un grupo que ha pasado siglos en Europa que se traslade en masa a una tierra cálida y seca a varios miles de kilómetros de distancia con un idioma que no habla es una opción bastante difícil de vender. Miles de trabajadores judíos se organizaron en movimientos socialistas, pues

creían que la revolución y el derrocamiento del sistema capitalista pondrían fin a su opresión como judíos. Otros judíos, con la brutalidad arbitraria del zar del Imperio ruso en mente, sostenían la opinión de que la construcción de democracias liberales fuertes ofrecería oportunidades para que los judíos se convirtieran en ciudadanos de pleno derecho e iguales, resolviendo así la «cuestión judía». El Holocausto hizo añicos la fe en estas ideas. Tras la muerte de más de seis millones de judíos y después de años en los que los supervivientes de los campos de concentración languidecían en campos de «personas desplazadas» sin que ningún país europeo estuviera dispuesto a acogerlos, la seguridad en la Europa anteriormente ocupada por los nazis ya no parecía posible. Solo entonces el sionismo como movimiento consiguió un apoyo real y generalizado en el mundo judío.

El segundo impulso fue el nacionalismo. Con el cambio de siglo muchos grupos de Europa, subyugados bajo grandes y anquilosados imperios, como el ruso y el austrohúngaro, empezaron a organizarse como movimientos nacionales y a luchar por la restauración de los derechos perdidos. Así surgieron las demandas de autonomía nacional y cultural de Polonia, Ucrania, Chequia, Serbia y muchos otros colectivos etnolingüísticos. Los intelectuales judíos vieron en el contexto nacional un medio para modernizar la identidad judía y, por así decirlo, actualizarla. Esto significaba revivir la antigua lengua hebrea y releer los textos religiosos del judaísmo como textos políticos; con el Antiguo Testamento como el más importante de ellos. A diferencia de los judíos ortodoxos, los sionistas laicos, al igual que los cristianos evangélicos, empezaron a interpretar el Antiguo Testamento como un documento histórico que demostraba que Palestina pertenecía al pueblo judío. Los judíos ortodoxos consideraban el Antiguo Testamento un tratado religioso y moral que los obligaba a obedecer las leyes de Dios para la humanidad.

Después de una ola de pogromos particularmente cruel en 1881 en todo el suroeste del Imperio ruso, un grupo de jóvenes judíos planeó establecerse en Palestina con la esperanza de que su celo y su propósito inspirarían a otros a seguir su ejemplo. Llegaron a Palestina en 1882. Pudieron comprar tierras en Palestina con

dinero proporcionado por filántropos judíos y personas de negocios, como los Rothschild. Las tierras que compraron eran en su mayoría propiedad de terratenientes ausentes, es decir, personas ricas que vivían fuera de Palestina y que habían comprado tierras al Estado otomano tras las reformas de la legislación otomana sobre la tierra a mediados del siglo XIX.

Antes de estas reformas, en el Imperio otomano normalmente las personas individuales no podían poseer tierras como propiedades privadas. El Imperio se las cedía a los terratenientes o granjeros, que construían sus municipios en ellas. Muchas de estas localidades llevaban allí desde hacía siglos. En Palestina, algunas de estas ciudades precedían incluso a la existencia del imperio. No obstante, con la nueva legislación territorial los terrenos de las localidades, cedidos previamente por el Estado, ahora eran propiedad privada de un terrateniente. Sin embargo, para el Gobierno otomano, el hecho de que la tierra cambiase de manos no suponía alteración alguna a nivel práctico. La tierra, tal y como se entendía, venía con inquilinos añadidos; por ejemplo, las localidades y sus habitantes. Cuando los primeros pobladores sionistas quisieron formar sus propios colectivos agrícolas, sus compras iniciales consistieron en tierras sin cultivar donde no vivía nadie.

Esto cambió cuando comenzó el gobierno británico tras la caída del Imperio otomano, al final de la Primera Guerra Mundial, como veremos más adelante. El movimiento sionista apeló a los gobernantes británicos del Mandato de Palestina para que hicieran caso omiso a la costumbre otomana. Exigieron que los británicos reconocieran que la propiedad de la tierra implicaba que tenían derecho a desalojar a los aldeanos palestinos.

Los primeros colonos sionistas que desembarcaron en Jaffa en el verano de 1882 no tenían ni idea de agricultura. En su mayoría eran antiguos estudiantes universitarios, criados en ciudades de Europa del Este, sin conocimientos agrarios. Necesitaron la ayuda de campesinos palestinos, que les enseñaron a labrar y arar la tierra, para obtener frutos de ella. Aun así, el líder de aquel primer grupo, Israel Belkind, nunca se adaptó al trabajo agrícola y pasó su vida como profesor itinerante. Aquellos agricultores palestinos pensaban que estaban salvando a jóvenes idealistas ingenuos de

una inanición casi segura, y probablemente no tenían ni idea de cómo los percibía el proyecto sionista, pero en las primeras propagandas sionistas ya se presentaba a los palestinos como extranjeros en su propia tierra natal, en el mejor de los casos, y en el peor, como quienes se habían apropiado de una tierra que pertenecía legítimamente al pueblo judío desde los tiempos del Antiguo Testamento. Incluso en esta etapa, los intelectuales sionistas no veían el movimiento hacia Palestina como una huida desesperada del antisemitismo en Europa, sino como el establecimiento de las bases para apoderarse de Palestina.

Al final de la dominación otomana, en 1918, los colonos judíos representaban entre el 5 % y el 6 % de la población. Seguían siendo una minoría, pero estaban organizados.

Paralelamente al desarrollo de los acontecimientos en Palestina, los sionistas europeos comenzaron a hacer propaganda a favor de una patria judía en los pasillos de los lugares de gobierno haciendo, básicamente, diplomacia gubernamental. A la cabeza de estos esfuerzos estaba Theodor Herzl, un judío austriaco, periodista y dramaturgo que ha pasado a la historia como uno de los fundadores y fuerza motriz del proyecto sionista moderno. Intentó consolidar una estructura política más clara como medio para alcanzar los objetivos sionistas. Para ello convocó el Primer Congreso Sionista en Basilea en 1897, que aprobó un programa para establecer «un hogar en Palestina para el pueblo judío». Dicho programa no hacía mención alguna a lo que les ocurriría a los palestinos si se construía dicho hogar. Sin embargo, Herzl no confiaba demasiado en una coexistencia pacífica. En su diario de 1895 expresó su esperanza de que la «población sin dinero», es decir, los palestinos pobres, fuera «expulsada» de sus fronteras hacia los países vecinos.

Herzl anticipó que el Imperio otomano, presionado por los Gobiernos europeos, aceptaría entregar Palestina al movimiento sionista. Incluso llegó a ofrecer dinero, que no tenía realmente, al Gobierno otomano como pago por ese acuerdo. Sin embargo, los otomanos se negaron. Al ver que ese sueño se desvanecía ante sus ojos, Herzl cambió de estrategia y sugirió al Gobierno británico que el Estado judío no tenía por qué estar en Palestina, sino que podía estar en Uganda, entonces controlada por los británicos. El Gobierno

británico se mostró dispuesto a negociar esta propuesta, pero cuando Herzl la presentó en el Congreso Sionista de 1903 estuvo a punto de provocar una escisión dentro del movimiento. Para entonces, Herzl tenían una salud delicada y falleció en 1904. Está enterrado en lo que ahora es Israel, descansando para siempre en una tierra que solo visitó una vez en su vida. En 1905, el Congreso Sionista rechazó definitivamente el plan de Uganda. A partir de entonces, la patria judía estaría en Palestina o no estaría en ningún lugar.

A otros destacados ideólogos sionistas, como David Ben-Gurion y Menachem Ussishkin, les importaba poco la aprobación gubernamental, ya fuera de los británicos o de los otomanos. En sus diarios resulta evidente que, incluso en la primera fase de la colonización sionista de Palestina (1882-1918), ya imaginaban una Palestina sin los palestinos, y discutían abiertamente cómo podría lograrse. A diferencia de Herzl, que no sentía ningún afecto particular por Palestina como lugar, ellos sí se establecieron en Palestina. La legitimidad internacional perseguida con tanto ímpetu por Herzl no era tan relevante. Para ellos, la prioridad era establecer hechos sobre el terreno. Todo lo demás vendría después.

Jaim Weizmann sucedió a Herzl como líder del movimiento sionista oficial. Era un ruso emigrado a Mánchester, Inglaterra. Cuando asumió la dirección del movimiento, comprendió que su papel consistía en crear un grupo de presión prosionista fuerte tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Este grupo de presión era necesario porque, por muchas veces que los propagandistas insistieran en que Palestina estaba vacía, evidentemente, no lo estaba. Había que construir una fuerza de presión que persuadiera a Gran Bretaña para que hiciera caso omiso de las aspiraciones de los palestinos nativos y ayudara a establecer allí un Estado judío. Esto se les vendería a los británicos como un baluarte contra el Imperio otomano, un puesto avanzado europeo en Oriente Medio.

El estallido de la Primera Guerra Mundial hizo que esta misión fuera más difícil. El mayor aliado de los británicos en el mundo árabe era la dinastía hachemí. Los hachemíes gobernaban los dos lugares más sagrados del islam: La Meca y Medina. En 1916, los persuadieron para rebelarse contra el Imperio otomano, que entonces luchaba junto a Alemania y el Imperio austrohúngaro, con

la promesa de los británicos de que los territorios árabes bajo dominio otomano se les entregarían a ellos como representantes del movimiento nacionalista panarábico. Entre esos territorios estaba incluida Palestina.

Si Gran Bretaña hubiera querido ser fiel a su palabra, la historia moderna de Oriente Próximo sería totalmente diferente. Sin embargo, durante la Primera Guerra Mundial, Weizmann empezó a establecer contactos entre el movimiento sionista y el Gobierno británico. Interpretó correctamente que Gran Bretaña era fundamental para el futuro de Palestina. Gran Bretaña ya estaba centrada en el final de la guerra y la prevista desaparición del Imperio otomano, y delineaba un nuevo mapa de Oriente Medio. Palestina desempeñaría un papel vital en la protección de los intereses imperiales británicos en la región.

Weizmann creó un grupo de presión prosionista en Gran Bretaña, formado por cristianos piadosos que creían en el «regreso de los judíos» a Palestina como cumplimiento de la voluntad de Dios, antisemitas que querían a los judíos fuera de Gran Bretaña y aristócratas anglojudíos, que se resistían a emigrar a Palestina, pero la veían como un destino adecuado para los judíos de la clase trabajadora de Europa del Este, a quienes consideraban alborotadores comunistas. En otras palabras, lo único que estas personas tenían en común era el deseo de establecer un Estado judío.

El grupo de presión sionista tardó dos años, entre 1915 y 1917, en convencer al Gobierno británico de que una Palestina judía sería un activo estratégico para el imperio. Lo que inclinó la balanza para Gran Bretaña fue que se dio cuenta de que Palestina podía ser crucial para defender el canal de Suez en Egipto. Por lo tanto, era vital tener allí un régimen de gobierno favorable. Así pues, los imperialistas querían Palestina por razones estratégicas, los cristianos evangélicos la querían para ayudar a que llegase el fin de los tiempos y los líderes judíos la querían como un refugio seguro para los judíos de Rusia y como un medio para modernizar el judaísmo a la fuerza. Estos pensaban que para sobrevivir a la nueva época el judaísmo tenía que ser una nacionalidad, no una religión.

El 2 de noviembre de 1917, el Gobierno británico redactó la Declaración Balfour, donde prometía convertir Palestina en un

«hogar nacional para el pueblo judío» a la vez que protegía los derechos civiles y religiosos de las «comunidades no judías existentes» en Palestina, es decir, la mayoría indígena. En realidad, esta declaración era una carta escrita por el secretario de Asuntos Exteriores británico, Arthur Balfour, al líder no oficial de la comunidad anglojudía, lord Rothschild. Arthur Balfour no hizo esta promesa preocupado por el bienestar de los judíos. De hecho, en 1905, como primer ministro, impulsó la Ley de Extranjería de ese año, unas restricciones a la inmigración diseñadas para impedir que los judíos de Europa del Este llegaran a Gran Bretaña. Desviar a los judíos que huían de la persecución a Palestina, una tierra que tampoco le preocupaba, parecía la solución perfecta.

Gran Bretaña, junto con Francia y Estados Unidos, resultó vencedora de la Primera Guerra Mundial. Ahora esta alianza podía repartirse a su antojo los territorios del caído Imperio otomano. Para dotar a este proceso de un aspecto de legitimidad internacional, los vencedores fundaron la Sociedad de Naciones, que era en principio una organización internacional comprometida con el mantenimiento de la paz en todo el mundo. Para ello se ideó el sistema de mandatos, por el que la Sociedad de Naciones concedía a un Estado miembro un «mandato» para gobernar una antigua colonia o una zona que antes pertenecía al imperio derrotado. Esto se concibió como un compromiso entre Gran Bretaña y Francia, que veían en sus triunfos una oportunidad para expandir sus imperios, y Estados Unidos, cuyo presidente, Woodrow Wilson, se había declarado a favor de que las demás nacionalidades del Imperio otomano tuvieran «una oportunidad de desarrollo autónomo sin impedimentos». En teoría, los territorios bajo mandato del antiguo Imperio otomano solo se beneficiarían de la administración aliada hasta que pudieran valerse por sí mismos y se reconociera que estaban en vías de alcanzar la plena independencia. Irak, por ejemplo, se independizó en 1932, el Líbano en 1943 y Siria en 1946. La única excepción fue Palestina; consecuencia directa de la antigua promesa británica de la Declaración Balfour.

A finales de 1918, Gran Bretaña había completado su ocupación de la Palestina histórica, lo que hoy conocemos como Israel,

Cisjordania y la Franja de Gaza. Palestina estaba ahora bajo dominio militar británico. En 1922, la Sociedad de Naciones concedió a Palestina el estatus oficial de mandato británico, aunque Gran Bretaña llevaba dos años gobernándola *de facto* como mandato. El mandato acordado por la Sociedad de Naciones se hizo eco de la redacción de la Declaración Balfour, ordenó a los británicos «asegurar el establecimiento de un hogar nacional judío» y «facilitar que la inmigración judía se efectuaba en condiciones adecuadas».

Los británicos intentaron replicar la estructura que habían empleado ya en sus otros mandatos. A la cabeza de un país bajo mandato se situaba el alto comisario de la potencia mandataria. Después había un gobierno y un parlamento compuestos por habitantes del mandato, con algunos poderes limitados, pero supervisados muy de cerca por los consejeros desplegados por la potencia europea.

No obstante, a Gran Bretaña le fue imposible construir este modelo en Palestina. Gran Bretaña llegó a nombrar un alto comisionado, Herbert Samuel, pero la formación de un gobierno resultó mucho más difícil: ninguna de las partes estaba contenta con las propuestas británicas. Los palestinos rechazaron un consejo legislativo que estuviera vinculado a la aceptación de la Declaración Balfour y otro en el que siempre serían superados en votos. También rechazaron todas las propuestas de una «Agencia Árabe», análoga a la Agencia Judía para la gestión de la inmigración, por considerar que en la práctica se los trataba como una minoría en su propio país. Y así, al no poder llegar a un acuerdo, todos los poderes, tanto ejecutivos como legislativos, quedaron en manos del alto comisionado y su gabinete.

Al comienzo del Mandato británico, los judíos constituían aproximadamente el 11 % de la población, pero les habían prometido Palestina como su futuro hogar, tanto la Sociedad de Naciones como en la constitución para Palestina redactada por los británicos. Durante los años de dominio británico, el Gobierno británico intentó obtener el consentimiento palestino para perder su propio país ofreciendo «soluciones» como la división, la federación y la formación de un Estado binacional. No ofrecieron

respetar el principio obligatorio de que la mayoría del pueblo de un país tiene derecho a decidir su futuro, como ocurrió en todos los países árabes vecinos. E incluso cuando los dirigentes palestinos se mostraron dispuestos a aceptar la presencia de colonos judíos en una futura Palestina, Gran Bretaña no se atrevió a imponer al movimiento sionista ninguna solución que no incluyera un Estado judío sobre una parte o la totalidad de Palestina.

02

# Los años tranquilos (1918-1926)

Los palestinos no querían que su país fuera entregado, total o parcialmente, a nuevos inmigrantes judíos en base a acuerdos diplomáticos en los que no estaban incluidos. Entre 1918 y 1920, durante el régimen militar británico, los intelectuales y activistas palestinos comenzaron a organizarse en asociaciones musulmano-cristianas. Estas se formaron para abogar por el autogobierno y oponerse a la aplicación de la Declaración Balfour. En 1919, las organizaciones se habían agrupado bajo la bandera del Congreso Árabe Palestino.

En sí misma, la mera existencia del Congreso Árabe Palestino desmiente dos mitos a menudo difundidos entre aquellos que no tienen conocimientos reales de la situación: que el conflicto es entre musulmanes y judíos y que Palestina no tenía identidad nacional propia antes de 1948. Desde los comienzos del movimiento nacional palestino, los cristianos han desempeñado un papel crucial en él. Ya en 1911, dos primos cristianos ortodoxos crearon el periódico *Falastin*, en defensa de una Palestina árabe, y alertaron prematuramente acerca de las ambiciones sionistas. Esto debería hacernos reflexionar, ya que incluso hoy en día la narrativa israelí común insiste en que Palestina no tiene una historia de nacionalismo antes de la fundación de Israel. En 1972, la primera ministra israelí, Golda Meir, dijo: «El pueblo palestino no existe». En la actualidad, hay demasiados israelíes que aún se siguen haciendo eco de ese sentimiento.

Entre 1918 y 1920 también nació una nueva sociedad civil palestina, que incluía organizaciones políticas, clubes juveniles y periódicos árabes. Estos grupos también se unieron al Congreso

Árabe Palestino, que funcionaba como órgano representativo de los palestinos. A principios de 1919, mientras se celebraba la Conferencia de Paz de París, este congreso se reunió y pidió el desistimiento de la Declaración Balfour. Consideraban que Palestina era parte de una Siria árabe independiente. Pero, como sabemos, había unidad entre las religiones contra el intento de forjar un nuevo Estado.

Los británicos respondieron a estos acontecimientos creando sus propias instituciones. En diciembre de 1921, el alto comisionado, Herbert Samuel, estableció el Consejo Supremo Musulmán, que tendría autoridad sobre los tribunales y las tierras musulmanas. En esta época, los británicos intentaban dividir a los palestinos según su religión. Sin embargo, los musulmanes que participaban en este consejo seguían siendo muy políticos y estaban muy comprometidos con la causa palestina. El gran muftí de Jerusalén, la máxima autoridad religiosa musulmana del país, Hajj Mohammed Amin al-Husayni, fue nombrado jefe de este consejo, lo que le convirtió en una de las personas más influyentes de Palestina. Utilizó su influencia y autoridad para movilizar el nacionalismo entre bastidores.

Antes de la formalización del Mandato, los palestinos aún esperaban poder trabajar con los británicos para asegurar su futura independencia. Pero hubo dos acontecimientos que acabaron con esas ilusiones.

En abril de 1920, un grupo conservador de sionistas liderado por Zeev Jabotinsky se manifestó por el barrio musulmán de la ciudad vieja de Jerusalén mientras los musulmanes celebraban el nacimiento del profeta Moisés. Jabotinsky, que había estado armando en secreto a hombres judíos en organizaciones de «autodefensa», había predicho que habría un pogromo en marzo e hizo todo lo posible por avivar las tensiones entre musulmanes y judíos.

Antes de abril, la prensa hebrea publicó artículos en los que se hacía campaña a favor de la construcción de un Tercer Templo judío en el Monte Sagrado, el emplazamiento del Segundo Templo, destruido por los romanos en el año 70 d. C. Esto supondría la demolición del complejo Haram al-Sharif, el tercer lugar más sagrado del islam, desde donde se cree que el profeta Mahoma

ascendió al cielo. Las demandas religiosas rivales sobre este lugar aún no se han resuelto de forma satisfactoria para nadie, y en cualquier momento podrían desencadenar un conflicto mayor que implique a gran parte del mundo musulmán si el Gobierno israelí opta por no hacer concesiones. Hace unos años todo esto podía parecer alarmismo infundado, pero desde noviembre de 2022 el Gobierno israelí cuenta con dos partidos políticos comprometidos con la construcción del Tercer Templo en el Monte Sagrado. El riesgo de un conflicto masivo es ahora mucho más probable de lo que nos gustaría. Ya en 1920, estas provocaciones provocaron peleas callejeras entre jóvenes árabes y judíos, aumentando la división entre la población residente y los sionistas recién llegados.

Los palestinos intentaron organizarse contra la aplicación de la Declaración Balfour utilizando todos los medios que tenían a su disposición. En mayo de 1921 se produjo otra ola de violencia en Jaffa, a raíz de las manifestaciones del Primero de Mayo de colonos judíos presumiblemente marxistas que, en teoría, celebraban la unidad de los trabajadores. Venían de Tel Aviv, ciudad vecina de Jaffa y dominada por los colonos, que invadían cada vez más territorio. Mientras recorrían un barrio palestino, los británicos hicieron disparos de advertencia para dispersarlos. Los palestinos, temiendo un asalto judío inminente a su barrio, empezaron a atacar a los manifestantes, lo que desembocó en un conflicto en el que murieron cuarenta y siete judíos y cuarenta y ocho palestinos. Estas dos oleadas de violencia, ambas desencadenadas por las provocaciones y mantenidas por la confusión, hicieron ver que la calma en Palestina no podía perdurar ante un intento activo de colonización.

No obstante, hasta 1929, hubo una paz relativa en el Mandato de Palestina; las tensiones se cocinaron a fuego lento, pero no llegaron al punto de ebullición. Sin embargo, los sionistas aprovecharon la calma para establecerse en el terreno: para hacer de su futuro Estado un hecho consumado. Este empeño tendría consecuencias catastróficas para el pueblo palestino.

El alto comisionado británico permitió a los sionistas la construcción de la infraestructura de su futuro Estado, mientras que los asuntos palestinos seguían en manos de los británicos. De ahí

que las autoridades del Mandato permitieran a los colonos judíos construir su propio sistema educativo, sus propias industrias e incluso instalaciones militares y todos los demás servicios que podrían considerarse competencia del Estado. Al mismo tiempo, algunos sionistas, como Eliezer Ben Yehuda, encabezaron el renacimiento de la lengua hebrea, a expensas de lenguas judías europeas, como el yidis y el ladino. Se estaba forjando una nueva identidad étnica judía en tiempo real.

Mientras que a la comunidad judía se le dio independencia para formar su propio Estado, a la mayoría palestina se la trató como si fuera un súbdito colonial. La administración británica impuso su propio sistema educativo a la población musulmana, mayoritariamente rural, y proporcionó una asistencia sanitaria estatal desigual. Los servicios estatales eran muy inferiores a las infraestructuras creadas por las organizaciones sionistas. Además, Gran Bretaña no permitió que los palestinos desarrollaran una élite gobernante autóctona real, como había ocurrido en Irak.

La diferencia de trato que recibieron ambas comunidades se observa perfectamente en la política británica en materia de enseñanza superior. La administración del Mandato permitió a la comunidad judía mantener su universidad preexistente, Technion, en Haifa, y construir la Universidad Hebrea en Jerusalén en 1918 e inaugurarla en 1925. Sin embargo, no se asignaron recursos para construir universidades para los palestinos.

De hecho, durante el periodo del Mandato, solo existía un centro gubernamental para la formación de profesores en toda Palestina, la escuela de magisterio masculina, que se convertiría en el Colegio Árabe de Jerusalén. A la administración británica, con sus experiencias previas en la India y Egipto, le preocupaba que una población educada fuera demasiado difícil de controlar. No obstante, los palestinos convirtieron estas instituciones de formación de maestros casi en universidades. En 1925, el Colegio Árabe podía preparar a sus estudiantes para el examen de acceso a la universidad, lo que les permitiría matricularse en universidades fuera de Palestina. El centro era muy selectivo y excelente a nivel académico. Muchos de sus graduados estudiaron carreras de prestigio en países árabes vecinos y en otros lugares. De no haber sido por la catástrofe de

1948 y la violenta supresión de la visión de un Estado palestino, estas personas habrían sido casi con toda seguridad la futura élite gobernante de Palestina. En lugar de ello, su talento se invirtió en países como Irak, Líbano y otros más lejanos.

Y, lo que es más significativo, la administración británica toleró tácitamente que el movimiento sionista crease su propia fuerza paramilitar, la Haganá. También hubo pruebas de cooperación entre las fuerzas de seguridad británicas y los paramilitares sionistas, un hecho que enojó a los palestinos. Mientras tanto, los palestinos no podían armarse ni organizarse de una manera que resultase significativa.

Sin embargo, como hemos comentado, la presencia sionista en ese momento era todavía relativamente limitada. La cuestión imposible (cómo construir una «patria judía» en el país de otro pueblo) aún no tenía respuesta, y la posición británica seguía sin ser definitiva. Sobre todo durante la primera mitad de la década de 1920, la coexistencia entre las dos comunidades seguía siendo posible. Aunque los trabajadores árabes estaban excluidos del sindicato sionista Histadrut, había huelgas conjuntas de trabajadores árabes y judíos, como en las industrias de sastrería y carpintería de Haifa en 1925. Los árabes y los judíos seguían fundando nuevas empresas juntos: más de mil empresas mixtas se abrieron en esta década. Las ideas judías se estaban haciendo realidad, pero la catástrofe que siguió no era inevitable. Tan solo llegó a serlo cuando el carácter del movimiento sionista cambió en sus bases, como veremos ahora.

03

# ¿Por qué el movimiento sionista comenzó la limpieza étnica?

A mediados de la década de 1920, el movimiento sionista pasó de simplemente querer obtener una patria donde los judíos estuvieran a salvo, dependiendo de la compasión de las grandes potencias imperialistas, a colonizar Palestina por derecho propio, desalojando sin miramientos a la población autóctona. Y es más, comenzó a considerar este desalojo «necesario» para obtener esa patria. Normalmente no se data la limpieza étnica de Palestina a mediados de la década de 1920, pero lo que ocurrió entonces sería el inicio de todo lo que vino después.

En 1926, el movimiento sionista dio un vuelco a muchas décadas de convenciones sobre la propiedad de la tierra desde las reformas otomanas de mediados del siglo XIX. Como hemos visto, estas reformas, por las que la tierra ya no se arrendaba al Estado, permitieron que los ricos se convirtieran en terratenientes privados. En la práctica, los campesinos individuales no siempre podían mostrar documentos de su dominio porque se habían registrado colectivamente a nombre de la aldea, lo que facilitaba su desalojo; y los campesinos tenían pocos incentivos para presentar reclamaciones al Gobierno por sus tierras. De este modo, las grandes extensiones de tierra pasaron a ser propiedad de un puñado de terratenientes, muchos de los cuales residían fuera de Palestina, y a quienes entonces se describía como «terratenientes ausentes». Unos pocos eran palestinos eminentes.

Sin embargo, estas reformas nunca pretendieron cambiar la vida cotidiana de las poblaciones rurales. Cuando se compraban tierras, estas incluían las aldeas y a los aldeanos. La tradición dictaba que los aldeanos debían cumplir ciertas obligaciones con el

terrateniente, pero nunca se dudó de que los aldeanos fueran a quedarse allí. Esto fue así hasta que la administración británica cambió las reglas.

Primero, en 1920, la administración británica eliminó muchas de las restricciones existentes a la compra de tierras, aunque, consciente de la resistencia palestina, puso algunos límites a la compra de terrenos por parte de los sionistas. En la práctica, sin embargo, esto significaba que el movimiento sionista podía comprar todo lo que pudiera permitirse. También reclasificó a los aldeanos palestinos, muchos de los cuales habían cultivado la misma tierra durante generaciones como agricultores arrendatarios, por lo que su presencia pasó a depender de la voluntad del terrateniente. Entre 1921 y 1925, la American Zion Commonwealth compró 80.000 acres de tierra en lo que entonces era Marj ibn Amer (el actual valle de Jezreel) a la familia Sursock, de Beirut. En 1929, el Fondo Nacional Judío compró unos 7.500 acres en lo que entonces era Wadi Hawarith, entre Haifa y Tel Aviv, después de que los herederos del propietario libanés original no pudieran pagar sus deudas.

En estas dos regiones, los nuevos colonos sionistas desahuciaron, a veces por la fuerza, a los habitantes y granjeros que habían cultivado esas tierras. Guiados por el ideal de que los judíos labrarían las tierras para sí mismos, los sionistas pidieron, y obtuvieron, órdenes de desalojo de las autoridades británicas. Así comenzó la limpieza étnica de Palestina. Y esta continúa hasta el día de hoy.

La forma en que los asentamientos sionistas se expanden mediante la expulsión de los habitantes locales indica un cambio en el carácter del sionismo. Lo que comenzó como un movimiento para salvar a los judíos y modernizar el judaísmo transformándolo en una identidad nacional entre otras, se había convertido claramente en un proyecto de asentamiento de colonos, dependiente de la subordinación de otro pueblo.

Voy a explicar lo que entiendo yo por «asentamiento de colonos». En el colonialismo clásico, las colonias se gobiernan desde las metrópolis; como Gran Bretaña gobernó en la India o lo hizo Portugal en sus colonias africanas. El objetivo es convertir a la población nativa en súbditos coloniales leales; los colonizadores

nunca aspiran a convertirse en la población mayoritaria dominante en la colonia. En el asentamiento de colonos, el colonizador pretende sustituir por completo la sociedad nativa por la sociedad del colonizador. Los colonos suelen ser parias en sus propias metrópolis. Al fin y al cabo, Norteamérica la colonizaron personas que huían de la persecución religiosa en Europa. Estos colonos intentan construir un hogar donde se los acepte y es una manera útil de que las potencias imperiales amplíen sus zonas de influencia, convirtiéndose en regímenes amigos en tierras lejanas.

El problema es que esas tierras nunca están vacías. Para los colonos, desesperados por imponer su propia cultura y su sistema social, la población indígena, tan diferente a ellos, es un obstáculo que hay que eliminar. Y esto nunca se hace sin brutalidad. En Australia, por ejemplo, se produjeron al menos doscientas setenta masacres de la población nativa a lo largo de los ciento cuarenta años de colonización británica, además de los conflictos armados y las cifras enormes de muertos por epidemias. Sin embargo, el proceso no se limita a la fuerza bruta. Los colonos borran la historia de las sociedades nativas y la remontan a la época de su llegada. Las viejas costumbres desaparecen y los colonos se apropian de la comida autóctona. En resumen, la tierra no está vacía y por eso los colonos la vacían.

El gran experto australiano del asentamiento de colonos Patrick Wolfe describió la actitud de los colonos hacia los nativos como «la lógica de la eliminación». Él sostenía que, mientras la eliminación no fuese total, el proyecto colonial de asentamiento se esforzaría por completarla. En otras palabras, mientras Israel mantenga su ética de colonización, nunca coexistirá pacíficamente con los palestinos.

Estas acciones no surgen de la noche a la mañana. Antes de estos actos de limpieza étnica y genocidio, y durante los mismos, los colonos construyen una justificación ideológica; crean un consenso. Escriben sobre sus intenciones, a veces directamente y otras de forma mucho más oblicua. Eso lo vemos, por ejemplo, en medios aparentemente inofensivos, como la pintura. Los primeros pintores sionistas representaban el paisaje de su futuro hogar sin aldeas palestinas. Las aldeas estropeaban la fantasía, así que tenían

que desaparecer. ¿Cómo justificaban los sionistas su actitud hacia la población nativa?

Al igual que otros colonos, dependían de la deshumanización de la población nativa, a la que describían como «salvaje» o «primitiva». Un tópico especialmente fuerte en Palestina era el de los «nómadas», personas sin ningún apego por la tierra, a pesar de que muchas localidades existen desde hace miles de años. Al mismo tiempo, los colonos afirman seguir propósitos más nobles, es decir, llevar los beneficios de la modernización (y la civilización) a un lugar atrasado. Pero estos colonos de asentamientos difieren de los colonialistas clásicos en un aspecto crucial: los colonialistas clásicos se veían a sí mismos como portadores de modernidad a los salvajes; los colonos de asentamientos se veían a sí mismos como modernizadores de la tierra, no de la gente. Las personas eran un inconveniente que había que apartar para tener acceso a la tierra. Incluso hoy en día, muchos israelíes repiten el mito de que Palestina era prácticamente un vasto desierto hasta que llegaron los sionistas e «hicieron florecer el desierto». Nada menos que Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea, repitió este viejo tópico en su mensaje a Israel felicitándole por su septuagésimo quinto aniversario. Como hemos visto, Palestina no era para nada un desierto, tampoco sus pueblos eran nómadas ni primitivos.

Mientras se propagaban estas ilusiones para hacer el proyecto sionista más apetecible a los judíos en Europa y otras regiones, los intelectuales sionistas sabían muy bien que había una población nativa con la que había que tratar. Mucho antes de la década de 1920 ya había líderes sionistas deliberando sobre cómo se podría trasladar a la población palestina. Algunos de los ideólogos sionistas esperaban que los palestinos emigraran voluntariamente a los países árabes vecinos si se les proporcionaba una compensación económica adecuada. Pero, si no era así, el traslado forzoso seguía siendo una opción viable. Los líderes y activistas sionistas fueron desarrollando este pensamiento desde mediados de la década de 1920 hasta 1948, cuando llegó el momento de ponerlo en práctica. Ahora las ideas, antes vagas, se tradujeron en un plan maestro que tendría como resultado la limpieza étnica de la mitad de la población árabe de Palestina.

Las compras masivas de tierras en la década de 1920 y las operaciones de limpieza étnica que las acompañaron ayudaron a poner fin a los años tranquilos. A medida que la década se acercaba a su fin, surgiría una relación mucho más tensa entre los colonos judíos y los palestinos, con enfrentamientos violentos cada vez más frecuentes en la década de 1930. Ambas partes se enfrentaron también a las autoridades británicas, de quienes consideraban que no recibían protección.

Las señales de un desastre en ciernes ya eran evidentes cuando los nuevos palestinos sin tierra, desalojados de las granjas que habían hecho crecer, se vieron obligados a trasladarse a las ciudades. Estos palestinos fueron víctimas de grupos sionistas supuestamente «socialistas», conocidos como laboristas hebreos, que creían que los judíos solo podían modernizarse a través del trabajo productivo; de ahí que quisieran que el trabajo agrícola se convirtiera en un coto exclusivo de los judíos. Incluso los empleadores judíos de trabajadores rurales palestinos se resistieron a esta política, ya que suponía dejar marchar a trabajadores experimentados en favor de colonos que posiblemente nunca antes hubieran trabajado en una granja de verdad. Los terratenientes que mantuvieron esta actitud fueron atacados y humillados públicamente hasta que cedieron. Y así, los palestinos, empobrecidos y desahuciados, buscaron trabajo en las ciudades.

En 1929, las tensiones estallarían de forma catastrófica.

04

# Los acontecimientos de 1929

Los palestinos conocen lo que ocurrió en 1929 como la revolución de Al-Buraq (o «tharwat al-Buraq»). En el islam, Al-Buraq es un equino alado mitad mula y mitad burro que llevó a Mahoma de La Meca a Jerusalén y de Jerusalén al paraíso. Según la tradición, el profeta Mahoma ató a Al-Buraq a una grieta del Muro de las Lamentaciones, rodeando el enclave del Segundo Templo para las creencias judías. Por supuesto, los sionistas se rebelaron.

Como en 1920, cuando los sionistas se manifestaron por el barrio musulmán, los disturbios comenzaron en la ciudad vieja de Jerusalén. Desde el otoño de 1928, los sionistas habían desafiado cada vez más el control musulmán sobre el acceso al Monte Sagrado o Haram al-Sharif. El 15 de agosto de 1929, la Haganá y los sionistas revisionistas influenciados por Jabotinsky organizaron manifestaciones junto al Muro, lo que provocó que los musulmanes se movilizaran para llevar a cabo contraprotestas al día siguiente. Entre los rumores y las incitaciones deliberadas hubo incidentes violentos entre musulmanes y judíos durante toda la semana, que culminaron con el asesinato de diecisiete judíos tras la oración musulmana del viernes 23 de agosto. Esto provocó una reacción en cadena y, en una semana, 133 judíos y 116 palestinos perdieron la vida en el caos subsiguiente. La violencia no se limitó a Jerusalén, sino que se extendió a otras ciudades, y la más notoria sería la masacre de Hebrón.

Los judíos de Hebrón formaban parte de la pequeña minoría judía que existía en Palestina muchos siglos antes de la llegada del sionismo. Vivían en paz con la comunidad musulmana. Ambas

comunidades creen en la santidad de Hebrón, ya que es el lugar de descanso del profeta Abraham, venerado en ambas religiones. Sin embargo, los jóvenes sionistas, estudiantes de la yeshivá ataviados con modernos ropajes europeos, no fueron bien recibidos. A medida que iban llegando las noticias de Jerusalén, los musulmanes de los pueblos de las afueras de Hebrón ocuparon la ciudad. Sesenta y siete judíos fueron masacrados, aunque algunos consiguieron refugiarse en casas de familias musulmanas simpatizantes. Ahora, la masacre de Hebrón, una atrocidad espantosa, se usa como arma en la narrativa oficial israelí para «demostrar» que la coexistencia no es posible e, irónicamente, para justificar las masacres posteriores de palestinos.

Aunque el desencadenante inmediato de los acontecimientos de 1929 fue religioso, los disturbios se extendieron rápida y devastadoramente a medida que los palestinos veían cómo el orden social se desmoronaba ante sus ojos. Fue un estallido de frustración tras una década en la que el movimiento sionista había avanzado a pasos agigantados. En esta década, en el campo, los palestinos vieron ya lo que les esperaba a todos: limpieza étnica y empobrecimiento forzado.

A medida que más y más palestinos se veían obligados a abandonar el trabajo agrícola, iban surgiendo los barrios de chabolas. En los barrios de chabolas de Haifa, en el norte de Palestina, apareció una nueva forma de resistencia palestina contra el sionismo y sus cómplices británicos: la guerra de guerrillas.

Aquí surgió un sacerdote carismático, el imán Izz al-Din al-Qassam. Puede que su nombre resulte familiar. El ala militar de Hamás se llamó como él, así como sus primeros misiles. Sin embargo, muchos grupos laicos de la resistencia palestina también honran su legado al introducir, en un conflicto condenado al fracaso contra los británicos, los métodos de la guerra de guerrillas en la lucha palestina.

Al-Qassam nació en Siria en 1882. Entre 1919 y 1920 se unió a la revuelta contra los ocupantes franceses y luchó contra ellos en las montañas. Los franceses reconocieron que representaba una amenaza y lo condenaron a muerte. A finales de 1920, mientras huía de los franceses, se instaló en Haifa. Predicó en la mezquita

Istiqlal, que sigue en pie, y enseñó en una escuela musulmana. Se volvió una eminencia en poco tiempo.

Al-Qassam, con su experiencia en la lucha anticolonial, logró animar a los jóvenes musulmanes que vivían en los barrios de chabolas de Haifa para que creasen sus propios grupos paramilitares. Querían prepararse para una lucha prolongada contra el colonialismo británico. Sin embargo, ante la gran afluencia de inmigración judía y la creciente vigilancia de las autoridades británicas, se vio obligado a revelar su estrategia antes de lo previsto. En noviembre de 1935, en las colinas cercanas a Yenín, él y otras once personas se enfrentaron durante varias horas a una fuerza británica mucho mayor, hasta que Al-Qassam y otras cuatro personas murieron. Haifa declaró una huelga general al día siguiente. Su tumba aún puede visitarse cerca de una ciudad judía llamada Nesher, lo que entonces era Balad al-Sheikh.

Su muerte inspiró a un número cada vez mayor de jóvenes palestinos a tomar las armas y a prepararse para librar una guerra contra Gran Bretaña para obligarla a abandonar su política sionista. También provocó una unidad mayor dentro del liderazgo político palestino, anteriormente dividido por las líneas familiares entre los Husayni y los Nashashibi. Aunque la revuelta militar de Al-Qassam estuvo destinada al fracaso, allanó el camino para la resistencia más organizada de la segunda mitad de la década de 1930.

05

# La Gran Revuelta Árabe (1936-1939)

Después de 1929 los británicos reconocieron que lo que estaban intentando resolver era un conflicto entre dos pueblos, y que tenían acuerdos con ambos. Enviaron dos comisiones de investigación para analizar las causas del estallido de violencia de 1929. Una de ellas la encabezaba *sir* John Hope Simpson. La Comisión Shaw concluyó que la violencia era el resultado del proyecto sionista de desahuciar a los granjeros palestinos y del rechazo fundamental de los palestinos al sionismo. La investigación de Hope Simpson, que se llevó a cabo después, llegó a unas conclusiones similares. El informe final recomendaba limitar la inmigración judía a Palestina.

Al principio el Gobierno británico se tomó las conclusiones de estas comisiones muy en serio y estaba dispuesto a cambiar de rumbo. En octubre de 1930, lord Passfield (Sidney Webb) presentó un libro blanco que proponía restringir las compras de terrenos y la inmigración por parte de los sionistas, y era muy crítico con las organizaciones sionistas por agravar el desempleo árabe. Se trataba de un cambio dramático en la política gubernamental. Pero incluso en 1930 existía ya un grupo de presión sionista muy influyente en Gran Bretaña. Sometido a la presión de Jaim Weizmann, el entonces líder de la Organización Sionista Mundial, el primer ministro británico, Ramsay MacDonald, redactó una carta a modo de «explicación» del libro blanco a principios de 1931; lo que en la práctica era una retractación. Las políticas prosionistas continuarían en Palestina, sin obstáculo alguno.

La promesa de un cambio que se retiró rápidamente echó leña al fuego en el bando palestino. Intentaron emular las estrategias

del grupo de presión sionista, pero no contaban ni de lejos con los mismos recursos. Entre 1930 y 1936, los palestinos intentaron modificar la política británica mediante peticiones, manifestaciones y conferencias en Londres; todo en vano.

En 1936, los dirigentes palestinos sabían que necesitaban algo más potente. Una agrupación de todas las organizaciones políticas palestinas, el Alto Comité Árabe, convocó una huelga nacional de seis meses en abril de 1936 exigiendo el fin de la inmigración judía y de la compra de tierras y el establecimiento de un gobierno nacional palestino. Los miembros más jóvenes y rurales de la resistencia palestina no se limitaron a la huelga y organizaron una revuelta contra las fuerzas británicas y judías. El levantamiento tardó tres años en ser apaciguado.

Gran Bretaña utilizó la fuerza bruta para reprimir la revuelta, incluidos los bombardeos aéreos de la Royal Air Force. Además, desplegó modelos de castigo colectivo ahora ampliamente conocidos por las escenas que se han desarrollado en Cisjordania y la Franja de Gaza ocupadas. Lo más chocante fue que, en junio de 1936, el ejército británico voló más de doscientos edificios en el casco antiguo de Jaffa, con lo que dejó sin hogar a más de seis mil palestinos. Miles de palestinos murieron y muchos otros fueron detenidos y heridos. Los líderes militares considerados responsables de la revuelta fueron atacados sin piedad y gran cantidad de ellos fueron asesinados. Además de los líderes, grandes secciones de la élite militar perdieron la vida, las que eran las fuerzas más experimentadas del bando palestino. El objetivo no era simplemente sofocar la revuelta, se trataba de garantizar que los palestinos no pudieran volver a rebelarse de forma efectiva. Y de hecho, en 1948, los palestinos fueron rápidamente derrotados por el avance de las fuerzas sionistas que pretendían fundar Israel.

Algunos meses después de la revuelta, durante un alto el fuego, los británicos enviaron una comisión de investigación, la Comisión Peel, para buscar una solución al conflicto. En julio de 1937, la comisión recomendó la partición de Palestina y ofreció más o menos la creación de un pequeño futuro Estado judío junto a Jordania (entonces conocida como Transjordania), que se anexionaría lo que el informe denominaba partes «árabes» de Palestina.

Los lugares de especial importancia religiosa y estratégica permanecerían provisionalmente bajo el dominio británico gracias al sistema de mandatos hasta que se acordaran tratados entre Gran Bretaña y los dos nuevos Estados. En cuanto a la población palestina restante en las tierras destinadas al Estado judío, aproximadamente un cuarto de millón de personas, se proponía su traslado a Transjordania.

No sorprende que el Alto Comité Árabe rechazara totalmente estas recomendaciones.

El movimiento sionista en la zona estaba entonces bajo el liderazgo de David Ben-Gurion, y este adoptó una actitud más conciliadora ante las propuestas británicas.

Aunque otros miembros del movimiento sionista le exigieron que rechazara las recomendaciones, Ben-Gurion estaba dispuesto a aceptar la zona relativamente pequeña que se ofrecía a los sionistas como Estado por dos razones. Como él mismo explicó, los judíos seguían siendo una comunidad pequeña y aceptar las recomendaciones ahora no excluía la posibilidad de hacerse con más territorio en el futuro. En segundo lugar, no le costaba nada tender una rama de olivo a los británicos, porque sabía con seguridad que los palestinos rechazarían las propuestas. Él ya pensaba en el futuro. Discutió con sus confidentes más cercanos y su hijo las posibilidades de que los sionistas se prepararan para trasladar a los palestinos del territorio del Estado judío, pues intuía que los británicos no los ayudarían en eso.

Al darse cuenta de que no se vislumbraba una solución en la región, Gran Bretaña contempló la posibilidad de llevar la propuesta de Peel a la Sociedad de Naciones. No obstante, antes de hacerlo envió otra comisión de investigación a Palestina, la Comisión Woodhead, en 1938. Esta comisión rechazó la partición recomendada por la Comisión Peel por ser completamente impracticable, ya que cualquier división requeriría un traslado de población enorme y forzoso de los palestinos. Según la solución propuesta por la Comisión Woodhead, habría un pequeño Estado judío, un Estado palestino más grande, y las tierras del norte y del sur, así como Jerusalén, seguirían siendo territorio del Mandato. Todos ellos conformarían una unión aduanera. Esta propuesta

resultó controvertida incluso entre los miembros de la comisión. En resumen, la Comisión Woodhead dejó claro que no era posible que la mayor parte del Mandato de Palestina se convirtiera en un Estado judío sin cometer una enorme injusticia.

Tras esta conclusión fue más fácil poner fin a la revuelta, ya que los dirigentes palestinos esperaban que Gran Bretaña comprendiera por fin que era imposible imponer un Estado judío a los palestinos. El Gobierno británico publicó un libro blanco en mayo de 1939 que más o menos decía lo mismo. Declaraba que, dado que ya había más de 450.000 judíos asentados en Palestina, Gran Bretaña había cumplido con su obligación de la Declaración Balfour de proporcionar un «hogar nacional». Esta recomendaba que Palestina se convirtiera en un Estado independiente en diez años, gobernado conjuntamente por palestinos y judíos. La inmigración judía y la compra de terrenos se limitarían al menos durante los cinco años siguientes. Como era de esperar, esto no contentó a nadie.

Los dirigentes sionistas rechazaron el libro blanco por considerarlo una contradicción absoluta con los compromisos adquiridos en la Declaración Balfour. El Alto Comité Árabe palestino se sintió decepcionado porque el libro blanco seguía afirmando la existencia de un «hogar nacional judío» y únicamente proponía una inmigración judía limitada durante cinco años. Solo unos meses después de la publicación de este libro blanco, Hitler y Stalin invadieron Polonia: había empezado la Segunda Guerra Mundial. Gran Bretaña era consciente tanto de los intentos de Hitler de conquistar nuevos Estados independientes —como Irak— como de la necesidad de situar tropas aliadas en Palestina en cuanto punto estratégicamente crítico en Oriente Próximo. Y así, incluso cuando los judíos de la Europa ocupada por los nazis buscaron refugio en otros lugares, Gran Bretaña mantuvo las puertas de Palestina firmemente cerradas.

El rápido avance de Hitler por Europa y el consiguiente asesinato masivo de judíos endurecieron las actitudes sionistas. Ya no querían llegar a ningún acuerdo con los palestinos. En el Hotel Biltmore de Nueva York, en mayo de 1942, los dirigentes sionistas declararon su intención de convertir toda la Palestina histórica

en un Estado judío. El hecho de que esto sucediera en Nueva York resulta significativo. El movimiento sionista comprendió que la clave del futuro de Palestina podría no mantenerse en manos de Gran Bretaña durante mucho más tiempo ahora que entraba en juego una nueva potencia mundial. El movimiento sionista deseaba ser tan fuerte en Estados Unidos como lo había sido anteriormente en Gran Bretaña.

Los palestinos no tenían un equivalente al grupo de presión sionista en Gran Bretaña o Estados Unidos en 1942. Los dirigentes palestinos aún no se habían recuperado de su completa aniquilación durante la Revuelta Árabe. La mayoría de sus políticos destacados estaban exiliados o en prisión. La figura más destacada de la política palestina en aquella época era Hajj Muhammad Amin al-Husayni, el gran muftí de Jerusalén, que inicialmente había recibido el apoyo de los británicos a principios de la década de 1920.

En la década de 1930, este había fundado su propia organización política con miembros de su influyente familia y otras élites locales. Otra agrupación palestina se centraba en otra familia eminente, los Nashashibi. Estos y otros grupos estaban representados en el Alto Comité Árabe, pero Hajj Amin seguía siendo la figura más destacada y presidía el Comité.

Cuando estalló la Revuelta Árabe, la administración británica declaró que el Comité era ilegal y relevó a Hajj Amin de su cargo de presidente del Consejo Supremo Musulmán. En julio de 1937, las autoridades británicas emitieron una orden de arresto contra él. Como le habían avisado con antelación, logró escapar a Damasco, pero aterrizó en la Alemania nazi en 1941 y realizó emisiones radiofónicas para movilizar a los musulmanes árabes contra los británicos. En plena Segunda Guerra Mundial, no fue el único que actuó según la máxima de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Su coqueteo con los nazis fue breve e insignificante y no influyó en el resultado bélico. Sin embargo, su asociación con los nazis sigue utilizándose para desacreditar al movimiento de liberación palestino en la narrativa israelí. A veces se llega a niveles absurdos, como cuando el primer ministro Benjamin Netanyahu afirmó que fue Hajj Amin quien dio a Hitler la idea de los campos

de exterminio y que, de lo contrario, Hitler se habría limitado a deportar a los judíos.

Con Hajj Amin exiliado y el resto de los dirigentes palestinos en su mayoría criminalizados, el movimiento sionista era libre para movilizarse a favor de una Palestina desarabizada con la bendición angloamericana. Los palestinos no tenían una influencia política comparable a la de los sionistas. Su única esperanza era contar con la ayuda de los países árabes vecinos, pero estos aún no se habían constituido como Estados nacionales auténticos.

Tras el Holocausto, donde perecieron más de seis millones de judíos en toda Europa, las potencias europeas, ansiosas por lavar sus conciencias, sentían aún menos simpatía por los palestinos. Esto no se debía a una preocupación particular por los judíos, pues al menos 250.000 judíos languidecían en campos de desplazados en Europa central mucho después de que la guerra hubiera concluido; pero el futuro del pueblo judío, en opinión de Gran Bretaña y Estados Unidos, tenía que resolverse porque muchos supervivientes del Holocausto ya no tenían hogares a los que regresar en Europa.

06

# Los antecedentes de la Nakba (1945-1947)

El Mandato británico de Palestina acabó en 1948. Durante los tres años entre el final de la guerra y la desocupación británica, podemos observar tres procesos simultáneos que tuvieron como resultado la catástrofe para el pueblo palestino conocida como «Nakba» y la declaración del Estado de Israel.

El primero fue el fracaso de los esfuerzos diplomáticos para lograr acabar con el conflicto entre los palestinos y los colonos sionistas. El segundo fue la insuficiencia de los intentos del mundo árabe para tener un impacto significativo en la situación de la región. El tercero fueron los preparativos finales del bando sionista para la limpieza étnica de Palestina, que pasaría a la acción en cuanto se marcharon los británicos en 1948.

## Los esfuerzos diplomáticos (1945-1947)

Poco después de que acabase la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña aún esperaba encontrar una solución con la que pudieran convivir ambos bandos. Con ese objetivo, el Gobierno británico reclutó a los estadounidenses y creó un nuevo Comité Angloamericano en noviembre de 1945 con la misión de llevar a cabo el último esfuerzo internacional para resolver el conflicto antes del fin del Mandato. El comité llegó a Palestina a principios de 1946 y elaboró su informe en abril de ese mismo año.

El informe fue un éxito como investigación socioeconómica, pues proporcionaba meticulosa y detallada información sobre la

de exterminio y que, de lo contrario, Hitler se habría limitado a deportar a los judíos.

Con Hajj Amin exiliado y el resto de los dirigentes palestinos en su mayoría criminalizados, el movimiento sionista era libre para movilizarse a favor de una Palestina desarabizada con la bendición angloamericana. Los palestinos no tenían una influencia política comparable a la de los sionistas. Su única esperanza era contar con la ayuda de los países árabes vecinos, pero estos aún no se habían constituido como Estados nacionales auténticos.

Tras el Holocausto, donde perecieron más de seis millones de judíos en toda Europa, las potencias europeas, ansiosas por lavar sus conciencias, sentían aún menos simpatía por los palestinos. Esto no se debía a una preocupación particular por los judíos, pues al menos 250.000 judíos languidecían en campos de desplazados en Europa central mucho después de que la guerra hubiera concluido; pero el futuro del pueblo judío, en opinión de Gran Bretaña y Estados Unidos, tenía que resolverse porque muchos supervivientes del Holocausto ya no tenían hogares a los que regresar en Europa.

06

# Los antecedentes de la Nakba (1945-1947)

El Mandato británico de Palestina acabó en 1948. Durante los tres años entre el final de la guerra y la desocupación británica, podemos observar tres procesos simultáneos que tuvieron como resultado la catástrofe para el pueblo palestino conocida como «Nakba» y la declaración del Estado de Israel.

El primero fue el fracaso de los esfuerzos diplomáticos para lograr acabar con el conflicto entre los palestinos y los colonos sionistas. El segundo fue la insuficiencia de los intentos del mundo árabe para tener un impacto significativo en la situación de la región. El tercero fueron los preparativos finales del bando sionista para la limpieza étnica de Palestina, que pasaría a la acción en cuanto se marcharon los británicos en 1948.

## Los esfuerzos diplomáticos (1945-1947)

Poco después de que acabase la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña aún esperaba encontrar una solución con la que pudieran convivir ambos bandos. Con ese objetivo, el Gobierno británico reclutó a los estadounidenses y creó un nuevo Comité Angloamericano en noviembre de 1945 con la misión de llevar a cabo el último esfuerzo internacional para resolver el conflicto antes del fin del Mandato. El comité llegó a Palestina a principios de 1946 y elaboró su informe en abril de ese mismo año.

El informe fue un éxito como investigación socioeconómica, pues proporcionaba meticulosa y detallada información sobre la

demografía, la economía, la educación y la política del Mandato de Palestina. Aún ahora los expertos siguen utilizándolo como fuente. Sin embargo, en lo que respecta a hallar una solución real, el informe no ofrecía nada que ambas partes no hubieran escuchado docenas de veces antes. Este no recomendaba un Estado judío ni un Estado palestino independiente, sino que proponía una presencia británica continuada en el Mandato de Palestina que controlase las regiones árabes y judías. Ambos bandos rechazaron esta idea y fueron conscientes de que se les estaban negando los mismos derechos democráticos sobre los que supuestamente se basaba el nuevo orden internacional.

A principios de 1947 Gran Bretaña ya estaba harta de Palestina. Los británicos al fin empezaban a darse cuenta de que no obtendrían el consentimiento palestino para la promesa que habían hecho al pueblo judío en la Declaración Balfour, es decir, para un «hogar nacional judío». Además, lo que el movimiento sionista entendía ahora por «hogar nacional judío» era irreconciliable con la extensión de la independencia nacional a los palestinos. La economía británica de posguerra se quebraba bajo el peso de un crudo invierno y el enorme esfuerzo de reconstrucción necesario para proporcionar viviendas tras el Blitz. Además, el Gobierno laborista de Clement Attlee había decidido que el Imperio británico era un lastre costoso y que gran parte de él tenía que desaparecer. Mientras, la Segunda Guerra Mundial había radicalizado el movimiento sionista, que ya no se conformaba con dejar que Gran Bretaña le diera excusas. Algunos grupos sionistas militantes ejecutaron atentados terroristas para presionar a los británicos. En julio de 1946, la organización clandestina sionista Irgún hizo explotar las oficinas centrales del Mandato británico en el King David Hotel de Jerusalén, lo que provocó la muerte de noventa y una personas. Los insurgentes sionistas atacaban con frecuencia a los soldados británicos para secuestrarlos y asesinarlos.

Sin un final a la vista, el 1 de febrero de 1947 Gran Bretaña puso el futuro de Palestina en manos de la ONU. En ese momento, la ONU tenía menos de dos años de existencia y carecía de experiencia para abordar conflictos de décadas de duración como la situación en Palestina.

Además, la mayor parte del mundo colonizado aún no estaba representada en la ONU, ya que la principal oleada de descolonización aún estaba por llegar. En la mayoría de los asuntos, la ONU acabaría siendo un campo de batalla diplomático entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. Sin embargo, quien esperase un enfrentamiento entre dos bloques de poder sobre Palestina se llevaría una decepción. Ambos Estados se abstuvieron de participar en el comité encargado de investigar la situación. En mayo de 1947, la ONU nombró a dos delegados de cada uno de los once Estados miembros «neutrales» para encontrar una solución a lo que denominó la «cuestión de Palestina».

Así se formó el Comité Especial de la ONU para Palestina (UNSCOP). Este llegó a Palestina en junio y celebró muchas audiencias públicas antes de presentar un informe final recomendando la partición en septiembre de 1947. El gobierno político palestino, representado por el Alto Comité Árabe, boicoteó los procesos del comité. Exigía que Palestina recibiera el mismo trato que todos sus países árabes vecinos, que habían obtenido la plena independencia una vez finalizados sus respectivos mandatos. Los palestinos se negaron a legitimar un proceso que consideraba que su derecho a la independencia estaba sujeto a negociación. Compararon su situación con la de Argelia y preguntaron a la ONU si los argelinos aceptarían negociar en el futuro su derecho a un país propio con los colonos franceses.

A estas alturas, algunos de los políticos e intelectuales palestinos más perspicaces se habían dado cuenta de lo que los dirigentes sionistas querían en realidad: todo el terreno de Palestina que pudieran conseguir con el menor número posible de palestinos. Les frustraba que los planes del sionismo no se discutieran seriamente como un obstáculo para resolver el conflicto en los pasillos de la ONU. En última instancia, los esfuerzos diplomáticos fracasaron porque nadie podía justificar por qué se trataba a Palestina como un caso excepcional, un lugar en el que los tan proclamados principios de «igualdad de derechos y autodeterminación de los pueblos» de la Carta de la ONU no se respetaban.

## El mundo árabe y Palestina (1945-1947)

El mundo árabe apoyó el rechazo de Palestina al UNSCOP, expresando su solidaridad a través de la posición de la Liga Árabe, una nueva organización fundada en 1945. Solo un Estado árabe discrepó: Transjordania. Esto afectaría considerablemente al curso de la historia palestina. Para entender por qué los jordanos se desviaron de la postura árabe consensuada, hay que retroceder en el tiempo hasta la creación de Jordania como Estado.

Transjordania se estableció como protectorado británico en 1921. Antes, igual que Palestina, formaba parte del Imperio otomano. Cuando Transjordania fue ocupada por los británicos en 1918, el plan inicial era incorporarla al Mandato de Palestina.

Sin embargo, los acontecimientos en Hiyaz, la región que alberga las ciudades más sagradas del islam, La Meca y Medina, complicaron la situación en Transjordania. Durante la Primera Guerra Mundial una dinastía local, los hachemíes, declaró Hiyaz reino independiente bajo su dominio. Los británicos establecieron una alianza con ellos: a cambio de que los hachemíes lucharan contra los otomanos, los británicos los reconocerían como Estado independiente. Además, los británicos prometieron que los hachemíes podrían establecer nuevas casas reales en lo que se convertiría en Siria e Irak, que estarían encabezadas por los herederos de Hussein bin Ali, que era el *sharif* de La Meca y el rey de Hiyaz.

Ninguna de estas promesas era fácil de cumplir. En la península arábiga, los británicos también habían apoyado a los rivales de los hachemíes, la casa de Saud. Por eso Gran Bretaña no intervino cuando los saudíes emprendieron una guerra contra los hachemíes, por la que ocuparon Hiyaz en 1924 y la convirtieron en parte de Arabia Saudí.

En un principio, los británicos prometieron el reino de Irak al hijo mayor de Sharif Hussein, Abdullah, y el reino de Siria a su hijo menor, Faisal. Pero Gran Bretaña también había acordado que Siria quedaría bajo el control de Francia en el Acuerdo Sykes-Picot, por lo que ya no les correspondía cederla. (Hacer promesas

contradictorias a diferentes bandos es una especie de cuestión recurrente en las relaciones exteriores británicas).

Los dos hijos decidieron actuar por su cuenta y cambiaron el mapa de la región. Faisal, con la ayuda del legendario Lawrence de Arabia, el fundador británico de la alianza entre británicos y hachemíes, explotó el hecho de que hasta 1920 no hubo tropas francesas en la región del Mediterráneo oriental. Entró en Damasco en 1918 como nuevo gobernante, no solo de la ciudad, sino de lo que denominó la Gran Siria, que incluía el Líbano, Jordania, Siria, Israel y los territorios palestinos actuales. Duró poco menos de dos años sin el reconocimiento internacional oficial, y se vio obligado a rendirse a los franceses en julio de 1920.

Los británicos intentaron apaciguarlo declarándolo rey de Irak en 1921, retirándole el trono a su hermano mayor, Abdullah. En 1920, Abdullah había salido de Hiyaz con veinte mil hombres a sus espaldas, supuestamente para «liberar» Siria de los franceses. Sus tropas se estacionaron en Ammán, Transjordania.

Mientras Abdullah esperaba allí, amenazando con ocupar Siria, los británicos reorganizaron las partes del mundo árabe que estaban bajo su control en una conferencia celebrada en El Cairo en mayo de 1921. La conferencia la dirigió el entonces secretario de Estado británico para las colonias, Winston Churchill. Este propuso que Abdullah recibiera Transjordania como su nuevo reino. Transjordania se convirtió así en Jordania y pasó a ser su propio Estado separado del Mandato de Palestina.

El sector conservador del movimiento sionista, dirigido por Zeev Jabotinsky, no aceptó esta pérdida de territorio, pues consideraba que Transjordania formaba parte del futuro Estado judío. Incluso ahora, las tierras de Jordania aparecen como parte de Israel en la bandera de Beitar, un movimiento juvenil sionista de derechas descendiente de la organización de Jabotinsky.

Sin embargo, los sionistas laboristas, que en aquella época dominaban el movimiento sionista en su totalidad, aprobaban el control hachemí sobre Transjordania. Desde el principio, Abdullah mantuvo un contacto estrecho con la Agencia Judía, que era en realidad la administración sionista de la comunidad judía durante el periodo del Mandato. Él quería expandir su reino, compuesto

por tierras relativamente áridas, y tenía la vista puesta en el territorio fértil del Mandato de Palestina. Además de la Agencia Judía, también desarrolló una relación con la pragmática familia Nashashibi en el liderazgo palestino, una facción más moderada que los Husayni.

Volvamos a 1947. Cuando se formó el UNSCOP y comenzó sus deliberaciones, la relación entre la Agencia Judía y Abdullah había alcanzado una fase más práctica. Parece que ambas partes acordaron que Transjordania podría expandirse hacia regiones del Mandato de Palestina a cambio de su consentimiento tácito para establecer un Estado judío en Palestina. Por eso Abdullah fue el único dirigente árabe dispuesto a reunirse con el UNSCOP.

Los otros miembros de la Liga Árabe no tenían ni idea de estos acuerdos secretos. La Liga Árabe siguió tratando de presionar a la ONU para que adoptara un enfoque sobre Palestina basado en los principios de democracia y autodeterminación. Después de que la ONU se pronunciara a favor de la partición, la Liga Árabe comenzó a construir un ejército de voluntarios, el Ejército Árabe de Liberación, y estaba preparada para valorar una operación militar en el Mandato de Palestina en caso de que fracasaran todos los esfuerzos diplomáticos.

## Estrategias sionistas (1945-1947)

Al contrario que los palestinos, que centraron sus esfuerzos en lograr la legitimidad internacional, el movimiento sionista vio el fin del Mandato como una oportunidad para establecer discretamente su dominio sobre el terreno.

El movimiento sionista llevaba pidiendo el fin del Mandato desde 1942. Para ellos, los británicos estaban tardando en marcharse. Desde 1945 a 1947 colocaron los cimientos para hacerse cargo de la administración de todo el país.

Los dirigentes palestinos creían, con bastante ingenuidad, que, como eran la población nativa y la mayoría, la ONU, obviamente, convertiría Palestina en un Estado para los palestinos. Los dirigentes

sionistas creían que los hechos eran más elocuentes que las palabras. Calcularon correctamente que la comunidad internacional no ayudaría a los palestinos a recuperar lo que los sionistas hubieran tomado por la fuerza, así que planearon conquistar todos los lugares estratégicos clave tan pronto como las tropas británicas los desalojaran: radios, servicios postales, telecomunicaciones, ferrocarriles, espacio aéreo, transporte público, banca y, por supuesto, tierras.

Durante dos años, aumentaron sus fuerzas militares, obteniendo armas del extranjero e ideando un sistema de reclutamiento para todos los jóvenes judíos de Palestina. Los británicos consideraban que la Haganá, que pasó de ser una organización paramilitar a ser en esencia el ejército de un Estado que aún no existía, era la segunda fuerza militar más poderosa de Oriente Próximo. Incluso los supervivientes del Holocausto en Europa, muchos de ellos todavía atrapados en campos de desplazados, fueron reclutados por organizaciones militares sionistas. El proceso para alistarse en el ejército sionista era mucho más sencillo que conseguir un visado para Estados Unidos.

Hacia finales de 1947, todas las miradas estaban puestas en Nueva York. La ONU estaba, por fin, a punto de tomar una decisión definitiva sobre el futuro de Palestina. El 29 de noviembre, la Asamblea General de la ONU votó la Resolución 181, ahora tristemente célebre para el derecho internacional. Esta se declaraba a favor de la partición de Palestina. Los sionistas celebraron, como sigue haciendo Israel en la actualidad, que habían obtenido al fin el Estado judío que les habían prometido. Para los palestinos, ese es el día en que comenzó la Nakba, el día en que se disparó el tiro de advertencia de una catástrofe que aún siguen sufriendo.

07

# El Plan de Partición y sus consecuencias

Antes de centrarnos en el impacto del Plan de Partición en la región, debemos examinar la desconcertante maniobra geopolítica de la ONU con más detenimiento. El UNSCOP, el comité especial formado por once Estados miembros, no lograba llegar a un consenso acerca de lo que había que hacer en Palestina. Se obtuvieron dos propuestas: una por parte de la minoría y otra por parte de la mayoría.

El plan de la minoría recomendaba un Estado federal binacional en Palestina, dividido en dos naciones, árabe y judía, con la inmigración judía permitida en la nación judía. El Gobierno federal sería elegido por todos los ciudadanos adultos de los Estados árabe y judío. En el UNSCOP, esto solo lo apoyaron la India, Irán y Yugoslavia. La mayoría apoyó la partición de Palestina en dos Estados.

La propuesta mayoritaria ofrecía el 56 % de Palestina para un Estado judío que incluía la mayoría de las concesiones importantes de la ONU, como electricidad, puertos y fosfatos, dentro de ese territorio, y el 43 % para un Estado palestino. Jerusalén y sus alrededores se gobernarían como un *corpus separatum*, es decir, un enclave internacional. El Estado judío estaría formado por un número casi igual de judíos y palestinos, y el Estado árabe tendría una amplia mayoría de palestinos. Ambas comunidades podrían decidir dónde votar y adónde pertenecer como ciudadanos; los dos Estados tendrían una moneda y una economía comunes y una política de inmigración acordada conjuntamente.

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de la ONU votó únicamente la propuesta mayoritaria, ligeramente modificada

tras ser debatida por un comité *ad hoc* de todos los Estados miembros. Finalmente, treinta y tres Estados votaron a favor de la partición, con trece votos en contra y diez abstenciones. El movimiento sionista había conseguido una mayoría de dos tercios por los pelos. Estuvo a punto de no lograrlo.

Aunque la ONU, compuesta entonces por cincuenta y siete naciones, seguía dominada por las potencias imperiales europeas, Estados Unidos y la Unión Soviética, había Estados miembros que recordaban perfectamente la brutalidad de la colonización, como Liberia y Haití. En un principio, la votación inicialmente habría tenido lugar el 26 de noviembre, pero el movimiento sionista temía no conseguir los votos necesarios. Por lo tanto, a través de algunas disputas diplomáticas, se pospuso hasta el 29 de noviembre. El grupo de presión sionista en Estados Unidos instó al Gobierno estadounidense a presionar a los Estados reacios para que votaran a favor de la partición, un hito clave, ya que implicaba el reconocimiento internacional de un Estado judío. El Gobierno estadounidense, que a estas alturas ya era prosionista por defecto, se mostró encantado de obedecer y prometió a los Estados indecisos financiación para el desarrollo de sus países o amenazó con retirar dicha financiación. Se trata del enfoque clásico de recompensas que despliegan en la diplomacia las naciones más ricas.

La Resolución 181 también proponía un calendario para el año siguiente. Fijaba el 14 de mayo de 1948 como fecha de finalización del Mandato británico. Hasta entonces, Gran Bretaña seguiría siendo responsable de la ley y el orden, ayudada por un nuevo Comité Palestino de la ONU para la aplicación del Plan de Partición.

Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética, a pesar de ser potencias rivales, se unieron para apoyar el Plan de Partición. La Unión Soviética abandonó décadas de antisionismo acérrimo como parte integrante del comunismo y se declaró a favor de la posibilidad de la partición ya en mayo de 1947. Aunque los Estados árabes estaban convencidos de que la Unión Soviética se pondría de su parte, Stalin vio en el sionismo una forma de debilitar la influencia británica en la región y facilitó la emigración masiva de judíos de la Unión Soviética y Polonia a los campos de desplazados, cuyo destino final era Palestina.

En Estados Unidos, un grupo de presión sionista asertivo obligó al presidente estadounidense a apoyar la partición y a convencer a otros de que la apoyaran. Todo ello a pesar del escepticismo del Departamento de Estado y de sus expertos en Oriente Próximo, que pensaban que tal apoyo al sionismo perjudicaba otros intereses estadounidenses en la región.

Mientras tanto, al Gobierno británico no le entusiasmaba la perspectiva de un Estado árabe palestino, al que llamaba despectivamente «Estado muftí». Desde la Gran Revuelta Árabe de 1936, el muftí Hajj Amin al-Husayni había sido el archienemigo de Gran Bretaña en el mundo árabe. Aunque a él y a muchos otros líderes palestinos que huyeron tras la revuelta no se les permitió regresar a Palestina, este parecía seguir dirigiendo el movimiento nacional palestino desde su exilio en El Cairo. Los británicos creían que se convertiría en el líder del futuro Estado palestino y actuaría en contra de sus intereses en la región.

Para evitar estas perspectivas, Gran Bretaña optó por reforzar la posición del rey Abdullah de Transjordania proponiéndole que anexionara parte del territorio palestino del Plan de Partición de la ONU a su reino. También animó al rey Abdullah a estrechar lazos con los dirigentes sionistas de Palestina. Con el conocimiento y el consentimiento tácito de Gran Bretaña, el rey Abdullah llegó a un acuerdo informal con los dirigentes sionistas: si algunos de los territorios árabes palestinos se anexionaban a Transjordania, haría todo lo posible por apartarse de la oposición de la Liga Árabe a la partición.

Esto les vino como anillo al dedo a los sionistas. En 1947 era evidente que un intento de apoderarse de Palestina por la fuerza podría provocar una gran reacción militar del mundo árabe. Los dirigentes sionistas necesitaban una forma de socavar el esfuerzo militar árabe desde el principio. La Legión Árabe, el ejército estatal jordano, era el ejército más eficiente del mundo árabe. Era el único ejército que había luchado en la Segunda Guerra Mundial, en la guerra anglo-iraquí. Todos sus oficiales superiores eran británicos, hasta el jefe del Estado Mayor, *sir* John Bagot Glubb. Neutralizar este ejército, o incluso limitar su participación, facilitaría mucho a los sionistas la transformación de Palestina en un Estado judío.

La complacencia de la comunidad internacional, la curiosa alianza que se formó en favor de la causa sionista en la ONU y la forma en que un Estado judío se trató a todos los efectos como un hecho consumado ayudan a explicar las reacciones que se sucedieron en la región. Los colonos judíos recibieron la noticia con alegría, aunque la partición propuesta no se acercaba ni de lejos a lo que en teoría querían. Lo esencial era que el máximo organismo internacional había recomendado la creación de un Estado judío. Mientras tanto, los palestinos escucharon el mensaje alto y claro: la autodeterminación no se aplicaba a ellos. Los palestinos salieron a las calles para protestar contra la resolución y, en algunos casos, las manifestaciones se volvieron violentas. Sin embargo, al cabo de unos días se instauró una calma incómoda. Tanto para los palestinos como para los sionistas, aquel era el momento de prepararse para un cataclismo. Al saber que los sionistas se estaban armando, los políticos palestinos que seguían en la zona sintieron que su existencia estaba amenazada. La organización paramilitar sionista Irgún, además de atacar a los británicos, atacó pueblos árabes para provocar miedo y animar a los árabes palestinos a marcharse. Los palestinos intentaron organizar grupos paramilitares para defender sus comunidades, pero las pocas armas que tenían eran de mala calidad y apenas tenían experiencia en su manejo. Cualquiera que tuviera un don real para la organización militar ya había sido asesinado o encarcelado durante la revuelta de 1936. Los dirigentes palestinos esperaban que la fuerza de voluntarios de la Liga Árabe les ofreciera más protección, pero sus esperanzas se verían frustradas.

Al final, los jóvenes palestinos formaron dos pequeñas organizaciones paramilitares ayudados por unos cientos de voluntarios que consiguieron entrar en Palestina. La mayoría de ellos se organizaron bajo un nuevo cuerpo establecido por la Liga Árabe, el Ejército Árabe de Liberación, dirigido por Fawzi al-Qawuqji, un oficial iraquí con experiencia en la Revuelta Árabe.

Pero la Liga Árabe decidió no enviar tropas regulares antes del final del Mandato británico, previsto para el 14 de mayo de 1948. El conjunto de fuerzas del bando palestino no era rival para los tres grupos paramilitares sionistas: la Haganá, el Irgún y la Banda

de Stern. Estos grupos estaban mejor equipados, habían servido en el Ejército británico y, sobre todo, tenían al menos diez veces más miembros. La comunidad internacional, donde todos los países habían firmado una carta comprometida con el Estado de derecho, la justicia y la igualdad de derechos para las naciones, había despejado el camino para una catástrofe, una catástrofe tan inmensa que tomó su nombre de esa palabra en árabe: *nakba*.

08

# La limpieza étnica de Palestina

En cuanto se estableció un calendario para la desocupación de los británicos y la ONU hubo declarado la partición como una «solución» para el conflicto, los líderes sionistas empezaron a trazar sus siguientes pasos. Un grupo pequeño y clandestino de asesores cercanos al líder de la comunidad judía en Palestina, David Ben-Gurion, empezaron a planear cómo instaurar el dominio en el territorio designado para el Estado judío; un territorio en el que casi la mitad de la población era palestina.

Desde el momento en que la ONU votó a favor de la resolución fue evidente que los palestinos y el mundo árabe rechazarían la partición. Ben-Gurion y sus colaboradores, que anticipaban una guerra, estaban preparados para plantearse tomar los territorios destinados al Estado árabe palestino después de una supuesta victoria sionista.

Entre febrero de 1947 y febrero de 1948, el grupo unió sus fuerzas y aguardó el momento, seguro de que esos planes darían sus frutos. Hubo dos fases en las que se aseguró el dominio judío, tanto numéricamente como en términos de poder propiamente dicho, en el Estado judío que imaginaban los sionistas. En la primera fase, los sionistas aprovecharon la indignación palestina ante el Plan de Partición. Cuando los palestinos atacaron asentamientos judíos, los sionistas respondieron mediante represalias colectivas. Usaron la violencia palestina como una excusa para empezar a despejar zonas árabes palestinas de lo que sería el Estado judío; en otras palabras: limpieza étnica. En febrero de 1948, tuvo lugar el ejemplo más descarado de este tipo de operación y fue en tres municipios en los alrededores de la antigua ciudad romana

de Cesarea. Estas tres localidades fueron objeto de tal violencia y expulsión por la fuerza que apenas quedaron edificios en pie. Es casi imposible encontrar restos de las comunidades vibrantes que había allí. A los habitantes árabes se los obligó a marcharse en masa si querían conservar la vida. Todo esto se hizo mientras Gran Bretaña era aún responsable de mantener la ley y el orden.

Durante los primeros dos meses de 1948, estos experimentos de limpieza étnica fueron limitados y las fuerzas sionistas siempre los justificaban, aunque fuera con falsedades, como una represalia proporcional por los ataques palestinos a los asentamientos y las infraestructuras judías. Sin embargo, a finales de 1948 ya era obvio que las tácticas sionistas estaban cambiando. Ahora las fuerzas sionistas llevaban a cabo operaciones de expulsión en masa, desvinculadas de cualquier concepto de autodefensa o de respuesta a las agresiones palestinas.

El aumento de la actividad sionista llamó la atención del Departamento de Estado de Estados Unidos, un elemento escéptico durante mucho tiempo hacia la colonización sionista. El Plan de Partición de la ONU ya no parecía una vía plausible para lograr la paz, pues había demostrado ser la receta perfecta para más violencia. En un intento por dar un paso atrás y ganar tiempo para que hubiera consenso en una solución diferente, el 19 de marzo de 1948, el representante de Estados Unidos en la ONU, Warren Austin, presentó la propuesta de que Palestina estuviera bajo administración fiduciaria internacional durante cinco años. Esto ocurrió tan solo un día después de que el presidente Truman se reuniera con Jaim Weizmann, para entonces casi un antiguo estadista del movimiento sionista, y le asegurase el apoyo de Estados Unidos en la partición.

El movimiento sionista, como era previsible, entró en cólera y movilizó enseguida su imponente grupo de presión en Estados Unidos. Al grupo le ayudó especialmente que aquel fuese año de elecciones. Su campaña agresiva dio frutos muy rápido. En el plazo de unas semanas, la administración estadounidense se apresuró a renunciar a cualquier gesto a favor de la administración fiduciaria y reafirmó su apoyo previo al Plan de Partición.

## El Plan D

Mientras Estados Unidos expresaba sus dudas respecto a la partición, los líderes sionistas en Palestina avanzaban reforzando sus posiciones en la zona. Llegaron a la conclusión de que, si se adelantaban e instauraban un Estado judío, cualquier objeción internacional carecería de efecto alguno.

El 10 de marzo de 1948, David Ben-Gurion y un grupo reducido de generales militares de la unidad de inteligencia de la Haganá crearon lo que pasaría a la historia como el «Plan Dalet» o «Plan D». Como implica el nombre, se trataba del cuarto plan que elaboraron, pero sería el único que llegaría a implementarse, con consecuencias devastadoras.

Este plan se tradujo en órdenes directas para las tropas en el terreno. Su objetivo era sencillo: sacar a tantos palestinos como fuera posible de Palestina para que pudiera instaurarse un Estado de mayoría judía. Este era el método: cada municipio y cada barrio se rodeaban desde tres direcciones y se dejaba el cuarto lado para que los residentes salieran por él cuando los expulsaban o huían, víctimas del terror. Entonces la localidad se reducía a escombros y se colocaban explosivos entre los restos para que nadie pudiera regresar. ¿Adónde irían todos los palestinos? El plan era bastante claro a este respecto: debían abandonar las fronteras del país.

En el Plan D maestro aprobado por los líderes políticos sionistas, los palestinos podrían evitar este tratamiento mediante la rendición incondicional, pero incluso eso excluía los lugares estratégicos. Sin embargo, las órdenes reales transmitidas a las tropas no tenían en cuenta estos detalles tan delicados. Si observamos las acciones de las tropas en la región, es obvio que los pueblos y barrios palestinos anhelados por los sionistas estaban condenados a la limpieza étnica desde un principio.

En las órdenes enviadas a las tropas encontramos detalles horrorosos sobre los métodos empleados. En ellas se hacía referencia a hombres, que a veces se describían como de solo diez años de edad, pero que normalmente tenían entre dieciocho y cuarenta y ocho años, que debían ser asesinados o arrestados.

Ahora sabemos que este proceso fue aún más selectivo, aunque no hay pruebas en ninguna orden oficial. En la década de 1940, la unidad de inteligencia de la Haganá preparó documentos sobre cada pueblo de Palestina. En ellos se incluía información sorprendentemente detallada sobre la riqueza del municipio, desde sus relaciones internas y orientaciones políticas hasta cuántos árboles frutales había. Y cada archivo tenía una lista de las personas que participaron en la Revuelta Árabe de 1936. Si estas personas seguían vivas en 1948, serían detenidas o ejecutadas en el acto.

Durante los meses de marzo, abril y principios de mayo, las fuerzas sionistas atacaron los centros urbanos de Palestina. Al final, todos se destruyeron por completo en lo que ahora describiríamos como «urbicidio». En ese periodo, la población palestina fue expulsada de Haifa, Bisan, Jaffa, Acre, Tiberíades y Safed, así como de los municipios circundantes. En muchos casos, la masacre en un pueblo precedía a la operación militar en la ciudad, pues las fuerzas sionistas esperaban que acelerase la huida y debilitase la resistencia. El caso más notorio de esta táctica fue la limpieza del oeste de Jerusalén y sus treinta y nueve pueblos circundantes en abril de 1948. El 9 de abril de 1948, los grupos paramilitares de derecha, el Irgún y la Banda de Stern, irrumpieron en Deir Yassin y mataron a sus habitantes casa por casa, sin perdonar siquiera a mujeres y niños. Murieron más de cien personas. Los palestinos captaron el mensaje y muchos de los habitantes de los alrededores huyeron, temiendo que las fuerzas judías que avanzaban hicieran lo mismo en sus pueblos y barrios. Muchos miembros de esos grupos paramilitares pasarían a formar parte del ejército israelí tras la independencia, encabezados por la Haganá.

## La respuesta del mundo árabe

Para cuando el Mandato acabó oficialmente, 250.000 palestinos ya eran refugiados y algunos de ellos se habían trasladado a los países árabes vecinos. Ese flujo de refugiados presionó a los Gobiernos árabes para que hicieran más por Palestina. Hasta entonces, el mundo árabe había prestado apoyo diplomático a los palestinos y

había permitido que los voluntarios intentaran entrar en Palestina para luchar junto a los palestinos contra las fuerzas sionistas. No obstante, unos grupos pequeños de voluntarios no eran rival para una fuerza militar bien organizada y financiada que había sido entrenada para esta ocasión durante años.

Los Estados árabes esperaron hasta el 14 de mayo de 1948, es decir, el final oficial del Mandato, antes de enviar tropas para detener las operaciones de limpieza étnica. Para entonces, aquello ya era poco y tarde. ¿Por qué? Porque a los Gobiernos árabes, como el del Líbano y Siria, que habían logrado la independencia pocos años antes, les costaba reunir el entusiasmo necesario para enviar ejércitos grandes a Palestina mientras lidiaban con sus propias luchas internas por el poder.

El ejército más numeroso era el egipcio, pero ni siquiera este era profesional. La mitad de las tropas eran voluntarios de los Hermanos Musulmanes que veían la causa palestina como parte de una lucha antiimperialista más amplia. El Gobierno egipcio hubiera preferido evitar por completo participar en una operación militar y autorizó el despliegue de tropas tan solo dos días antes del final del Mandato. Tanto su entrenamiento como su equipamiento eran deficientes.

El ejército árabe más profesional era la Legión Árabe de Jordania. Pero, como hemos visto, el Gobierno de Jordania tenía un acuerdo entre bastidores con los dirigentes sionistas. A medida que se acercaba el 14 de mayo de 1948, los elementos principales del acuerdo secreto se hicieron evidentes. Lo que ahora conocemos como Cisjordania sería anexionada a Jordania sin lucha. No obstante, las dos partes no habían llegado a un acuerdo sobre el destino de Jerusalén y sus alrededores, y la Legión Árabe luchó por la ciudad. Su valentía contrasta con la pasividad de las fuerzas jordanas ante la destrucción de aldeas palestinas en otros lugares.

El rey Abdullah tuvo que caminar por la cuerda floja entre su acuerdo con Israel y su compromiso de participar en los esfuerzos de la Liga Árabe para salvar a los palestinos. Así pues, Abdullah negoció en privado con los israelíes a la vez que asumía un papel de liderazgo en la planificación de las operaciones militares árabes en Palestina. Como resultado de su doble juego, contrariamente a los planes elaborados por la Liga Árabe bajo su dirección,

la Legión Árabe jordana no entró en muchas partes de Palestina y no unió sus fuerzas a las del ejército egipcio en el sur, como estaba previsto.

Al carecer del apoyo logístico adecuado, el ejército egipcio se detuvo tras cierto éxito inicial en la ocupación de asentamientos sionistas aislados, aunque esto no ayudase realmente a los palestinos. A mediados de agosto de 1948, el esfuerzo de todos los árabes, que incluía tanto tropas regulares como voluntarios bajo la bandera del Ejército Árabe de Liberación, no logró impedir la toma de la mayor parte de Palestina por parte de Israel y las expulsiones masivas de palestinos.

Mientras tenían lugar estos esfuerzos panarábicos, la limpieza étnica de Palestina proseguía y, cuando la acción árabe se detuvo, aquella se aceleró. Para finales de 1948, la mitad de la población árabe de Palestina había sido expulsada, más de quinientas localidades habían sido destruidas y la mayoría de los pueblos y ciudades habían sido demolidos.

Israel construyó asentamientos judíos sobre los escombros y plantó pinos importados de Europa. Más flagrante fue que algunos municipios destruidos se convirtieran en parques recreativos. Así se borró cualquier vestigio de «arabismo». Para los sionistas, una Palestina judía debía ser una Palestina europea.

¿Adónde fueron a parar los palestinos expulsados? Israel expulsó a los palestinos del este a la Cisjordania ocupada y Transjordania. Los del norte fueron empujados hacia Siria y el Líbano. Pero en el sur, Egipto se negó a abrir sus fronteras a los palestinos.

Hacia el final de la guerra, Israel «resolvió» este problema creando lo que ahora lamentablemente conocemos como la Franja de Gaza. Se trataba de un pequeño rectángulo tallado en la Palestina histórica (el 2 % del país) que se creó para acoger a los cientos de miles de palestinos expulsados por Israel de las zonas central y meridional de Palestina. Entonces era el mayor campamento de refugiados del mundo. En la actualidad sigue siéndolo.

Es difícil imaginárselo ahora, pero en aquella época Gaza era una ciudad cosmopolita en la Vía Maris, una antigua ruta comercial que iba de El Cairo a Damasco, y hogar de algunas de las comunidades cristianas y judías más antiguas del mundo.

## El primer intento fallido de lograr la paz (1948-1949)

Israel perpetró una limpieza étnica ante el mundo entero. Ya en mayo de 1948, la ONU nombró a un mediador, el conde Folke Bernadotte, un diplomático sueco, aclamado por haber salvado a unos quince mil prisioneros de los campos de concentración mediante negociaciones con los alemanes hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Él propuso revisar el Plan de Partición y adaptarlo a la demografía en la medida de lo posible. Concedió más territorio al Estado árabe y exigió que los palestinos expulsados pudieran regresar a sus antiguos hogares. Jerusalén, como en el plan original de la ONU, sería un enclave internacional. No obstante, cualquier propuesta que limitase el tamaño del Estado judío era totalmente inaceptable para los dirigentes sionistas y la carrera diplomática de Bernadotte tuvo un final abrupto: el 17 de septiembre de 1948 fue asesinado por la Banda de Stern en lo que se hizo pasar por un acto de terror de los militantes. Algunos historiadores sospechan que la administración oficial sionista fue cómplice, aunque nunca se ha esclarecido si esta sospecha es cierta.

Tras su muerte, la ONU reabrió de nuevo el debate de cómo poner fin al conflicto y encontrar una solución aceptable para ambas partes. En diciembre de 1948, la ONU aprobó, por amplia mayoría, la Resolución 194. En ella se pedía que los refugiados tuvieran derecho al retorno, una Jerusalén internacional y negociaciones para una solución de dos Estados basados en las fronteras establecidas en la Resolución de Partición de 1947. Para aplicar esta resolución se creó un nuevo organismo, la Comisión de Conciliación para Palestina.

El principal logro de esta comisión fue convocar una conferencia de paz en Lausana (Suiza) en abril de 1949, en la que participaron Israel, los palestinos, Egipto, Siria, el Líbano y Jordania. Israel participó a regañadientes, ya que su asistencia era una condición previa para ser aceptado como Estado miembro de pleno derecho de la ONU. El Departamento de Estado de Estados Unidos, en los últimos días de su influencia en lo que en ese momento se consideraba el conflicto árabe-israelí, también ejerció una fuerte presión

sobre Israel para que asistiera. El 11 de mayo, Israel se convirtió en miembro de pleno derecho de la ONU.

Un día después, todos los delegados de esta conferencia firmaron el Protocolo de Lausana. El protocolo establecía que todos accedían a continuar las negociaciones con tres principios clave: el retorno de los refugiados palestinos, el Plan de Partición de 1947 y la internacionalización de Jerusalén.

Israel pronto rebatió la afirmación de que había aceptado los términos del protocolo tal y como los entendían todos los demás. Ya no estaba dispuesto a limitar sus fronteras a las del Plan de Partición de 1947. A pesar de la presión estadounidense, que duró poco, se salió con la suya y las negociaciones se paralizaron. Al cabo de un año, la Comisión de Conciliación dejó de buscar una solución. Lo único que realmente consiguió la ONU fue negociar una serie de acuerdos de armisticio con los vecinos árabes de Israel y, con ello, delimitar finalmente las fronteras de Israel.

La respuesta internacional a la limpieza étnica de Palestina acabó reducida a tan solo eso. En 1950 se fundó un organismo más: la Agencia de la ONU para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA). Este organismo debía atender a casi un millón de refugiados palestinos mientras esperaban poder regresar a sus hogares. Construyó los campos de refugiados que ahora forman parte de ciudades como Beirut, Damasco y Ammán. Dado el compromiso de la ONU con el derecho de retorno de los refugiados, estos no aceptaron otra nacionalidad, ni construyeron nuevos hogares en sus países de acogida, pues no querían dar a entender que aceptaban su expulsión. En cualquier caso, muchos países árabes como el Líbano no ofrecían la opción de reclamar la nacionalidad. Jordania sí, pero solo la mitad de la comunidad de refugiados la aceptó.

Los palestinos no eran los únicos refugiados en los países árabes. En el nuevo Estado de Israel también había un gran número de refugiados, normalmente cerca de los pueblos destruidos sobre los que se construyeron los asentamientos judíos. Israel se niega a tratarlos como refugiados, refiriéndose en su lugar a ellos como «desplazados internos». La cifra dentro de las fronteras israelíes asciende actualmente a más de trescientas mil personas. Son el

vínculo más importante con los «árabes del 48», que es la forma en que los palestinos se refieren a la minoría palestina en Israel y los palestinos dispersos en otros lugares, separados por las fronteras, las fuerzas militares y décadas de desahucio.

Este es un momento significativo. La Nakba no fue simplemente una apropiación de tierras por parte de las fuerzas sionistas, sino un intento de hacer imposible la reconstrucción de una nación palestina. La distribución de los palestinos por tantos Estados diferentes y la pérdida de comunidades ancestrales han dificultado la unificación de todas las agrupaciones en un único movimiento nacional. Más adelante veremos a qué ha dado lugar esto.

09

# Después de la Nakba: Israel y Palestina (1948-1967)

Como podemos ver por los intentos poco entusiastas y, en última instancia, inútiles de la ONU de impedirlo por medios diplomáticos, básicamente Israel salió impune de la limpieza étnica de Palestina. Nadie lo condenó por sus evidentes crímenes contra la humanidad. Y no fue por falta de conocimiento. Hubo periodistas, emisarios de la Cruz Roja Internacional, representantes de la ONU y otros que escribieron informes sinceros y detallados sobre lo que estaba ocurriendo en la región, narrando brotes de tifus, malaria y escorbuto. Debido a las decisiones tomadas por los altos cargos, estos informes nunca se hicieron públicos.

Israel tiene una concepción idiosincrásica del derecho y las convenciones internacionales: lo que le importa es cómo interpretan los propios dirigentes políticos israelíes cualquier postura individual adoptada por la ONU u otro organismo internacional. Las intenciones de la comunidad internacional no importan. Israel entendió el silencio y la falta de acciones durante la Nakba como la carta blanca para seguir utilizando la limpieza étnica como medio para establecer y fortificar el Estado israelí y su seguridad nacional. Al fin y al cabo, nadie intentó detenerlos la primera vez. La continua limpieza étnica de Palestina desde 1948, un proceso que prosigue en la actualidad, es la llamada «al-Nakba al-Mustamirra» por los palestinos, la «Nakba en proceso».

El uso repetido de métodos de limpieza étnica por parte de Israel contra los palestinos llevó a los estudiosos a caracterizarlo como una sociedad de asentamiento de colonos. Como sostienen los estudiosos de este tipo de colonialismo, la colonización no es un acontecimiento puntual (como sería la conquista de las tierras), sino una

estructura permanente para facilitar el desahucio mientras el proyecto de asentamiento de colonos siga vivo. La población autóctona tiene que permanecer subordinada hasta que la sociedad nativa haya sido destruida, ya sea por su muerte o por la partida, o hasta que los colonizadores se retiren del proyecto y estén dispuestos, como los blancos en Sudáfrica, a formar parte de un país descolonizado.

La limpieza étnica continuó en Israel entre los años 1948 a 1967, cuando estalló la guerra de los Seis Días, un conflicto que supuso la destrucción de varios municipios palestinos. No obstante, los palestinos se convirtieron en una minoría considerable dentro del Estado judío, constituyendo alrededor del 17 % de la población. Esta cifra aumentaría hasta el 20 % después de que Israel se anexionara el este de Jerusalén y los Altos del Golán, como veremos después.

## Gobierno militar en Israel (1948-1966)

Las expulsiones de ciudadanos palestinos de Israel entre 1948 y 1967 formaron parte de un repertorio de represión desplegado contra los palestinos que se quedaron. Israel sometió a los palestinos dentro de sus fronteras a un régimen militar; un régimen que duró hasta 1966 en la mayoría de los lugares, pero que llegó a perdurar hasta 1967 en otros.

El régimen militar era, en realidad, un legado de los reglamentos de emergencia británicos, que otorgaban al Ejército el control absoluto sobre la vida de los ciudadanos. Estos poderes permitían expulsar a las personas sin motivo, desterrarlas de sus hogares, encarcelarlas sin juicio, dispararlas y saquear sus negocios. Aún hoy vemos estas tácticas en Cisjordania y en la Franja de Gaza.

Las fuerzas israelíes también impusieron toques de queda, que no solían comunicarse con antelación. Uno de esos toques de queda se impuso en la aldea de Kafr Qasim, en la frontera entre Israel y la Cisjordania jordana, en octubre de 1956, en vísperas de la guerra del Sinaí. La guerra del Sinaí fue un intento fallido de Israel, Francia y Gran Bretaña de derrocar a Gamal Abdel Nasser, presidente de Egipto, tras la revolución de 1952.

Nasser había nacionalizado el canal de Suez, que había estado bajo control británico desde su construcción en el siglo XIX. Exigió la retirada de las fuerzas británicas de Egipto y, lo que fue peor aún para Occidente, ayudó al Front de libération nationale, el movimiento anticolonial argelino contra los franceses. Israel lo consideraba un defensor firme de la causa palestina y esperaba poder derrocarlo en colaboración con Gran Bretaña y Francia e instalar en su lugar a un líder prooccidental.

Antes de este fracaso, los servicios de seguridad israelíes afirmaron, sin pruebas, que los palestinos en Israel se rebelarían y se pondrían del lado de los egipcios. Propuso imponer un toque de queda en los pueblos palestinos cercanos a las fronteras, y Kafr Qasim era uno de ellos. Todo esto a pesar de que Kafr Qasim estaba dentro de la Línea Verde, en la frontera de la Cisjordania jordana, nada cerca de Egipto.

El toque de queda se impuso a las 16:30 horas del lunes 29 de octubre de 1956. Sus condiciones eran que cualquiera (ya fuera hombre, mujer o niño) que estuviera en la calle pasadas las cinco de la tarde sería fusilado. Por supuesto, muchos aldeanos estaban trabajando en el campo por la tarde y no tuvieron forma de enterarse del toque de queda. Cuando estaban regresando a casa tras la jornada de trabajo, la policía fronteriza israelí los disparó, matando a cuarenta y nueve personas. La masacre sigue siendo una herida abierta en la historia y la memoria de la minoría palestina de Israel.

## Acontecimientos en el resto de la Palestina histórica (1948-1967)

Como hemos visto, Jordania se anexionó Cisjordania durante la guerra de 1948. Aunque la Liga Árabe había aprobado oficialmente que cualquier gobierno sobre cualquier parte de la Palestina histórica que no entrase dentro de las fronteras oficiales de Israel sería una administración temporal hasta que Palestina fuera libre, el rey Abdullah de Jordania hizo caso omiso de esto. Unió las orillas oriental y occidental del río Jordán, declarándose rey de Jordania

y Palestina. Algunas familias notables de Cisjordania acogieron favorablemente la medida, pues consideraron que era pragmática, pero una vez que el movimiento nacional palestino resurgió de sus cenizas, Cisjordania pasó a ser un territorio que debía liberarse.

Había algunos campamentos de refugiados en Cisjordania, pues los refugiados aún esperaban regresar a sus hogares y seguía existiendo un fuerte sentimiento de identidad nacional palestina. Sin embargo, en los campamentos de refugiados de la Franja de Gaza, la nación palestina despertó con toda su fuerza. Comenzaron los primeros actos de resistencia, como también ocurrió en Cisjordania, con refugiados que intentaban recuperar lo que quedaba de sus animales, cosechas y otras posesiones en los pueblos que habían sufrido la limpieza étnica. Las fuerzas israelíes desplegaron contra ellos una política de disparar a matar. El siguiente paso fue formar unidades guerrilleras que atacaban al ejército israelí y a los civiles. Estas se llamaban «fedayines», que significa «aquellos dispuestos a sacrificarse» en árabe.

Cuando esta acción se coordinó más, Israel tomó represalias creando una nueva unidad militar de élite, la Unidad 101, bajo el mando de Ariel Sharón. En un terrible acto de represalia en 1953, después de que los fedayines mataran a tres civiles en Israel, la Unidad 101 atacó Qibya, un pueblo de Cisjordania, donde mató al menos a sesenta y nueve personas, e hizo explotar cuarenta y cinco casas, algunas con gente todavía dentro.

Estas y otras actividades similares se intensificaron en la frontera entre Gaza e Israel en 1955, lo que sirvió de pretexto a Israel para unirse a Gran Bretaña y Francia en la guerra del Sinaí. En esta guerra, Israel ocupó brevemente la Franja de Gaza y la península del Sinaí, pero Estados Unidos y la Unión Soviética le obligaron a retirarse.

Después de 1956, los fedayines de Gaza establecieron contactos con nuevas iniciativas dirigidas por estudiantes palestinos exiliados en lugares como Egipto, Kuwait y el Líbano. En 1957, se habían organizado informalmente en un grupo llamado Fatah, acrónimo invertido en árabe de «Movimiento Nacional de Liberación de Palestina». El 1 de enero de 1965, alcanzó los titulares con una operación de sabotaje contra Israel en la que intentó, sin éxito, volar parte del Acueducto Nacional de Israel. Este acueducto que

Israel había construido desviaba parte del agua del río Jordán, que fluía a través del acueducto hacia el sur de Israel. Estados Unidos condenó el intento de sabotaje y aumentaron aún más las tensiones en la frontera entre Israel y Siria.

Los nuevos gobernantes de Cisjordania, la dinastía hachemí de Jordania, intentaron limitar la capacidad de los refugiados palestinos para cruzar la frontera hacia sus antiguos pueblos e impedir que los fedayines llevaran a cabo operaciones contra Israel. Además, el rey Hussein, nieto del rey Abdullah, insistió en intentar negociar con Israel para calmar el conflicto en la frontera durante los primeros años de la década de 1950, pero fue en vano. Los fedayines y las fuerzas israelíes siguieron enfrentándose.

El intento del rey Hussein de «jordanizar», por así decirlo, Cisjordania no funcionó y la población se mantuvo firme en su identidad palestina. Esta siguió siendo palestina después de 1957, cuando el rey Hussein sospechó de un intento de golpe de Estado por parte de unidades nacionalistas árabes favorables a Nasser de las fuerzas armadas jordanas, procedentes en su mayoría de Cisjordania. Como respuesta, el rey Hussein ordenó un toque de queda militar en Cisjordania, prohibió los partidos políticos e instauró una censura severa.

A pesar de su hostilidad hacia el panarabismo, el rey Hussein participó en una iniciativa de la Liga Árabe dirigida por Nasser para recuperar el interés por la lucha de liberación palestina. En 1964, la Liga Árabe convocó en Jerusalén el Consejo Nacional Palestino, que crearía la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Este estaba compuesto por los antiguos dirigentes políticos de la comunidad palestina en el periodo del Mandato.

Mientras, los palestinos más radicales se unieron al movimiento nacionalista panárabe de izquierda, la Qawmiyah al-Arabiyah, del que surgirían grupos de izquierda dentro de la OLP después de 1967, como el Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) y el Frente Democrático por la Liberación de Palestina (FDLP). Otros se unieron a partidos comunistas, partidos pansirios y diversas ramas del Partido Baaz (que abogaba por la unidad panárabe socialista). Este último, cuyo nombre significa «renacimiento» en árabe, se convertiría en la fuerza política dominante en Siria e Irak.

La mayor parte de la actividad política de los palestinos, tanto en Cisjordania y la Franja de Gaza como fuera de Palestina, se desarrollaba en los campamentos de refugiados. A pesar de la pobreza y las condiciones difíciles, fue allí donde los activistas palestinos lograron ofrecer educación, bienestar y solidaridad. No consiguieron la liberación, obviamente, pero mantuvieron viva la causa de Palestina, puesto que se negaron a renunciar a sus reivindicaciones de justicia.

## Los judíos árabes

Antes de proseguir, debemos comentar algo sobre la composición de Israel, en particular sobre los 650.000 judíos que llegaron del mundo árabe y musulmán. Antes de 1948, los dirigentes sionistas no tenían una buena opinión de los judíos árabes, a quienes consideraban en esencia árabes. Los sionistas no creían que fueran a ayudar a construir un puesto avanzado europeo en el territorio de Oriente Próximo.

Sin embargo, el Holocausto destruyó las comunidades judías europeas, reduciendo la población a un tercio de su tamaño anterior. Además, la mayoría de los judíos de Estados Unidos y Gran Bretaña no emigraron a Israel: estaban demasiado cómodos en sus casas. Eso significaba que los sionistas tenían que mirar hacia el este para poblar su nuevo Estado judío, pero no era fácil convencer a los judíos árabes de que abandonaran países en los que, en muchos casos, llevaban asentados siglos, o incluso milenios. Habían prosperado allí, no habían experimentado el antisemitismo y se sentían tan árabes como sus vecinos. Los sionistas tuvieron que recurrir a una campaña de persuasión agresiva, empleando a menudo métodos turbios.

A finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, el movimiento sionista se centró principalmente en la comunidad judía iraquí, una de las comunidades judías continuas más antiguas del mundo, que se remonta al Antiguo Testamento. ¿Cómo lograron los sionistas que emigraran en masa?

En primer lugar, el servicio de inteligencia israelí, el Mossad, llevó a cabo operaciones terroristas de bandera falsa para sembrar

el miedo entre la comunidad judía, incluyendo la colocación de bombas en sinagogas y otros centros comunitarios. En segundo lugar, Israel llegó a un acuerdo secreto con el primer ministro iraquí, Nuri al-Said, que aprobó diligentemente leyes contra los judíos para incitarlos a marcharse. Además, aprovechó la ocasión para apoderarse de sus cuantiosos bienes y capitales.

En Yemen se utilizó una táctica diferente. Los judíos yemeníes eran mucho más religiosos que los iraquíes. Se los convenció de que fueran a Palestina como cumplimiento de una profecía mesiánica judía que relacionaba su regreso con el comienzo de la redención del pueblo judío. Se les dijo que en Palestina los sionistas estaban construyendo una sociedad judía piadosa. Simultáneamente, líderes israelíes como David Ben-Gurion se describían a sí mismos como constructores de un Estado socialista moderno.

Después de la guerra de los Seis Días de 1967 llegaron oleadas de inmigración procedentes del norte de África, Siria y el Líbano. En las dos décadas transcurridas desde la fundación de Israel, el Estado sionista había conseguido que el mundo árabe equiparase el sionismo con el judaísmo. Como consecuencia, y temiendo la persecución en sus hogares, los judíos árabes se marcharon a Israel.

La comunidad judía de Egipto es un caso especialmente interesante. De nuevo, la presencia judía allí se estableció antes de la llegada del cristianismo. Israel les complicó la vida a los judíos egipcios en 1954 cuando reclutó a un puñado de jóvenes miembros de la comunidad para cometer atentados terroristas contra objetivos en Egipto asociados con Occidente (como bibliotecas y cines). La esperanza era que esto dañase la relación de Egipto con Occidente. Los terroristas fueron capturados, pero todo esto creó más tensión en Egipto y la mayoría de los judíos se marcharon a Israel o Estados Unidos, pues les preocupaba su seguridad en un clima tan hostil. Esta cuestión se ha hecho tristemente célebre por el nombre del ministro de Defensa, Pinhas Lavon, que ordenó los atentados, pero negó su responsabilidad. Este asunto socavó el intento del primer ministro israelí, Moshe Sharett, de negociar la paz con Egipto.

Los líderes sionistas veteranos consideraban a los judíos llegados de países árabes y musulmanes como inferiores, y no tenían

reparos en demostrarlo. Al llegar a Israel, muchos judíos árabes fueron rociados con DDT, en un ritual de humillación intencionado. Los sionistas pensaban que había que «desarabizar» a estos judíos. Las autoridades dividieron las grandes familias en núcleos familiares más reducidos y se aseguraron de que los niños pequeños fueran educados solo en hebreo y adoctrinados para que creyeran en el valor del Estado israelí, mientras mantenían deliberadamente a los judíos árabes al margen de la sociedad. Muchos de los que llegaron, independientemente del trabajo que desempeñasen en su país de origen, fueron ubicados en ciudades fronterizas pobres, junto a los Estados árabes vecinos y, debido a la falta de opciones, se vieron obligados a aceptar trabajos no cualificados. Para ser reconocido como un igual por los judíos europeos que formaban la élite israelí, era obvio que uno tenía que renegar total y absolutamente de su pasado árabe. Este proyecto ha tenido mucho éxito. En la actualidad, los judíos árabes forman uno de los mayores bloques de votantes de los partidos conservadores en Israel y a menudo son los defensores acérrimos de la violencia contra los palestinos. Han demostrado ser los partidarios más inquebrantables del sionismo, aunque todavía no hayan conseguido la igualdad.

10

# Los antecedentes de la guerra de los Seis Días (1967)

A Israel le gusta propagar el mito de que está solo, rodeado de Estados que quieren aniquilarlo, y por eso necesita una ayuda militar prácticamente ilimitada. La guerra de los Seis Días de 1967 se usa como ejemplo de ello. No obstante, no se trata de una descripción exacta de la actitud de los Estados árabes hacia Israel. En la década de 1950, a pesar de que el presidente egipcio, Gamal Abdel Nasser, apoyaba la causa palestina, estaba dispuesto a explorar la posibilidad de un acuerdo con Israel que permitiera a Egipto disponer de un puente terrestre con Jordania, el retorno de los refugiados y la creación de un Estado palestino junto a Israel. Sin embargo, no contaba con socios en el bando israelí. Él esperaba una intervención internacional que rectificase la injusticia cometida con los palestinos y contuviera el expansionismo israelí. Hasta la crisis de Suez de 1956, tanto el Ministerio de Asuntos Exteriores británico como el Departamento de Estado estadounidense estaban dispuestos a considerar esta idea como base para las negociaciones, pero después de que Nasser nacionalizara el canal de Suez, exigiera la retirada británica y se dirigiera a Moscú en busca de ayuda, esta iniciativa se extinguió y los británicos, sin la aprobación estadounidense, se confabularon con Francia e Israel para intentar derrocar a Nasser, como ya hemos mencionado antes.

La participación israelí en esta operación fallida sembró en la mente de Nasser el temor de que Israel no pensara detenerse allí y derrocase los regímenes nacionalistas árabes que se habían establecido en Siria e Irak. Para evitarlo y reforzar su posición en el mundo árabe, en 1958 logró convencer al Gobierno sirio de que

se uniera a Egipto en una sola república. Se llamó República Árabe Unida (RAU) y duró solamente tres años. Pero incluso después de su desintegración, Egipto y Siria siguieron siendo aliados estratégicos, unidos por el temor a un inminente ataque israelí contra Siria y el compromiso con la liberación de Palestina. Cuando Israel inició su proyecto de desviar el agua del río Jordán hacia su Acueducto Nacional, a mediados de la década de 1960, provocó fricciones constantes en la frontera entre Israel y Siria.

Incluso Jordania, todavía gobernada por la dinastía hachemí y rival de los movimientos panarábicos de Egipto y Siria, compartía este recelo ante la agresión israelí. Al final firmó un acuerdo de defensa con Egipto en mayo de 1967.

Y tenía buenos motivos para estar nervioso. La frontera de Jordania con Israel se había convertido en un campo de batalla. Desde 1965 Fatah, la guerrilla palestina, lanzaba sus operaciones desde Jordania y Cisjordania. Esto provocó represalias de las fuerzas israelíes, que cruzaban a territorio jordano. En noviembre de 1966, las fuerzas israelíes entraron en el pueblo de Samu para atacar a Fatah y acabaron luchando contra el ejército jordano, matando a quince soldados y un piloto. Esto llevó a la región a la guerra.

Los Gobiernos de Egipto, Jordania y Siria temían que Israel estuviera planeando un ataque contra Siria. Nasser decidió responder mediante tácticas de riesgo. Aquello significaba emprender maniobras militares con la esperanza de que provocasen que la comunidad internacional interviniera una vez más en el futuro de la Palestina de después del Mandato. Para ello, trasladó tropas a la península del Sinaí, que había sido desmilitarizada después de 1956 bajo la supervisión de la ONU, y cerró el estrecho de Tirán, situado en la entrada del mar Rojo hasta el golfo de Aqaba, que conduce a la ciudad portuaria israelí de Eilat.

Sin embargo, Israel aprovechó esta política arriesgada para poner en práctica una visión que muchos de sus dirigentes querían impulsar: el Gran Israel. El Gran Israel equivalía a toda la Palestina histórica, es decir, Israel, Cisjordania y la actual Franja de Gaza. Todo ello sería un Estado judío. En las esferas más altas del Gobierno israelí existía un grupo de presión a favor del Gran Israel. Estaba formado principalmente por exgenerales de la guerra

de 1948 y viejos ideólogos del movimiento laborista, quienes lamentaban no haber conquistado toda la Palestina histórica en 1948. Contaban con el apoyo de lo que entonces era un pequeño grupo de sionistas religiosos, jóvenes alumnos de una yeshivá de Jerusalén llamada Centro del Rabino («Mercaz Harav»); eran discípulos de un rabino llamado Zvi Kook, que les enseñó que colonizar Cisjordania y la Franja de Gaza era la voluntad de Dios y un imperativo religioso.

Este grupo de presión ya había intentado varias veces convencer al primer ministro de Israel, David Ben-Gurion, en el poder hasta 1963, de que violar el acuerdo de armisticio con Jordania y ocupar Cisjordania estaba justificado. En 1958, el grupo alegó que Jordania estaba a punto de ser tomada por un golpe «pronasserista» y que sería prudente que Israel tuviera una frontera sólida en el río Jordán y el control de Cisjordania. Un segundo intento importante se produjo en 1960, cuando Nasser pensó erróneamente que Israel estaba a punto de atacar Siria y tomó medidas similares a las que emprendió antes de junio de 1967: desplegar tropas en la península del Sinaí y cerrar el estrecho de Tirán. Israel llamó a su ejército de reserva y con eso bastó para rebajar las tensiones. Ambos intentos fueron frustrados por David Ben-Gurion, el arquitecto de la limpieza étnica de 1948. Tras haber supervisado la expulsión de hasta un millón de palestinos en 1948, no deseaba incorporar estas zonas palestinas a un Estado judío.

Ben-Gurion fue expulsado en 1963 de la política gobernante y sus sucesores se mostraron mucho más abiertos a la idea de crear un Gran Israel. De hecho, el Gobierno convocó a un grupo especial de expertos para elaborar un plan de gobierno de Cisjordania y la Franja de Gaza en el caso de que estas dos zonas cayeran en manos de Israel. Michael Shaham, que presidió el gobierno militar impuesto a los ciudadanos palestinos, dirigió el equipo; de ahí que el programa se conozca como el Plan Shaham. Se ultimó entre 1963 y 1964, e incluía directrices claras sobre cómo establecer un sistema jurídico militar tras la ocupación que permitiera vigilar y controlar a la población. Esto fue exactamente lo que ocurrió en junio de 1967.

Como una guerra sería un pretexto útil para ocupar el territorio codiciado, Israel se aseguró de que no se utilizaran las salidas

para evitar la guerra. Y había varias de esas salidas. La comunidad internacional podría haber calmado la situación si hubiera tenido la voluntad suficiente, pero Israel estaba decidido a aprovechar las tensiones para iniciar una guerra que le permitiera apoderarse de las partes de la Palestina histórica que no había logrado tomar en 1948.

Israel lanzó su ataque coordinado el 5 de junio de 1967, comenzando con la destrucción de las fuerzas aéreas de Egipto, Siria y Jordania. En seis días el ejército israelí creó un imperio en miniatura mediante la ocupación de Cisjordania, la Franja de Gaza, la península del Sinaí y los Altos del Golán.

Para entender el conflicto no necesitamos examinar las relaciones entre Israel y Egipto o Siria que se desarrollaron después de junio de 1967, por lo que seguiremos centrándonos en la Palestina histórica. Sin embargo, debemos tener en cuenta que, cuando Israel tomó los Altos del Golán en la guerra de los Seis Días, llevó a cabo una limpieza étnica en casi cien pueblos de la zona, expulsando a sus habitantes a Siria. Israel siguió colonizando estas zonas con los mismos métodos que había perfeccionado en 1948.

11

# La creación de las dos mayores prisiones del mundo (1967-2000)

Como resulta evidente por las actuaciones de Israel entre 1948 y 1967, el movimiento sionista es un proyecto colonial de asentamientos continuo que busca obtener la mayor cantidad de terreno con la menor cantidad de habitantes nativos posible. Hasta 1967 Israel solo había conquistado el 78 % de la Palestina histórica, así que no había alcanzado por completo su objetivo.

Sin embargo, la guerra de los Seis Días le dio a Israel el control absoluto sobre la Palestina histórica. ¿Qué haría a partir de entonces? El decimotercer Gobierno de Israel quería contestar a esta pregunta.

Aquel fue el Gobierno más plural que ha tenido Israel hasta la fecha. Todos los partidos sionistas estaban representados en ese Gobierno, e incluso los partidos religiosos ultraortodoxos formaban parte de él. La unidad de esta coalición aparentemente extraña fue la razón por la que se tomaron decisiones estratégicas que siguen determinando el destino de Israel y Palestina hasta el día de hoy. Por suerte, los archivos estatales israelíes desclasificaron las actas de estas reuniones gubernamentales en los últimos años, así que sabemos con todo detalle las decisiones que se tomaron entonces y la justificación que se dio.

Pero, antes, definamos otra vez el problema desde la perspectiva del colonialismo de asentamientos. Las zonas ocupadas, en particular Cisjordania, eran cruciales para el decimotercer Gobierno. Algunas secciones del Gobierno pensaban que era necesario controlar Cisjordania porque la región se consideraba el corazón del Israel bíblico y, por ello, «el corazón de la nación», donde se encontraban ciudades bíblicas como Hebrón y Belén. Para otros era

una adición territorial necesaria para Israel, con el objetivo de tener el río Jordán como barrera estratégica contra un posible frente oriental en una futura guerra árabe-israelí. Esto es absurdo y basta con echar un vistazo al mapa para ver por qué. El río Jordán tiene una anchura media de treinta metros: ningún ejército tendría dificultades para cruzarlo.

Sin embargo, había un problema evidente. Tanto Cisjordania como la Franja de Gaza tenían una gran población palestina. ¿Cómo hacerse con el territorio sin la población? En 1948, como hemos visto, la solución fue limpiar étnicamente los territorios e impedir el regreso de los palestinos. ¿Podría hacerse lo mismo tras la guerra de los Seis Días?

El Gobierno decidió que no se emplearían los mismos métodos. Fue necesario tomar varias decisiones para dar forma a la estrategia israelí en Cisjordania y la Franja de Gaza hasta 2005.

La primera decisión que aprobó el Gobierno fue permitir que la mayoría de los palestinos se quedaran en las áreas recientemente ocupadas y expulsar a una cifra relativamente pequeña, al menos en comparación con la de 1948. En total, Israel trasladó a unos trescientos mil palestinos de los territorios ocupados en 1967, sobre todo de los campamentos de refugiados cercanos a Jericó, la antigua ciudad de Jerusalén y la región de Jerusalén.

Después, el Gobierno israelí tomó la decisión de no proporcionar la nacionalidad israelí a los palestinos de los territorios ocupados. Este asunto fue bastante controvertido dentro de la administración, pues algunos ministros se preguntaban cuánto tiempo podría vivir una persona como súbdito de un gobierno, pero sin ninguno de los derechos propios de la ciudadanía. Moshe Dayan, el ministro de Defensa, dijo sin rodeos que la gente podría vivir así durante al menos cinco años. Expresado con otras palabras, no les interesaba que esta medida fuera temporal.

Hemos visto que en la práctica únicamente se puede negar la nacionalidad, es decir, el derecho a opinar sobre las decisiones que afectan a sus vidas, a millones de personas mediante la opresión sistémica. Este tipo de *statu quo* solo puede mantenerse con un sistema de vigilancia y control que viola sus derechos civiles y humanos básicos. Para ello las normativas de emergencia utilizadas

para controlar a la minoría palestina dentro de Israel hasta 1967 se aplicaron a Cisjordania y la Franja de Gaza, tal y como el equipo de Shaham había planeado antes de la guerra. Estas legislaciones otorgaban al Ejército el poder absoluto para encarcelar a personas sin juicio previo, cerrar negocios, escuelas y lugares de trabajo, imponer toques de queda y cierres y expulsar a personas y acosar a civiles con impunidad.

En estas reuniones se tomó otra decisión fundamental. Aunque Israel no se opuso en principio a un proceso de paz, este nunca incluiría renunciar al control de Cisjordania y la Franja de Gaza. Esto ha dado lugar a una posición israelí muy poco sincera a lo largo de los años, en particular en el Partido Laborista (en el Gobierno de 1969 a 1977 y dentro de los Gobiernos de unidad de 1984 a 1990, de 1992 a 1996 y de 1999 a 2001). Los Gobiernos israelíes afirman estar de acuerdo en formar parte de un proceso de paz en el que se discuta el destino de Cisjordania y la Franja de Gaza, pero en la práctica no contemplan un Israel que no tenga el control directo o indirecto de estas zonas. El Gobierno israelí mantiene esta postura hasta el presente y, de hecho, no ha hecho más que reforzarla a lo largo de las décadas.

El decimotercer Gobierno de unidad de 1967 fue sustituido por los Gobiernos de mayoría laborista que controlaron Israel durante los siguientes ocho años (de 1969 a 1977). Mientras estuvieron en el poder, la postura oficial israelí se conocía como la «opción jordana», propuesta por el político laborista Igal Alón, un ferviente creyente del Gran Israel. Según su idea, Israel cedería el control de algunas partes de la Cisjordania a Jordania y se quedaría con el resto. Esto permitiría que los jordanos se anexionaran los territorios con una mayor población palestina y dejar las zonas menos pobladas, aunque fueran adyacentes a la frontera de Jordania, en poder israelí.

Aunque no dio resultado, Alón presionó para que los judíos se asentaran en las zonas de Cisjordania que él consideraba pertenecientes a Israel. Así fue como el Partido Laborista creó los primeros asentamientos judíos ilegales en el valle del Jordán, cerca de Hebrón, Belén y los alrededores de Jerusalén. Alón también fue el responsable del primer intento de expulsar a los palestinos

de las montañas al sur de Hebrón, una zona llamada Masafer Yatta, para instaurar la integridad territorial judía desde el Néguev al río Jordán. Los palestinos de esa zona opusieron resistencia y aún siguen enfrentándose a la limpieza étnica hasta nuestros días. Después de los acontecimientos del 7 de octubre de 2023, mientras la atención de todo el mundo estaba centrada en Gaza, los colonos judíos de esa región, con la colaboración del ejército israelí, lograron expulsar a miles de palestinos de sus localidades dentro de esa zona.

No obstante, el problema para el Partido Laborista era que los colonos tenían sus propias ideas acerca de dónde querían vivir, sin restricciones sujetas a las sutilezas diplomáticas. Un nuevo movimiento mesiánico de judíos, que se convertiría en Gush Emunim («el Bloque de los Creyentes») en 1974, llevaría a miles de judíos a Cisjordania y la Franja de Gaza. Su lema era: «la tierra de Israel para el pueblo de Israel, según la Torá de Israel».

Gush Emunim se asentó precisamente en los lugares que el plan de Alon habría cedido a Jordania. Utilizaron un «mapa bíblico» que señalaba las zonas palestinas más densamente pobladas de Cisjordania como objetivo para sus asentamientos. Ellos pretendían hacer de los asentamientos judíos un hecho consumado, y el Gobierno se lo permitió.

Todos estos asentamientos eran y son ilegales según las convenciones del derecho internacional, especialmente el Convenio de Ginebra. Según el Cuarto Convenio de Ginebra, los Estados no pueden trasladar a sus ciudadanos a una zona ocupada ni pueden tomar por la fuerza las tierras de los pueblos ocupados. Cuando las organizaciones de derechos humanos intentaron impugnar los asentamientos en sus primeras fases, el Tribunal Supremo israelí los autorizó alegando que eran temporales y solo para la defensa y la seguridad nacionales. Más tarde, el mismo Tribunal Supremo legalizó la transformación de estos puestos avanzados «militares» en asentamientos civiles. Por eso Israel afirma que no tiene nada que objetar, pero el derecho internacional no ha cambiado.

Los nuevos asentamientos en la Franja de Gaza comenzaron ya en 1968. Durante el gobierno de Isaac Rabin, en su primer mandato, entre 1974 y 1977, el Partido Laborista también fomentó el

asentamiento de judíos en la Franja de Gaza, creando lo que se convertiría en Gush Katif, una densa concentración de asentamientos judíos en la Franja.

La Franja de Gaza fue una invención de los israelíes en 1948, que se enfrentaban a un problema de refugiados aparentemente insoluble. Pero a pesar de los esfuerzos de Alón y otros visionarios del Gran Israel, después de 1967 el Gobierno israelí tan solo consiguió desplazar allí a unos pocos miles de personas. Muchos más se trasladaron a la península del Sinaí ocupada por Israel, lo que llevó a Israel a construir allí dos nuevas ciudades. Sus habitantes serían desalojados después de 1979, cuando Israel firmó la paz con Egipto.

Los esfuerzos de judaización no se limitaron a Cisjordania y la Franja de Gaza bajo el gobierno laborista. La mitad de los ciudadanos palestinos de Israel vivían en la región de Galilea y constituían la mitad de la población del territorio. Israel quería modificar drásticamente el equilibrio demográfico para situar a los judíos en posición mayoritaria. Aunque se habían hecho esfuerzos esporádicos desde 1948, en 1976, el Gobierno laborista encabezó el proyecto de la «judaización de Galilea», por la que confiscó tierras árabes y construyó nuevas bases militares y nuevos asentamientos judíos.

La comunidad palestina de Galilea no se hacía ilusiones sobre lo que estaba ocurriendo. Para protestar contra el continuo robo de sus tierras, anunció un día de huelga en marzo de 1976. Israel reaccionó sin piedad y mató a seis ciudadanos palestinos. Este día se ha convertido en el «Día de la Tierra», y cada año los palestinos en Israel y en los territorios ocupados lo conmemoran.

## Inmunidad internacional ante la ocupación

Inmediatamente después de la guerra de los Seis Días, Estados Unidos asumió la responsabilidad de los esfuerzos por «resolver» el conflicto. Antes de 1967, Estados Unidos se había mantenido al margen de cualquier intento diplomático para cambiar la realidad en la Palestina histórica porque no consideraba que fuera de su competencia.

De hecho, hasta el asesinato del presidente John F. Kennedy, en noviembre de 1963, las intervenciones diplomáticas de Estados Unidos sobre esta cuestión no estuvieron coordinadas con Israel en las escasas ocasiones en que tuvieron lugar y a veces, aunque la administración estadounidense decía apoyar a Israel, la postura de Estados Unidos chocaba con las acciones y deseos de Israel. Hasta 1963, el Gobierno de Estados Unidos aún respaldaba el derecho al retorno de los refugiados palestinos, no le entusiasmaba la canalización israelí del río Jordán y en ocasiones condenaba las operaciones israelíes de represalia excesivas en territorio jordano y sirio contra el movimiento guerrillero palestino. Estados Unidos también se negó a ayudar a Israel a construir plantas nucleares, por lo que Israel recurrió a Francia para ello.

Sin embargo, en 1963 se fundó el AIPAC (el Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel), un enorme grupo de presión proisraelí. Este construyó una extensa maquinaria política que se aseguró de que la inmensa mayoría de los políticos estadounidenses prestara apoyo incondicional a Israel, de manera que, aunque la administración se sintiera incómoda con las políticas de Israel, esto nunca se traduciría en ninguna acción significativa.

La última condena irrelevante por parte de Estados Unidos llegó tras el final de la guerra de los Seis Días, cuando Israel se anexionó oficialmente el este de Jerusalén. Ya en 1949, Estados Unidos se había unido a otros países en la condena ante la decisión israelí de hacer del oeste de Jerusalén su capital, violando así los términos del Plan de Partición de la ONU, que preveía que Jerusalén fuera una ciudad internacional. Por esto, hasta la presidencia de Donald Trump, la embajada estadounidense estaba en Tel Aviv y no en Jerusalén.

Pero después de la guerra de 1967 Estados Unidos adoptó una estrategia diferente que sigue determinando sus prioridades en la actualidad. La estrategia se basaba en la idea de que el conflicto había comenzado en 1967, que no era culpa de Israel y que sería generoso por parte de Israel que este cediera algunos territorios en aras de la paz. La base de esta estrategia era la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU, que respondía a la guerra de 1967. En una versión de la Resolución 242, se pedía a Israel que

se retirara de todos los territorios ocupados y reconociera la integridad territorial de sus vecinos como condición previa para la paz. Israel, en lo que ya se estaba convirtiendo en su comportamiento habitual, insistió en que esto solo significaba la retirada de algunos de los territorios.

La ONU también reiteraría el mismo principio tras la guerra del Yom Kipur, de octubre de 1973, en la que Egipto y Siria atacaron Israel con el objetivo de conquistar los Altos del Golán ocupados. Israel repelió el ataque con la ayuda de Estados Unidos, lo que condujo a una larga tregua que acabaría desembocando en un tratado de paz entre Israel y Egipto. La Resolución 338 del Consejo de Seguridad de la ONU exigió la aplicación de la Resolución 242 y defendió con la boca pequeña los derechos de los refugiados palestinos, tanto de 1948 como de 1967.

Antes de la guerra del Yom Kipur, esta estrategia estadounidense, derivada de la Resolución 242 de la ONU, también fue respaldada por la Comunidad Económica Europea. Estados Unidos no la aplicó de manera uniforme y coherente, sino que esta varió en función de la personalidad del presidente correspondiente. Obviamente, Obama le dio un tono diferente que Trump.

Durante la administración de Richard Nixon (1969-1974), Estados Unidos se involucró en los primeros intentos para impulsar una solución basada en la Resolución 242. Como secretario de Estado, William Rogers trató de llevar a cabo el Plan Rogers (que lleva su nombre) para la paz, que implicaba la retirada israelí de los territorios egipcios y una paz duradera entre Israel y Egipto. Ignoraba la cuestión de Palestina. Sin embargo, se vio superado por el asesor de Seguridad Nacional de Nixon, Henry Kissinger, que más tarde asumiría el puesto de Rogers como secretario de Estado.

Este intento fracasó, y fue el fracaso que condujo a la guerra del Yom Kipur en 1973.

Hubo un intento alternativo defendido en la ONU por los países árabes y africanos que proponía un enfoque muy diferente del problema de la Palestina histórica. Los países recién descolonizados, especialmente los africanos, se unieron para ayudar a los negros de Sudáfrica en su lucha contra el régimen del *apartheid* y consideraban que Israel era otro Estado de *apartheid* al que había que oponer

la misma resistencia. Para ellos, tanto el Congreso Nacional Africano (CNA) como la Organización para la Liberación de Palestina (OLP, fundada en 1964 como organismo que aglutinaba todos los grupos de resistencia palestinos) eran movimientos anticolonialistas legítimos. En 1975, estos Estados miembros consiguieron aprobar una resolución en la Asamblea General de la ONU que declaraba que el sionismo «es una forma de racismo y discriminación racial». Esta resolución se mantendría hasta 1991, cuando una nueva resolución, encabezada por Estados Unidos, la revocó. Fue parte del frente diplomático, dentro de la doble estrategia de la OLP para la liberación de Palestina, junto con la lucha armada.

La disposición de la OLP a entablar negociaciones consiguió una mayor legitimidad para la organización en toda Europa. Se instalaron consulados de la OLP en todo el mundo, pero la OLP no renunció a la guerra de guerrillas, a veces en detrimento propio. Una de sus operaciones contraproducentes fue el secuestro de la delegación israelí en los Juegos Olímpicos de Múnich de 1972, llevado a cabo por la filial militante Septiembre Negro. Once miembros israelíes de la delegación perdieron la vida en un intento fallido de rescatarlos por parte de la policía alemana. Israel tomó represalias asesinando a dirigentes de la OLP en Europa y el mundo árabe durante veinte años, en lo que denominó «Operación Ira de Dios».

Seis años después, Fatah emprendió otra operación: el secuestro de un autobús que se dirigía a Tel Aviv desde Haifa, en el que mató a treinta y siete civiles. Esta vez Israel respondió ocupando el sur del Líbano, base de la OLP desde 1970, pues quería destruir toda la infraestructura de la OLP en la zona. Hasta 1970, el cuartel general y las principales fuerzas de la OLP se concentraban en los campos de refugiados palestinos de Jordania. Sin embargo, los gobernantes hachemíes se sintieron amenazados porque la OLP y los grupos que la componían utilizaban el territorio jordano como base para lanzar ataques contra suelo israelí. En septiembre de 1970, los jordanos decidieron actuar contra la presencia de la OLP en Jordania e iniciaron una despiadada campaña militar contra ellos, que culminó con el traslado del cuartel general de la OLP a Beirut y al sur del Líbano. En el sur del Líbano, hubo voluntarios

de muchas partes del mundo que se unieron a los grupos palestinos para entrenarse como guerrilleros. En 1978, a Israel no le hizo mucha gracia que sus oponentes tuvieran ocho años de entrenamiento guerrillero a sus espaldas y lanzó la Operación Litani, llamada así por el río situado a treinta kilómetros de la frontera entre Israel y el Líbano.

Israel ocupó el sur del Líbano hasta el río Litani e intervino directamente en la guerra civil libanesa que se libraba desde 1975. En el Líbano, las milicias musulmanas suníes, los grupos de izquierda, los cristianos maronitas de derechas conocidos como «falangistas» y un grupo militante chiita llamado Amal (el predecesor de Hezbolá) luchaban por el control del país. La OLP y Siria ya habían tomado partido. Dentro del abanico de fuerzas que surgió, la OLP y los falangistas maronitas estaban en bandos rivales. Cuando Israel decidió invadir el sur del Líbano, se unió al Ejército del Sur del Líbano maronita, bajo el mando del comandante Haddad, con soldados procedentes de las comunidades maronitas y chiitas del sur del Líbano.

El Ejército del Sur del Líbano gobernó a todos los efectos el sur del Líbano para Israel, sustituyendo a la OLP como fuerza armada allí. Pero la OLP continuó su lucha y, en 1981, la frontera entre el Líbano e Israel volvió a convertirse en un campo de batalla. No obstante, gracias a la mediación estadounidense, ambas partes acordaron una tregua a principios de 1982, pero esta no duró mucho. En pocos meses Israel violaría sus condiciones.

## La guerra de Sharón contra los palestinos (1981-1982)

Este retorno a la guerra se debió a las decisiones de un nuevo y ambicioso ministro de Defensa, Ariel Sharón, nombrado por el Gobierno conservador de Menájem Beguín (1977-1983). Se empeñó en anexionarse Cisjordania y la Franja de Gaza, fuese o no de manera oficial. Como hemos visto, este no era su primer roce con los palestinos. En 1953, dirigió la Unidad 101, que perpetró la tristemente célebre masacre de Qibya. Como comandante general del

sur de Israel, llevó a cabo una despiadada campaña de represión contra los palestinos de Gaza que participaban en actividades de resistencia entre 1968 y 1970.

Aunque su carrera floreció en regiones normalmente asociadas al Partido Laborista de Israel, en 1977 ayudó a Menájem Beguín a crear un importante bloque político de derecha, el Likud, que abogaba por la creación de un Gran Israel, es decir, la anexión de Cisjordania y la Franja de Gaza.

Ya antes de convertirse en ministro de Defensa, impulsó la expansión de los asentamientos judíos en Cisjordania en sus anteriores cargos gubernamentales. Cuando accedió al Ministerio de Defensa, sustituyó el régimen militar por una administración civil, que se impuso en Cisjordania y la Franja de Gaza en 1981. Israel dirigió la administración civil como si fuera el Gobierno de los territorios ocupados; y esto llevó a Israel un paso más allá en el camino hacia la anexión. En la práctica, la vida de los palestinos se hizo aún más miserable, pues añadió el acoso de una burocracia hostil a la humillación de la opresión militar. Si eras un palestino en Cisjordania o la Franja de Gaza, no podías desplazarte, tener un trabajo, ir a la universidad o acudir a un hospital sin obtener los permisos necesarios de la administración civil.

Estos permisos se revisaban en los puestos de control, que se convirtieron en la pesadilla de la vida cotidiana de los palestinos. Los soldados intimidaban, maltrataban y perseguían a los palestinos de manera habitual. El servicio de seguridad israelí utilizaba los puestos de control para presionar a los palestinos para que colaboraran como informadores o se les denegarían los permisos que necesitaban.

Los dirigentes palestinos bajo la ocupación respondieron en 1978 creando un comité nacional, el Lajnat al-Tawjih («Comité de Orientación» en árabe), que buscó medios no violentos para poner fin a la ocupación, pero sus dirigentes fueron detenidos por el ejército israelí y atacados por colonos judíos.

Esto no era suficiente para Sharón. Primero intentó establecer una dirección palestina alternativa, llamada «Liga de los Pueblos», que fuera leal a Israel, pero no lo consiguió. Los líderes de Cisjordania y la Franja de Gaza en aquel momento eran leales a

la OLP como único representante del pueblo palestino que estaba dispuesto a discutir una solución de dos Estados y exigía el retorno de los refugiados.

La sede de la OLP estaba entonces en el Líbano. A pesar de la ocupación israelí del sur del Líbano en 1978, seguía ejerciendo una fuerte influencia en la política de los palestinos allí donde estuvieran. Sharón creía que era incapaz de alimentar un liderazgo palestino alternativo debido a la influencia de la OLP.

Sharón buscaba un pretexto no solo para destruir a la OLP en el Líbano, sino para instalar un gobierno proisraelí en el Líbano. La oportunidad surgió el 4 de junio de 1982, cuando el grupo Abu Nidal, no afiliado a la OLP, intentó asesinar al embajador israelí en Londres, Shlomo Argov. Dos días después, Israel inició lo que denominó «Operación Paz para Galilea», también conocida como la Primera Guerra del Líbano. Esa era la táctica de Sharón para acabar con la resistencia palestina, pero fracasó.

El ejército israelí consiguió ocupar gran parte del Líbano, incluida la capital, Beirut. Para ello contó con la ayuda de los falangistas, la milicia maronita de derechas que esperaba que Sharón la ayudase a obtener más poder en el Líbano. Y, con la ayuda de Israel, un presidente de su grupo, Bashir Gemayel, fue elegido durante poco tiempo para una plataforma de paz con Israel. Esta alianza también permitió a los falangistas masacrar a miles de palestinos en dos campos de refugiados, Sabra y Shatila, en septiembre de 1982.

El ejército israelí sitió Beirut y la bombardeó sin descanso. Bajo el liderazgo de Yasser Arafat, la OLP se rindió y aceptó trasladar su cuartel general a Túnez. Abandonaron el Líbano en septiembre de 1982. El ejército israelí se retiró de Beirut y regresó al sur del Líbano.

En ese momento comenzó una nueva lucha de resistencia contra la ocupación israelí del sur del Líbano, dirigida por un nuevo grupo chiita, Hezbolá. Tras una larga guerra de guerrillas, en 2000 Hezbolá obligó al ejército israelí a retirarse completamente del Líbano.

La pérdida de poder de la OLP, tras su traslado a Túnez, afectó a su capacidad para continuar la lucha por la liberación de Palestina.

En un intento por sacar lo mejor de las circunstancias desfavorables, la OLP decidió colaborar estrechamente con Jordania, a pesar de la poca fiabilidad del reino, y formar parte de los esfuerzos estadounidenses por la paz. No obstante, por parte de Israel no hubo voluntad de llegar a un acuerdo sobre el futuro de los territorios ocupados, ni con Jordania ni con la OLP.

12

# Entre dos intifadas (1987-2000)

En 1987, los habitantes de los territorios ocupados estaban hartos de veinte años de expulsiones forzosas, detenciones, encarcelamientos prolongados sin justificación y de que los abusos se convirtieran en su rutina. No esperarían a que una OLP escarmentada los dirigiera en su lucha de liberación. En diciembre de 1987, después de que un camión israelí chocara con un coche civil en Gaza, estalló la Primera Intifada («Levantamiento» en árabe). Fue principalmente un movimiento de protesta no violento, en el que los palestinos lograron controlar pueblos y barrios y gestionarlos de forma solidaria y autosuficiente durante un breve periodo de tiempo. El ejército israelí reaccionó con todos los medios a su alcance. Lamentablemente, el entonces ministro de Defensa, Isaac Rabin, ordenó a los soldados «romper los huesos» de los manifestantes. Hubo manifestaciones generalizadas de solidaridad con el levantamiento entre los palestinos dentro de Israel.

El levantamiento continuó hasta 1993. Israel mató a más de mil palestinos, encarceló a personas sin un juicio previo y aplicó medidas de castigo colectivo, como la demolición de viviendas, los toques de queda, el cierre de escuelas y expulsiones.

La situación se complicó algo más a principios de la década de 1990, tras la invasión de Kuwait por Sadam Husein. El presidente de la OLP, Yasser Arafat, decidió apoyar a Sadam, mientras que la mayor parte del mundo árabe condenaba la invasión. Como consecuencia de esta decisión, la OLP quedó aún más aislada en la escena internacional. También perdió el apoyo de las superpotencias con el que había contado durante décadas: la Unión Soviética se derrumbó, lo que sumió a Rusia en una crisis interna.

Pero la primera guerra del Golfo tuvo un lado positivo. Estados Unidos respondió a la invasión de Kuwait formando una coalición militar internacional para obligar al ejército iraquí a retirarse de Kuwait. Los países árabes aceptaron participar con la condición de que Estados Unidos convocase una conferencia internacional que buscase una solución a la cuestión palestina.

Los palestinos tenían más esperanzas en esta conferencia que en los esfuerzos anteriores, porque esta vez se los incluiría en las negociaciones sobre el futuro de Palestina. Ya a finales de la década de 1980, antes de la invasión de Kuwait, Estados Unidos estaba dispuesto a entablar negociaciones directas con la OLP en Túnez, porque intuía que la organización y su líder estaban muy interesados en formar parte de una *Pax Americana*. Sabían que Arafat estaba dispuesto a reconocer a Israel y a renunciar a la lucha armada o, como la calificaban Estados Unidos e Israel, al terrorismo. Lo que los estadounidenses no podían prever era que ni siquiera esas medidas tan drásticas persuadirían a Israel de que detuviera su colonización de Cisjordania y el Gran Jerusalén. Israel tampoco estaba dispuesto a entablar negociaciones serias para obtener una solución de dos Estados. Ya gobernase el Likud o los laboristas, el Gobierno israelí no tenía ninguna intención de renunciar al territorio ganado en las guerras de 1948 y 1967. Israel se había apoderado con éxito de toda la Palestina histórica y había expulsado a millones de palestinos de sus hogares. Este era el principal logro del Estado judío para las sucesivas administraciones israelíes.

## La Conferencia de Paz de Madrid (1991)

Animados por la actitud reconciliadora de la OLP, Estados Unidos y la Unión Soviética, en sus últimos días, convocaron una conferencia de paz a finales de octubre de 1991 en Madrid.

Estados Unidos obligó a Israel a participar en esta conferencia; ese tipo de presiones era una de las características del nuevo enfoque estadounidense. Este se enfrentó al intransigente primer ministro Isaac Shamir, al frente de un Gobierno del Likud tras la disolución del Gobierno de unidad de Israel (1984-1988). Israel

aceptó asistir con la condición de que la OLP no acudiera oficialmente. Hay que insistir en lo absurdo de todo este asunto: Israel solo asistiría si no tenía que negociar con los palestinos. Se llegó a un acuerdo: dos delegaciones palestinas fueron a Madrid. Una procedía de Cisjordania y la Franja de Gaza y formaba parte de la delegación oficial jordana. La otra delegación no tenía ningún papel oficial; procedía de Túnez y representaba a la OLP.

Los miembros de la primera delegación se prepararon meticulosamente para la conferencia. Estaban dirigidos por personas como Haidar Abdel Shafi, de la Franja de Gaza; Faisal Husayni, de Jerusalén, y Hanan Ashrawi, de Ramala. Ellos contaban con el asesoramiento de equipos de expertos palestinos (los «Tawaqim»), que trabajaban en la Casa de Oriente de Jerusalén, planificando la infraestructura para un Estado palestino independiente en Cisjordania y la Franja de Gaza.

La Casa de Oriente pertenecía a la familia eminente más importante de Jerusalén, los Husayni. Tras la guerra de los Seis Días de 1967, se convirtió en la sede informal del movimiento nacional palestino y fue objeto de represión habitual por parte del Gobierno israelí. En 1988, por ejemplo, se cerró por completo. No obstante, la familia Husayni siguió apoyando el movimiento nacional palestino y convocando a estos equipos. Sus planes sentaron las bases políticas y sociales para una auténtica solución de dos Estados. Si los israelíes hubieran estado dispuestos a transigir entonces, la solución de los dos Estados podría haber sido factible.

Sin embargo, los israelíes rechazaron rotundamente todas las ideas de los delegados palestinos, aunque el Departamento de Estado de Estados Unidos consideraba que estas eran impresionantes. En cualquier caso, no solo los israelíes rechazaron el trabajo de los equipos palestinos con base en Jerusalén. Los líderes de la OLP en Túnez sintieron que perdían su condición de único representante político de los palestinos. De ahí que Israel y la OLP entablaran conversaciones entre ellos. La Conferencia de Paz de Madrid se saldó con un rotundo fracaso, pues estuvo dominada por un paradigma de «resolución de conflictos» que ignoraba las causas reales del conflicto. Lo emblemático de esta conferencia fue la decisión de aplazar indefinidamente el debate sobre la situación

de Jerusalén y el derecho al retorno de los refugiados, que eran dos puntos cruciales de la contienda.

## El Acuerdo de Oslo I (1993)

En 1992, el Partido Laborista liderado por Isaac Rabin volvió a hacerse con el poder en Israel. Al principio, Palestina no era prioritaria para Rabin, pues estaba más interesado en firmar la paz con Siria. Creía que después podría liberar el camino para lograr la paz con los palestinos.

Su eterna némesis, el ministro de Asuntos Exteriores Shimon Peres, con la ayuda de su adjunto, Yossi Beilin, prefirió intentar primero la vía palestina. Estos acertaron al considerar que la OLP de Túnez carecía de la fortaleza de los dirigentes palestinos de la Casa de Oriente y estaba mucho más dispuesta a hacer concesiones, así que Peres inició negociaciones directas con la OLP en Túnez, sin que el primer ministro tuviera conocimiento de ello.

El Partido Laborista de Israel tenía una buena relación de trabajo con el Partido Laborista y los sindicatos de Noruega, al igual que la OLP. Así que el Fafo, un instituto sin ánimo de lucro fundado originalmente por la Confederación Noruega de Sindicatos, era la elección natural para actuar como mediador.

La historia y la filosofía del Fafo encajaban muy bien con los israelíes. Este se basaba en las teorías actuales de gestión de conflictos de las ciencias sociales occidentales. En términos más sencillos, analizaba los conflictos en términos de desequilibrios de poder y de quién era el bando más fuerte. En el conflicto palestino-israelí, es evidente que era Israel. El papel del mediador consiste en obtener la mejor oferta del bando más fuerte y presionar al más débil para que la acepte. En este contexto, las exigencias de la parte más débil no cuentan mucho. Su papel es simplemente aceptar las migajas que le dé el bando más fuerte. El supuesto que hay detrás de estas «negociaciones» es que lo que se ofrece es una mejora suficiente en comparación con la situación actual como para que el bando más débil esté dispuesto a aceptarlo, independientemente de que se acerque o no a lo que quiere obtener realmente.

En esencia, este era el marco que guiaba el Acuerdo de Oslo I, firmado el 13 de septiembre de 1993 en los jardines de la Casa Blanca. Una OLP sin poder, ahora desprovista de la antigua Unión Soviética, condenada en algunos países árabes por el apoyo de Arafat a la invasión iraquí y consciente del surgimiento de un liderazgo palestino alternativo en los territorios ocupados, acordó, sobre el papel, aceptar el dictado israelí.

Los israelíes estaban dispuestos a renunciar al control directo de cerca del 40 % de Cisjordania y permitir que un nuevo organismo creado por el Acuerdo de Oslo I, la Autoridad Palestina, gestionara los asuntos internos de los palestinos, pero esta tendría que aceptar colaborar con el Ejército y los servicios secretos israelíes en la vigilancia y represión de cualquier resistencia a la ocupación. La antigua OLP se metamorfoseó en la nueva Autoridad Palestina (la AP), y el líder de la OLP, que seguía siendo Yasser Arafat, se convirtió en el presidente de la AP. El Acuerdo también preveía una nueva institución, el Consejo Legislativo Palestino, como parlamento de la Autoridad Palestina, que funcionaría en paralelo al Consejo Nacional Palestino, el principal órgano de toma de decisiones de la OLP. La duplicidad de la OLP, que actuaba a espaldas de la mayor parte de la resistencia, obstaculizó el desarrollo de una estrategia palestina clara y unida. Algunas de las figuras y organizaciones clave de la resistencia, que formaban parte de la OLP, rechazaron el Acuerdo de Oslo I y se negaron a formar parte de la AP. Curiosamente, los grupos de izquierda sí se unieron a ella. Este fue un punto de inflexión clave para la resistencia palestina, que hasta entonces estaba dominada por una dirección ampliamente laica y de izquierdas. Los grupos políticos islamistas, Hamás y la Yihad Islámica Palestina, no se unieron a la AP y se negaron a organizarse bajo la bandera de la OLP. No aceptaron el Acuerdo de Oslo I y, como resultado, el movimiento de resistencia estaba claramente dividido.

En la actualidad para muchos occidentales, obviamente, Hamás en particular es prácticamente sinónimo de la resistencia palestina. Vamos a examinar sus orígenes para explicar cómo alcanzó tal relevancia. *Hamás* es el acrónimo en árabe de «Resistencia Islámica» («Harakat al-Muqawama al-Islamiya»). Este surgió de la rama palestina de los Hermanos Musulmanes, fundada en Egipto

en 1928. El movimiento surgió como reacción a dos acontecimientos importantes del periodo de entreguerras: la sensación de que las potencias occidentales seguían ejerciendo demasiada influencia cultural y económica, y el fracaso de los movimientos nacionales laicos para conseguir una independencia auténtica y abordar los problemas arraigados de pobreza, desempleo y viviendas precarias. Hassan al-Banna, un maestro de escuela carismático, convenció a los trabajadores de que la mejor manera de abordar estos problemas era un renacimiento islámico. En Egipto, los Hermanos se centraron en un inicio en la prestación de servicios sociales, como la escolarización y la sanidad, pero para muchos de sus partidarios se transformó en una visión política de un Estado islámico que aplicaría la *sharía*. Esto se contraponía a los modelos de Estado occidentales, que parecían provocar que gran parte de la población estuviera hambrienta y desempleada.

La rama de los Hermanos Musulmanes en la Franja de Gaza también aunaba estas dos tendencias: aquellos que buscaban la solidaridad en la piedad y quienes creían que la liberación de Palestina solo podría lograrse bajo términos islámicos.

Tras la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania, las autoridades israelíes mostraron una actitud positiva hacia los Hermanos Musulmanes. Creían que se crearía una división entre los palestinos que debilitaría el movimiento laico Fatah, que por entonces intentaba liberar activamente los territorios ocupados y Palestina en general. Por eso permitieron que se volvieran más influyentes dentro de la Franja de Gaza.

En diciembre de 1987, poco después del estallido de la Primera Intifada, los Hermanos Musulmanes tomaron la decisión de crear una facción armada: lo que ahora todos conocemos como Hamás. Su líder, el jeque Ahmed Yasín, abogaba públicamente por la fundación de un Estado islámico en Palestina y por la lucha contra Israel; unos principios que aparecieron en los estatutos de Hamás en 1988. Sin embargo, para Israel, Hamás seguía siendo un contrapeso útil contra las fuerzas laicas y de izquierda dentro del movimiento de resistencia. Los antecedentes del apoyo encubierto de Israel difieren completamente de sus declaraciones melodramáticas actuales acerca de que Hamás no es mejor que el Dáesh.

La Yihad Islámica Palestina también surgió del movimiento de los Hermanos Musulmanes, pero se creó antes, en 1981, inspirada por la Revolución Islámica de Irán. Aún hoy sigue asociada a la República Islámica de Irán.

Ambos movimientos tenían un ala militar y otra política. En muchos países occidentales están oficialmente considerados organizaciones terroristas. A pesar de las condenas de Occidente, siguen formando parte del movimiento anticolonialista de liberación palestina.

## El Acuerdo de Oslo II: un nuevo tipo de ocupación

En septiembre de 1995, los vagos principios del acuerdo de Oslo se plasmaron en un acuerdo más detallado, el Acuerdo de Oslo II.

Este se firmó en Taba, cerca de la frontera entre Israel y Egipto, y se retransmitió en directo para el público interesado. Así, millones de personas vieron el momento en que Arafat fue empujado, literalmente, por el presidente egipcio a firmar el acuerdo. Tenía buenas razones para mostrarse indeciso, como veremos más adelante.

Los israelíes insinuaron, aunque se negaron a comprometerse explícitamente a ello, que la zona palestina que sería gobernada de manera autónoma según los Acuerdos de Oslo podría convertirse en un Estado. Pero estaba claro que, fuera cual fuese su forma, este no podría funcionar sin la cooperación y el control general de Israel. El área asignada a los palestinos en el Acuerdo de Oslo II se definió como Zona A e incluía las partes más densamente pobladas de Cisjordania, pero no suponía más del 18 % de Cisjordania.

Oslo definió otras dos áreas: la Zona B, donde Israel y la Autoridad Palestina compartían el poder pero, obviamente, Israel era el gobernante a todos los efectos; y la Zona C, donde estaba la mayoría de los asentamientos judíos israelíes. El acceso de los palestinos a la Zona C estaba restringido. La Franja de Gaza seguía sin estar definida, pero se gestionó de una forma similar a la Zona B.

A los palestinos se les ofreció tener Ramala como capital y no hubo ningún debate real sobre el problema de los refugiados palestinos. Israel prometió en falso que abriría el debate sobre Jerusalén y los asentamientos en el futuro, como recompensa por el «buen comportamiento» palestino.

Al principio, al menos desde la perspectiva de la OLP, parecía un trato justo. Sus líderes, Arafat incluido, podían regresar a Palestina y crear las instituciones palestinas que serían la base de un futuro Estado palestino. También es posible que algunos de ellos, entre quienes estaba Arafat, esperasen continuar con la lucha por la liberación desde dentro.

Hasta noviembre de 1995, los líderes y muchos civiles palestinos consideraban que el Acuerdo de Oslo II era un buen comienzo, y algo que podría mejorar con el tiempo, pero el desarrollo de la situación en la región impidió que hubiera más concesiones para los palestinos. Al final el Acuerdo de Oslo II creó una realidad en los territorios ocupados que era mucho peor que la anterior.

Las cuestiones sin resolver sobre los asentamientos provocaron una violencia sin precedentes por parte de los colonos judíos. Las facciones de la resistencia palestina totalmente opuestas al Acuerdo de Oslo respondieron atacando objetivos civiles, incluidos autobuses y centros comerciales israelíes. A su vez, el ejército israelí castigó colectivamente a la población palestina. El acuerdo parecía haber desencadenado ciclos de violencia, no traer la paz.

Además, los conservadores israelíes se oponían fervientemente a los Acuerdos de Oslo y no querían concesión alguna para los palestinos. En noviembre de 1995, tan solo dos meses después de la firma del Acuerdo de Oslo II, asesinaron al primer ministro israelí, Isaac Rabin. A partir de entonces, la política israelí viró rápidamente hacia la derecha.

El sucesor natural de Rabin en el Partido Laborista, Shimon Peres, no ganó las siguientes elecciones. Un atentado terrorista brutal perpetrado por un judío de extrema derecha no fue suficiente para evitar el giro de Israel hacia la derecha.

Y así Benjamín Netanyahu, líder del partido de derecha Likud, ganó sus primeras elecciones para ser primer ministro de Israel. Esta sería una de tantas. Prometió cumplir los Acuerdos de Oslo,

pero, en la práctica, su Gobierno aplicó medidas cada vez más opresivas contra los palestinos. Se construyeron cientos de puestos de control entre las zonas A, B y C, entre el norte y el sur de la Franja de Gaza y entre los territorios ocupados e Israel.

Como hemos visto, estos puestos de control eran el escenario de la degradación rutinaria de los palestinos. Las fuerzas israelíes no tenían reparos en violar flagrantemente los derechos básicos de los palestinos y abusar de los civiles sin motivo alguno. En los momentos de mayor tensión, las organizaciones de derechos humanos informaron de que había madres que tenían que dar a luz cerca de los puestos de control, sin poder llegar a los hospitales, y de pacientes que morían por el mismo motivo. La vida normal se hacía imposible: llegar al colegio, al trabajo o a casa para cenar dependía de los caprichos de los soldados que estuvieran en el puesto de control ese día. En 1996, el Gobierno de Netanyahu construyó una valla de alambre de espino alrededor de la Franja de Gaza. Ahora se parecía aún más a una cárcel.

Además, el nuevo Gobierno del Likud intensificó la judaización de la zona del Gran Jerusalén, permitiendo abiertamente que los colonos judíos desahuciaran a los palestinos. También se inventó pretextos para obligar a los palestinos jerosolimitanos a trasladarse a Cisjordania y designó determinados barrios de Jerusalén, que originalmente no formaban parte de la Zona C, como «pueblos de Cisjordania», convirtiéndolos así en parte de la Zona C.

Cualquier tipo de resistencia era objeto de brutales castigos colectivos. Al principio del mandato de Netanyahu, después de que Israel construyera túneles junto al Muro Occidental de Jerusalén, estallaron las protestas palestinas masivas tanto en Cisjordania como en la Franja de Gaza. Durante esas protestas murieron cincuenta y nueve palestinos. Los estadounidenses, al darse cuenta de que la situación estaba llegando a un punto crítico, intentaron reinstaurar el «proceso de paz». En 1998, intentaron que Netanyahu y Arafat se reconciliasen.

En Maryland, en 1998, Arafat y Netanyahu firmaron el Memorando de Wye River, un acuerdo que nunca llegaría a aplicarse, pues estaba completamente alejado de la realidad. El acuerdo preveía que, a cambio de trasladar una pequeña parte de la Zona C y

una parte aún menor de la Zona B a la Zona A, los palestinos cesarían con la resistencia a la ocupación. Israel pensó que era una acción demasiado generosa. La Zona C, bajo dominio directo israelí, comprendía entonces más del 70 % de Cisjordania. Sigue así en la actualidad.

Se firmó un acuerdo más restrictivo, que tampoco se hizo realidad, sobre el futuro de la ciudad de Hebrón, la capital comercial de Cisjordania. Para entender por qué Hebrón era tan conflictiva, tendremos que remontarnos a las dos ideologías rivales que impulsaban la colonización judía de Cisjordania, y concretamente a los sionistas mesiánicos de Gush Emunim.

Como ya hemos visto, había dos mapas para la colonización judía de Cisjordania. Uno era el del Partido Laborista, que evitaba los asentamientos en las zonas con una gran densidad de población palestina, y otro era el elaborado por el nuevo movimiento mesiánico, Gush Emunim, cuyo objetivo era asentarse en las zonas con mayor población palestina, puesto que se trataba de lugares importantes para el Antiguo Testamento. En Hebrón coincidían ambos mapas. El Gobierno laborista construyó cerca de Hebrón una nueva ciudad, Kiryat Arba, que acogía, entre otros, a muchos discípulos del rabino Meir Kahane, un judío norteamericano que se estaba haciendo famoso por su petición de trasladar a todos los palestinos fuera de Israel y de los territorios ocupados. Un grupo mesiánico se instaló en el casco antiguo de Hebrón. Con la ayuda de los zelotes de Kiryat Arba, expandieron su presencia hasta el centro de Hebrón. Se fueron instalando en otros barrios mediante una política pública de agresiones y violencia mientras el Ejército miraba hacia otro lado. Esto provocó la desarabización casi completa de la ciudad vieja. Allí solamente permanece un grupo de palestinos valientes que sufren constantes abusos por parte de los colonos. A la comunidad internacional le alarmó el rápido deterioro de la ciudad y se intentó negociar un nuevo acuerdo.

En enero de 1997, la ONU obligó a Israel y Palestina a firmar el Protocolo Relativo al Redespliegue en Hebrón, pero ese acuerdo no llegó a ratificarse nunca. Este dividió Hebrón en dos zonas: H1, un área palestina que suponía el 80 % de la ciudad, y H2, la

parte judía. No obstante, en H2 también había palestinos. El acuerdo prometía proteger a estos palestinos con una fuerza internacional no militar que vigilara la situación. La fuerza estuvo operativa solo durante un breve periodo de tiempo y, posteriormente, Israel la obligó a marcharse de Hebrón. Los palestinos quedaron indefensos ante una campaña coordinada de intimidación y acoso que continúa hasta hoy. La ciudad vieja parece una zona de guerra abandonada.

¿Y qué hacía mientras tanto la flamante Autoridad Palestina? En teoría, disponía de una fuerza policial armada, pero nunca fue capaz de intervenir con eficacia. Por su parte, intentaba convertirse en un gobierno propiamente dicho, por lo que contemplaba la posibilidad de celebrar elecciones de vez en cuando y establecía auténticas instituciones estatales. Pero los disturbios de Hebrón y otros lugares revelaron su impotencia intrínseca. El gobierno de la Autoridad Palestina nunca fue totalmente democrático y no era ajeno a una importante corrupción. Así, el futuro de los palestinos dependía de Israel y dependía de su propia capacidad para resistirse a las políticas más brutales de Israel.

En 1999, Benjamín Netanyahu perdió la candidatura para ser primer ministro en un segundo mandato. El Partido Laborista, con Ehud Barak a la cabeza, volvió al poder.

13

# La Segunda Intifada (2000)

Cuando Ehud Barak llegó al gobierno, lo único que quería era cumplir los Acuerdos de Oslo. Tuvo suerte: el entonces presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, anhelaba desesperadamente que lo recordasen por algo que no fueran las relaciones sexuales con su secretaria, Monica Lewinsky.

Presionado por Clinton y Barak, Yasser Arafat se vio obligado a participar en una cumbre de verano en 2000 en Camp David, la residencia de vacaciones del presidente de Estados Unidos. Fue un encuentro muy extraño. Tras siete años de fracasar en su intento de traducir los Acuerdos de Oslo en una paz real, Clinton y Barak intentaron lograrlo en dos semanas. Querían ganar prestigio en sus países. Arafat sabía que, si se negaba a participar, lo acusarían de belicista.

En la cumbre, Arafat intentó sortear el deseo de Estados Unidos e Israel de describir el acuerdo propuesto como un acuerdo definitivo. Sugirió que el acuerdo sería provisional, y que él regresaría a Palestina con la buena noticia de que habría menos puestos de control, menos asentamientos y una actitud abierta por parte israelí para negociar las cuestiones más espinosas de Jerusalén, el derecho al retorno de los refugiados y un Estado palestino en el futuro. Barak y Clinton no lo aceptaron. Se pidió a Arafat que aceptase ese acuerdo como el definitivo. Es decir, le pidieron que firmase que no habría un Estado palestino real, ningún cambio en el estatus de Jerusalén y ninguna solución real al problema de los refugiados. Como dijo después uno de los negociadores palestinos, «la mayor tergiversación de todo esto es decir que Barak ofreció algo». Arafat se negó. Como había previsto, lo acusaron de belicismo.

Unas semanas después de que Arafat regresara a Palestina, el líder de la oposición israelí, Ariel Sharón, llevó a cabo una visita provocadora a Haram al-Sharif, el lugar sagrado para los musulmanes, pues sabía perfectamente que eso incitaría a los disturbios. Los palestinos frustrados le lanzaron piedras cuando descendía del monte. Luego echó más leña al fuego al declarar: «El Monte del Templo sigue en nuestras manos». Las esperanzas menguantes de que los Acuerdos de Oslo hicieran justicia y las provocaciones deliberadas de Sharón desencadenaron la Segunda Intifada.

A diferencia de la Primera Intifada, esta se trató de un levantamiento mucho más militarizado que se extendió al propio Israel. El ejército y la policía israelíes mataron a tiros a trece ciudadanos palestinos que protestaban en Israel. Los grupos islamistas de la resistencia reanudaron la campaña de atentados suicidas en Israel. El más mortífero lo perpetró Hamás: el atentado contra el Park Hotel de Netanya cuando los judíos celebraban la Pascua judía. Murieron treinta personas y más de ciento cuarenta resultaron heridas.

Israel respondió con la Operación Escudo Defensivo, en la que reocupó Cisjordania y partes de la Franja de Gaza. La operación fue mucho más despiadada que los castigos colectivos habituales. Algunos periodistas israelíes con buenos contactos afirman que fue para compensar la retirada humillante de Israel del Líbano frente a Hezbolá en el verano de ese año.

Israel desplegó su fuerza aérea para bombardear ciudades, masacró a personas en los campos de refugiados de Yenín e impuso un asedio a Arafat en la cámara de su gobierno en un recinto conocido como la Mukataa, la antigua sede del gobernador militar en Ramala. Mantuvieron esta campaña de represión durante años. Solo cuando Arafat enfermó de gravedad —y hay sospechas fundadas de que fue envenenado por los israelíes— y finalmente con su fallecimiento, en noviembre de 2004, Israel se calmó un poco.

A Arafat lo sustituyó Mahmud Abás, que era su segundo al mando. Abás era muy consciente del trato que Israel había dispensado a su predecesor y adoptó una actitud más prudente. Reforzó la coordinación de la Autoridad Palestina con los servicios de seguridad israelíes y abandonó por completo la lucha armada como medio de resistencia a la ocupación.

Al principio esto dio sus frutos: volvieron a recibir fondos extranjeros para proyectos de reconstrucción, educación y bienestar, que llegaban a los despachos ministeriales de la Autoridad Palestina o se entregaban a ONG locales, siempre que no contradijeran el nuevo enfoque. La Autoridad Palestina permitió que las ONG críticas con su política siguieran trabajando, pues quería parecer respetable a los ojos occidentales, pero fue implacable con los activistas políticos, especialmente con los de Hamás y la Yihad Islámica Palestina. Estos no solo se oponían a la Autoridad Palestina, sino que persistían en la guerra de guerrillas contra la ocupación.

14

# Israel y Palestina en el siglo XXI

A medida que fue disminuyendo la violencia, se desarrollaron dos procesos simultáneamente. En la región, Israel siguió consolidando su control sobre toda la Palestina histórica (Cisjordania, la Franja de Gaza y el propio Israel). Mientras tanto, Estados Unidos intentaba infructuosamente insuflar vida al «proceso de paz», que se había convertido en una broma de mal gusto.

## La creación de un Estado de *apartheid*

Durante los años posteriores a la Segunda Intifada, Israel intensificó la judaización de Cisjordania y la región de Jerusalén. También privó aún más de sus derechos a los ciudadanos palestinos de Israel. La Knéset, el Parlamento israelí, aprobó una nueva oleada de leyes, incluida la infame Ley de Nacionalidad y Entrada en Israel de 2003. Esta ley prohibía que los habitantes de Cisjordania y Gaza obtuvieran automáticamente la ciudadanía o el permiso de residencia por matrimonio con un ciudadano israelí, lo que significaba que los ciudadanos palestinos israelíes podían tener prohibido reunirse con sus cónyuges. Este conjunto de leyes culminaría en 2018 con la Ley Básica del Estado-Nación Judío, que rebajaba el árabe de lengua del Estado a una lengua meramente protegida con un «estatus especial», reivindicaba Jerusalén como capital de Israel y promovía la expansión de los asentamientos. También daba prioridad a los judíos emigrados en cuanto a derechos de ciudadanía.

El periodo hasta 2018 estuvo repleto de leyes discriminatorias. En 2011, el Gobierno aprobó la Ley de la Nakba: a cualquier institución

oficial que conmemorase la Nakba se le retirarían los fondos estatales y su protección. Otras leyes otorgaban el derecho de las ciudades y zonas de residencia judías a no permitir la entrada de ciudadanos palestinos de Israel. A finales del siglo XX, el 97 % de la tierra era propiedad directa o indirecta de instituciones judías como el Fondo Nacional Judío (que posee por sí solo el 13 % de la tierra). Los estatutos del Fondo Nacional Judío prohíben las transacciones de tierras con personas no judías. Muchas otras instituciones tienen políticas similares, ya sea de manera oficial o informal. A los palestinos, que constituyen más del 20 % de la población del Estado de Israel, por lo general se les prohíbe comprar tierras, así que no pueden desarrollar las ciudades y pueblos existentes, y mucho menos construir más, mientras que los asentamientos judíos se expanden sin cesar.

En el Néguev, un área desértica en el sur de Israel, los beduinos, un pueblo históricamente nómada, se enfrentaron a una judaización igualmente agresiva. Tras la creación del Estado israelí, los empujaron hasta una zona llamada «Siyag» (que significa literalmente «cercado») y la Ley de Protección de la Vegetación de 1950 hizo que la agricultura y el pastoreo, que eran sus actividades principales, se convirtieran en un crimen. A lo largo del siglo XX, los obligaron a instalarse en municipios y el Gobierno israelí se negó a reconocer sus reivindicaciones sobre la tierra. Como respuesta, los beduinos construyeron sus propios pueblos sin el permiso estatal, los llamados «pueblos no reconocidos». Israel ha perseguido la demolición de estos pueblos como política oficial, sobre todo dentro del Plan Prawer de 2011, que habría supuesto la reubicación de entre cuarenta mil y setenta mil beduinos. Los beduinos demuestran una notable resistencia ante estos desafíos: el pueblo de Araqib ha sido destruido más de cuarenta veces y cada una de ellas los habitantes han vuelto a reconstruirlo.

La judaización no es, por lo tanto, tan solo una política de obtención de territorio y construcción de asentamientos en Cisjordania y Jerusalén, sino una política que se extiende por todo Israel. En 2000, los palestinos constituían aproximadamente la mitad de la población entre el río Jordán y el mar Mediterráneo. Durante décadas han sido expulsados, encerrados en guetos y privados deliberadamente

de sus derechos básicos. La judaización exige la subordinación perpetua de los palestinos, independientemente del lugar de la Palestina histórica en el que estén.

Mientras Israel construía una infraestructura jurídica cada vez más discriminatoria, Occidente hacía algunos movimientos inútiles hacia un proceso de paz, del tipo que fuera. La Liga Árabe estaba dispuesta a negociar: en 2002 propuso la Iniciativa de Paz Árabe, que habría garantizado el reconocimiento de Israel en todos los Estados árabes y habría previsto una auténtica solución de dos Estados basada en las fronteras anteriores a la guerra de 1967. Una concesión sorprendente fue que la redacción final aprobada no mencionaba el derecho al retorno de los refugiados. Sin embargo, Israel rechazó el plan por completo y Estados Unidos apoyó su postura.

El testigo pasó a un organismo totalmente distinto: el Cuarteto, creado como mediador tras el fracaso de la Conferencia de Madrid de 1991. Estaba formado por representantes de Estados Unidos, la ONU, la Unión Europea y Rusia, y redujo drásticamente sus ambiciones. Este consideraba que la resistencia palestina era el obstáculo principal para la paz, y no el expansionismo israelí. Como era de esperar, este planteamiento no tuvo mucho éxito. El Cuarteto, decidido, intentó ofrecer un nuevo acuerdo: una represión de la resistencia palestina bajo los auspicios de la Autoridad Palestina a cambio de la congelación de los asentamientos judíos en los territorios ocupados y el fin de los castigos colectivos impuestos a los palestinos. Esto también fue un fracaso.

Estos intentos se intensificaron tras la muerte de Arafat, en noviembre de 2004. El nuevo presidente, Mahmud Abás, no deseaba celebrar unas elecciones propiamente dichas, quizá por temor a perder su escaso control del poder. La Autoridad Palestina empezó a perder legitimidad, mientras que los movimientos islamistas ganaban popularidad debido a su compromiso con la lucha armada contra la ocupación.

Hamás, concretamente, obtuvo muy buenos resultados en las elecciones locales. Estaba claro que, si se celebraban elecciones nacionales a la asamblea legislativa palestina, resultaría uno de los partidos mayoritarios. En el lado israelí la política también se estaba polarizando. Desde 2001, el escenario había estado dominado

por Ariel Sharón, que había abandonado el Likud y fundado un partido aún más extremista: Kadima.

## La desvinculación israelí de la Franja de Gaza (2005)

En su puesto de primer ministro, Sharón quería acabar con ese incómodo estancamiento de la situación y había pensado una propuesta nueva. Para sorpresa de todos, en 2003 propuso expulsar a todos los colonos judíos de la Franja de Gaza, unas ocho mil personas, y renunciar a toda responsabilidad en la administración de la Franja. En junio de 2004, el Gobierno israelí aplicó esta idea, lo que provocó enfrentamientos violentos en la Franja.

Los colonos se defendieron con uñas y dientes, reacios a renunciar a sus hogares. Ariel Sharón, el hombre con múltiples masacres a su espalda, se transformó en un héroe extraño del proceso de paz. No obstante, la retirada de Gaza no se hizo por el bien de los palestinos; fue una maniobra completamente interesada. Al retirarse de la Franja de Gaza, Sharón esperaba «demostrar» que Israel no podía retirarse de Cisjordania porque sería demasiado traumático. La resistencia constante de Hamás había convertido a los colonos de la Franja de Gaza en un lastre para Sharón. Pensó que Gaza podría convertirse en una prisión para contener a Hamás y que Israel podría atacarla desde el exterior sin arriesgar la vida de sus propios ciudadanos.

En septiembre de 2005 habían acabado los traslados de colonos. La mayoría de los expertos en derecho internacional señalan que esa retirada no debe confundirse con el fin de la ocupación. A medida que se instauraba la nueva realidad en la región, quedó claro que lo que Israel estaba desarrollando era un nuevo modelo de ocupación.

Israel dejó un vacío de poder en la Franja de Gaza y la Autoridad Palestina tardó demasiado en llenarlo. Hamás estaba en una posición privilegiada para controlar la Franja. Para tratar de impedir que Hamás se hiciera con el poder, el Cuarteto presionó a la Autoridad Palestina para que celebrase elecciones al Parlamento de los territorios ocupados para formar un nuevo gobierno. Era

evidente que Mahmud Abás no tenía rivales reales para el puesto de presidente.

Las elecciones se celebraron en 2006; Hamás obtuvo más del 44 % de los votos. Según la ley de la Autoridad Palestina, su mayoría en el Consejo Nacional Palestino les permitía formar un gobierno y eso es exactamente lo que hicieron con Ismail Haniye, uno de sus líderes políticos. Sin embargo, ante la presión de Israel y Estados Unidos, hubo otros partidos que se negaron a reconocer el Gobierno. Israel detuvo a muchos de los miembros del Consejo Legislativo de Hamás y a sus principales activistas. Hamás tomó represalias secuestrando a un soldado israelí, Gilad Shalit, que estaría cautivo más de cinco años. Al darse cuenta de que ni Occidente ni Israel aceptarían un gobierno de Hamás, Hamás decidió tomar el control de la Franja de Gaza por la fuerza, mediante una guerra despiadada contra Fatah. Este es un momento oscuro en la historia del movimiento de liberación palestino. Posteriormente, se hicieron algunos intentos de unidad, pero no prosperaron. En este punto, debemos comprender la evolución actual de Hamás dentro de este contexto: cuando participaron en unas elecciones democráticas y ganaron por mayoría, los Estados supuestamente democráticos rechazaron el resultado y esto provocó una radicalización mayor. Como respuesta, Israel sitió toda la Franja de Gaza, privando a sus habitantes de muchos productos esenciales y limitando con frecuencia el acceso al agua y la electricidad.

## El último intento de lograr la paz (2006-2009)

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, surgió un nuevo conflicto en la frontera entre Israel y el Líbano. El grupo militante chiita Hezbolá secuestró a tres soldados israelíes que, según afirmaba, estaban en territorio libanés. Israel respondió con una segunda invasión del Líbano: había comenzado una nueva guerra. Israel arrasó prácticamente todo el sur de Beirut y bombardeó miles de edificios. Hezbolá consiguió romper las defensas de Israel y causar daños en sus ataques con cohetes al norte de Israel. Después

de treinta y cuatro días, la guerra terminó cuando el Consejo de Seguridad de la ONU acordó la Resolución 1.701. Israel prometió retirarse del sur del Líbano, que básicamente había vuelto a ocupar, y Hezbolá aceptó retirarse al norte del río Litani, es decir, a treinta kilómetros de la frontera entre Israel y el Líbano. Ninguna de las partes cumplió su parte del acuerdo. La fuerza especial de la ONU designada para supervisar su aplicación fue incapaz de hacer cumplir los términos de la resolución.

No obstante, entre el final de 2006 y el de 2008 surgió cierta esperanza por un futuro diferente. Esos fueron los dos últimos años del gobierno de Ehud Olmert, quien había sustituido a Sharón después de que este sufriera un derrame cerebral en 2006.

Relajando un poco la intransigencia israelí anterior, Olmert se mostró dispuesto a aceptar el programa de la Liga Árabe como base para las negociaciones. Sin embargo, tampoco estaba dispuesto a renunciar a los grandes bloques de asentamientos judíos en Cisjordania, aunque ofreció una compensación territorial por ellos en el desierto de Judea, al sur de Hebrón. Esto podría haber tenido potencial, pero había un gran obstáculo que salvar. Olmert, como Sharón, y como todos sus predecesores israelíes por muy progresistas que fueran, era incapaz de aceptar la existencia de un Estado palestino realmente independiente y soberano junto a Israel. Israel quería un Estado títere que nunca pudiera convertirse en un vecino hostil.

Nunca sabremos si Olmert hubiera persistido en su empeño. En 2008 dimitió, rodeado de acusaciones de corrupción y sobornos que acabarían condenándolo al encarcelamiento. Su sucesor fue Benjamín Netanyahu, que devolvió al Likud al Gobierno. Su programa era la expansión unilateral de la judaización de Cisjordania, el endurecimiento del asedio a los palestinos de Gaza y la consolidación del régimen de *apartheid* dentro de Israel contra sus habitantes palestinos.

## La era Netanyahu (2009-2024)

Cuando el presidente Obama ganó las elecciones estadounidenses en 2008 resurgió una cierta esperanza de que se retomase el proceso

de paz. Obama siguió la estrategia estadounidense de pacificación, de eficacia probada, en la que el papel de Estados Unidos consistía en imponer a los palestinos lo máximo que Israel estaba dispuesto a conceder. En cada intercambio, Israel ofrecía menos para, supuestamente, dar una lección a los palestinos; querían «castigar» a los palestinos por rechazar su «generosidad». Dos rondas de conversaciones bajo el mandato de Obama en 2010 y 2012 quedaron en nada, y ese bloqueo diplomático permitió a Israel seguir ampliando los asentamientos y oprimiendo a los palestinos. Los justicieros entre los colonos de Cisjordania se volvieron aún más beligerantes: quemaron casas, incendiaron campos, arrancaron árboles y, en algunas ocasiones, hirieron e incluso mataron a palestinos. El ejército israelí no hizo nada para proteger a los civiles palestinos.

Mientras esto ocurría, el Gobierno de Netanyahu intensificó sus esfuerzos por judaizar el este de Jerusalén. Con la ayuda entusiasta de ONG de colonos, financiadas por judíos y cristianos estadounidenses de derecha, el Gobierno comenzó una limpieza étnica de los barrios del este de Jerusalén, como Sheij Yarrah y Silwan. Esta fue la nueva estrategia dentro del intento de Israel por expulsar a los palestinos de la Palestina histórica hasta octubre de 2023. La limpieza étnica fue progresiva y a pequeña escala, centrada en barrios y no en ciudades enteras, pero no se detuvo ni un solo día.

El control de Netanyahu sobre el Gobierno se tambaleó entre 2018 y 2020, y se convocaron múltiples elecciones anticipadas. En marzo de 2021, perdió las elecciones legislativas frente a una coalición muy inusual de sus principales partidos: el islamista Ra'am y un partido de colonos relativamente moderado. No es de extrañar que no sobreviviera mucho tiempo. Durante su tiempo en el poder en mayo de 2021, durante once días los palestinos de toda la Palestina histórica se unieron para intentar acabar con el asedio a Gaza, la ocupación de Cisjordania y el *apartheid* en Israel. No tuvieron ninguna oportunidad y durante las represalias de Israel murieron doscientos sesenta palestinos.

Netanyahu regresó al poder con las elecciones de noviembre de 2022. Esta vez necesitaba a la extrema derecha como socio en el gobierno. Dos partidos, Otzma Yehudit (Poder Judío) y Ha-Ziyonut Hadatit (Sionismo Religioso), se unieron al Gobierno y ocuparon

puestos ministeriales muy relevantes. Los más importantes fueron el ministro de Seguridad Nacional, Itamar Ben-Gvir, y Bezalel Smotrich, ministro de Economía. Ambos, junto con otros ministros, pertenecían al movimiento mesiánico de asentamientos que judaizó Cisjordania a partir de 1967. Este movimiento engendró una nueva generación, a la que pertenecen estos ministros, de judíos racistas y supremacistas, que no solo deseaban expulsar a los palestinos de Cisjordania, sino que también pretendían imponer un *apartheid* más estricto a los palestinos en Israel. El propio Ben-Gvir fue condenado por incitación al racismo en 2007; su ideal era que Israel fuera un Estado teocrático.

Una de las primeras medidas de este nuevo Gobierno fue un intento de politizar lo que quedaba del sistema judicial israelí, aún relativamente independiente. Cabe señalar que la máxima autoridad judicial de Israel, el Tribunal Supremo de Justicia, no detuvo la colonización de Cisjordania, que era una violación del derecho internacional, y mantuvo la legalidad de la normativa discriminatoria aprobada contra los palestinos de Israel, sin importar cuántas veces se recurriera.

Sin embargo, para los judíos laicos de Israel, esta era la última línea de defensa contra la teocratización del Estado. Aunque no les preocupase la opresión de los palestinos, sin duda les alarmaban las posibles repercusiones para las comunidades LGTBQ, para otras minorías y la vida laica libre en ciudades como Tel Aviv, que, a pesar de la prohibición judía de consumir marisco, cuenta con un amplio número de marisquerías.

Por eso, cuando el nuevo Gobierno anunció el inicio de una reforma legal para que el sistema judicial se sometiera al Gobierno, cientos de miles de israelíes laicos salieron a la calle para manifestarse en contra.

Resulta esclarecedor que a cualquiera que planteara la cuestión de los territorios ocupados en estas manifestaciones se le dijera que se marchase de allí. El Israel laico no protestaba contra el Israel del *apartheid*, sino contra el Israel teocrático.

Sin embargo, este era un gran reto no solo para el Gobierno, sino para la cohesión de la sociedad judía israelí. Los líderes del movimiento de protesta pertenecían a las élites económicas de Israel y

eran reservistas en las fuerzas especiales y la fuerza aérea. Amenazaron con retirar su capital de Israel y negarse a servir en el Ejército, y algunos de ellos empezaron a cumplir sus advertencias.

Cuando Hamás cruzó las fronteras israelíes el 7 de octubre de 2023, entró en un país al borde de la guerra civil. Esa guerra se olvidó durante un momento, cuando Israel se unió para castigar a los habitantes de Gaza por las acciones de Hamás, pero las grietas cada vez se abrían más. Hay poco terreno común entre estos dos lugares, que podríamos llamar el Estado de Israel y el Estado de Judea. El Estado de Judea es el Estado de los colonos que creció en los asentamientos judíos de Cisjordania. Ahora es una importante fuerza política dentro de Israel que aspira a convertir Israel en un Estado más racista, fascista y teocrático.

Enfrentado a él está el Estado de Israel. Era el antiguo Israel, el que se enorgullecía de ser la «única democracia de Oriente Medio», una sociedad laica y pluralista. El hecho de que esto fuera cierto solo para su población judía no perturbaba demasiado su conciencia.

Lo que está claro es que en Israel ya no existe una verdadera izquierda, ni siquiera un lugar de paz real. Obviamente, hay personas que siguen creyendo de verdad en la posibilidad de una solución pacífica. Y los partidos políticos que representan a los habitantes palestinos de Israel también tienen un número reducido de miembros judíos. Hay una minoría que quiere trabajar por la justicia para toda la Palestina histórica, pero son pocos y carecen de capacidad para cambiar la política del Gobierno israelí.

15

# El contexto histórico y moral del 7 de octubre de 2023

Comencé este libro mencionando las palabras del secretario general de la ONU, António Guterres, sobre el 7 de octubre de 2023. Fue un leve reproche a la política de Israel, en el que se limitó a señalar la realidad de un pueblo que lleva cincuenta y seis años viviendo bajo ocupación. Espero que los lectores vean la verdad tras sus palabras, pero la reacción en Israel fue frenética.

El Gobierno israelí se apresuró a condenar la declaración. Los funcionarios israelíes exigieron la dimisión de Guterres, alegando que apoyaba a Hamás y justificaba la masacre que este perpetró. Los medios de comunicación israelíes también se sumaron a la condena y afirmaron, entre otras cosas, que el jefe de la ONU «había demostrado una sorprendente carencia de moral».

La reacción de Israel ante la afirmación de un hecho flagrante por parte de una figura internacional de tan alto nivel sugiere que está aumentando sus esfuerzos por censurar cualquier cuestionamiento del Estado y sus políticas, y suele recurrir a la acusación de antisemitismo para conseguirlo. Hasta el 7 de octubre, Israel había invertido mucho tiempo y energía en crear una definición consensuada de antisemitismo que incluyera la crítica al Estado israelí y el cuestionamiento de la base moral del sionismo. Actualmente basta con afirmar que desde el año 1967 las generaciones de palestinos han crecido bajo la ocupación para que se inicie una caza de brujas contra ti.

A Israel le conviene que todos olvidemos la historia y que cualquier violencia por parte de los palestinos se considere una atrocidad monstruosa, solo comprensible por el deseo de aniquilar a los judíos. Esto da a Israel carta blanca para aplicar políticas que

habría rechazado en el pasado, ya sea por motivos éticos o estratégicos, y los Gobiernos occidentales siguen su ejemplo.

Israel utiliza el ataque del 7 de octubre como pretexto para aplicar políticas genocidas en la Franja de Gaza. También es un pretexto para que Estados Unidos intente reafirmar su presencia en Oriente Próximo. Y es un pretexto para que algunos países europeos limiten las libertades democráticas en nombre de una nueva «guerra contra el terror». Esto se aprecia en que, por ejemplo, la policía de Berlín ha prohibido cantar y entonar cánticos en lenguas extranjeras en las protestas, o en cómo se ha detenido a descendientes de supervivientes del Holocausto en manifestaciones de solidaridad con Palestina en Estados Unidos.

Para que haya esperanzas de lograr la paz y la justicia en Israel y Palestina debemos recordar el contexto histórico clave.

Deberíamos empezar por 1948. La mayoría de las personas que viven en Gaza son refugiados de la limpieza étnica de 1948: primera, segunda y, ahora, tercera generación de refugiados. Israel creó la Franja de Gaza como zona de «almacenamiento» para poder llevar a cabo la limpieza étnica en otras regiones de la Palestina histórica. La Franja de Gaza no existía hasta 1948. Gaza era una ciudad cosmopolita en la Vía Maris entre Egipto y Turquía. Esa franja de terreno, que es el 2 % de la Palestina histórica, se convirtió en el mayor campamento de refugiados del mundo.

Los habitantes de Gaza y Cisjordania viven bajo ocupación desde 1967. Las personas de Cisjordania y Gaza pertenecen a la misma comunidad, así que las políticas que se aplican en una zona afectan también a la otra.

La ocupación, ejecutada en nombre del Ejército o de una administración civil, convirtió el encarcelamiento sin juicio, los asesinatos, la demolición de viviendas, la expropiación de tierras y los abusos del ejército en características de la vida cotidiana de los palestinos. En 1987 y 2000, la frustración ante esta persecución estalló en una resistencia abierta: la Primera y la Segunda Intifadas. Era cuestión de tiempo que estallara una tercera. El fracaso de los dos levantamientos fue también un fracaso del movimiento de liberación palestino más secular para poner fin a la subyugación de los palestinos. La consecuencia fue que muchos palestinos hallaron nuevas

esperanzas en grupos islamistas como Hamás y la Yihad Islámica Palestina. Para ellos y para muchos musulmanes de Palestina, la constante violación de la santidad de Haram al-Sharif, el Monte Sagrado de Jerusalén donde se encuentra la mezquita de Al-Aqsa, el tercer lugar más sagrado para el islam, era un insulto añadido a la degradación que experimentaban personalmente. Los cristianos palestinos, una de las comunidades cristianas más antiguas del mundo, tenían quejas similares sobre cómo había tratado Israel sus lugares sagrados en Jerusalén y Belén. Ahora Israel ha destruido una iglesia ortodoxa griega en Gaza.

Hamás y otros grupos palestinos advirtieron en numerosas ocasiones de que el arresto continuado de miles de presos políticos y las provocaciones relativas a Haram al-Sharif les empujarían a tomar medidas drásticas contra Israel, y pusieron como ejemplo el movimiento de 2021.

Lo más reciente es que la Franja de Gaza lleva diecisiete años sometida a un asedio implacable. En estos diecisiete años, las fuerzas israelíes han atacado directamente Gaza cuatro veces, por tierra, mar y aire. La mitad de la población de Gaza tiene menos de veintiún años, por lo que solamente conoce una realidad de asedio y bombardeos. Para quienes estamos a salvo y cómodos en nuestros hogares, es difícil comprender la capacidad destructiva de las bombas que muchos de nuestros Gobiernos venden a Israel. Un bombardeo aéreo en el siglo XXI es peor que lo que hemos leído en los libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Aunque logres escapar de las heridas y la muerte en estos bombardeos, el trauma siempre irá contigo.

Los combatientes de Hamás que irrumpieron en Israel el 7 de octubre eran en su mayoría jóvenes que aprendieron el lenguaje de la violencia gracias a las bombas que les había lanzado Israel. Eso no justifica sus acciones, pero no deberíamos estar tan seguros de que si nosotros hubiéramos sufrido el mismo trauma, sin un final cercano, no reaccionaríamos de una forma muy parecida.

# Conclusión

Resumamos lo que espero que pueda aprenderse de este breve ensayo. He escrito este libro para cualquier persona interesada en la historia de Israel y Palestina. Espero que conocer las injusticias cometidas contra los palestinos desde hace más de un siglo os anime a sentir solidaridad y uniros a su lucha y a levantaros contra la opresión allá donde estéis.

Primero he refutado el mito de que Palestina era una tierra vacía, una tierra sin pueblo para el pueblo sin tierra, como reza el lema sionista. Esto es completamente falso, y se demuestra con echar un vistazo a los libros de historia. Ya hemos visto que Palestina era una sociedad viva y diversa.

Igual de importante es la refutación de la idea de que las personas que vivían hace dos mil años en la Palestina romana fueron los antepasados de los colonos sionistas que llegaron por primera vez en 1882. La colonización no puede justificarse basándose en conexiones débiles extraídas principalmente de antiguos textos religiosos. Las leyes y los derechos ya no funcionan así.

La segunda conclusión es que se estableció un Estado judío en la Palestina histórica porque este servía a los intereses imperialistas británicos durante y después de la Primera Guerra Mundial. Al ayudar al movimiento sionista a construir un Estado (en el periodo entre 1918 y 1948), los británicos rompieron la promesa hecha a los palestinos de que los tratarían igual que a otras naciones de reciente creación, es decir, que podrían ejercer el derecho a la autodeterminación y obtener su independencia. Esto también hizo que los británicos fueran cómplices de la limpieza étnica de los palestinos en 1948.

La tercera conclusión es que, desde el momento en que el movimiento sionista decidió que Palestina sería el lugar elegido para una nueva nación judía, se convirtió en un movimiento de asentamiento de colonos. Los movimientos de asentamiento de colonos son movimientos de colonos europeos que buscan erigir una nueva Europa fuera de Europa, donde ya no son bienvenidos. En todos los casos, escogen lugares donde ya viven otros pueblos. Los nativos de esas regiones están considerados un obstáculo para los movimientos de asentamiento de colonos.

Si entendemos el sionismo como un movimiento de asentamiento de colonos, comprendemos mejor por qué los intelectuales y líderes escribieron desde una época temprana acerca de la necesidad de trasladar a los palestinos. Esto también explica por qué a mediados de la década de 1920 el movimiento sionista aprovechó las nuevas leyes territoriales de los británicos para perpetrar los primeros actos de limpieza étnica contra los granjeros palestinos. Esta limpieza étnica continúa desde entonces y hasta nuestros días. En 2023 llegó a unos extremos aún más violentos y costó la vida de decenas de miles de personas en la Franja de Gaza.

La cuarta conclusión es que, aunque en Occidente haya muchas personas dispuestas a ayudar en otras luchas anticolonialistas, sobre todo cuando se trata de un imperio rival, esto nunca se ha aplicado a los palestinos. Gracias a la fuerza de los poderosos grupos de presión proisraelíes, la lucha anticolonialista palestina se ha retratado como actos brutales de terrorismo sin una justificación real. Ya es hora de que reconozcamos el movimiento nacional palestino como un movimiento anticolonialista. En el Sur global y en muchos sectores de la sociedad civil del Norte global ya no es aceptable esa imagen del movimiento de liberación palestino como organización terrorista. No obstante, sin el reconocimiento mundial pleno del derecho de los palestinos a librar una lucha de liberación, el derramamiento de sangre en Israel y Palestina continuará.

La quinta conclusión es que los supuestos «esfuerzos por la paz» llevan liderados por Estados Unidos desde 1967 y han fracasado porque Estados Unidos y sus aliados en Europa han sido

unos intermediarios hipócritas. Siempre han desoído el sufrimiento y los derechos de los palestinos y han convertido el «proceso» en un escudo que permitía a Israel seguir con la ocupación y la colonización. En este contexto, hemos demostrado que los Acuerdos de Oslo, aclamados como un acuerdo de paz israelí generoso que fue rechazado de manera injustificada por los palestinos, no fueron nada de eso. Aquel fue un intento de sustituir una forma de ocupación por otra; suscitó esperanzas que no pudieron cumplirse y contribuyó al estallido de la Segunda Intifada.

La sexta conclusión es que la solución de los dos Estados, es decir, el concepto principal que conforma el llamado proceso de paz, ha fracasado estrepitosamente. Y lo ha hecho porque ya no es factible teniendo en cuenta la presencia de setecientos mil colonos judíos en Cisjordania y el giro general del sistema político israelí hacia la derecha, que no hará más que intensificarse con los acontecimientos del 7 de octubre de 2023. En cualquier caso, tampoco funcionaría porque sus premisas lógicas y morales son erróneas. Este solo se aplica a una pequeña parte de Palestina (el 22 %) y solo a una parte del pueblo palestino. Una solución real tiene que abordar los problemas de los refugiados palestinos y de la minoría palestina dentro de Israel. Y eso únicamente puede lograrse con una solución de un Estado democrático en el que todos, palestinos o israelíes, disfruten de los mismos derechos y tengan libertad de movimiento por toda la Palestina histórica.

La séptima conclusión es que debemos cambiar nuestra forma de hablar de Israel y Palestina. No tiene sentido que hablemos de paz, como si ambas partes fueran culpables de esta situación, cuando el proceso del que realmente estamos hablando es la descolonización. La Palestina histórica ha sido víctima del asentamiento de colonos durante más de un siglo, con un gran coste para ella.

La descolonización está estrechamente asociada a otros conceptos que el discurso político predominante de Occidente evita cuando se trata de Israel y Palestina: liberación y reconciliación.

No pretendo tener una hoja de ruta para alcanzar estos nobles objetivos. El movimiento de liberación palestino tendrá que averiguar cómo aplicar una solución en la práctica; una que sea justa

para todas las personas que viven en la actualidad en Palestina, incluidos los judíos israelíes.

Por último, lo que hemos visto en la Franja de Gaza durante el último año es el peor capítulo de la historia moderna de Israel y Palestina. A su debido tiempo, se recordará como una catástrofe inimaginable. Es demasiado pronto para predecir cómo afectará al futuro y al destino de los palestinos en los próximos años, pero si, como hemos hecho, repasamos la historia, podemos entender mejor la conexión entre los orígenes del sionismo en Palestina como movimiento de asentamiento de colonos y sus acciones, que siguen la lógica de la eliminación del nativo. Así comprenderemos por qué debemos ver la resistencia palestina, ante todo, como anticolonial, a pesar de las ideologías profesadas por sus participantes.

Hay otras ideas que derivan de adoptar el paradigma de los asentamientos de colonos. Este implica que cualquier solución en el futuro tendrá que tener en cuenta que en los últimos cien años la comunidad judía ha crecido hasta convertirse en una población de una cifra considerable, compuesta por ocho millones de personas. Se trata de una comunidad que ha construido un Estado moderno y uno de los ejércitos más fuertes del mundo para mantenerse como Estado judío y, sin embargo, no puede sobrevivir, o cree que no puede hacerlo, sin oprimir a los palestinos. Los palestinos siguen resistiendo y siguen planteando un desafío, a pesar de todos los intentos —que incluyen desde expulsiones hasta fuerza bruta y bombardeos— por expulsarlos como comunidad de la Palestina histórica.

Está claro que Israel como proyecto judío no funciona. Parece haber muy pocos puntos en común entre los judíos laicos y religiosos de Israel, aparte del odio a los árabes en general, y a los palestinos en particular. Pero eso no basta para una identidad nacional estable, pues no es algo de lo que una persona normal se sienta orgullosa.

Los líderes israelíes de nuestra época no ofrecen ningún futuro de paz y normalidad para los israelíes en un mundo árabe. Israel sigue viéndose a sí mismo como un puesto de avanzada occidental en un mundo árabe hostil, aunque la mayoría de los judíos que

viven en la actualidad en Israel ni siquiera procedan de Europa. Solo cuando Israel acepte la realidad de su pasado, y de su proximidad con sus vecinos geográficos, podrá participar en la creación de un futuro mejor para la Palestina histórica y para todo Oriente Medio. Espero que lleguemos a verlo.

# Lecturas recomendadas

Hay un gran corpus de obras de expertos sobre el conflicto entre Israel y Palestina. Esta es una selección breve de títulos que tratan los acontecimientos mencionados en este libro y que pueden resultar de utilidad:


Ali Abunimah, *The Battle for Justice in Palestine*, Haymarket, 2014.

Avi Shlaim, *The Iron Wall: Israel and the Arab World*, Penguin, 2014 [trad. cast.: *El Muro de Hierro*, Almed, 2011].

—, *Three Worlds: Memoirs of an Arab-Jew*, Oneworld Publications, 2023.

Diana Allan, *Voices of the Nakba: A Living History of Palestine*, Pluto Press, 2021.

Edward Said, *The Question of Palestine*, Vintage, 1992 [trad. cast.: *La cuestión palestina*, Debate, 2013].

Ella Shohat, *On the Arab-Jew, Palestine, and Other Displacements: Selected Writings of Ella Shohat*, Pluto Press, 2017.

Geoffrey Lewis, *Balfour and Weizmann: The Zionist, the Zealot, and the Emergence of Israel*, Bloomsbury, 2009.

Ghada Karmi, *One State: The Only Democratic Future for Palestine-Israel*, Pluto Press, 2023.

Hil Aked, *Friends of Israel: The Backlash against Palestine Solidarity*, Verso, 2023.

Ilan Pappé, *The Ethnic Cleansing of Palestine*, Oneworld Publications, 2007 [trad. cast.: *La limpieza étnica de Palestina*, Booket, 2014].

—, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1947–1951*, I.B. Tauris, 2015.

—, *Ten Myths about Israel*, Verso, 2017 [trad. cast.: *Los diez mitos de Israel*, Akal, 2019].
—, *The Biggest Prison on Earth*, Oneworld Publications, 2019 [trad. cast.: *La cárcel más grande de la tierra*, Capitán Swing, 2018].
John J. Mearsheimer y Stephen M. Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy*, Penguin, 2008.
Noura Erakat, *Justice for Some: Law and the Question of Palestine*, Stanford University Press, 2020.
Nur Masalha, *Expulsion of the Palestinians: The Concept of Transfer in Zionist Political Thought, 1882–1948*, Institute for Palestine Studies, 2012.
—, *Palestine: A Four Thousand Year History*, I.B. Tauris, 2022.
Patrick Wolfe, «Settler colonialism and the elimination of the native», *Journal of Genocide Research*, vol. 8, 2006.
Peter Shambrook, *Policy of Deceit: Britain and Palestine, 1914–1939*, Oneworld Publications, 2023.
Rashid Khalidi, *The Iron Cage: The Story of the Palestinian Struggle for Statehood*, Oneworld Publications, 2015.
—, *The Hundred Years' War on Palestine*, Profile, 2020 [trad. cast.: *Palestina*, Capitán Swing, 2023].

# Títulos recientes

## ENSAYO

**Vertedero**
Oliver Franklin-Wallis

**Un héroe olvidado**
Michael Smith

**Paso a paso**
Jeremy DeSilva

**El cuadro completo**
Alice Procter

**El reconstructor de caras**
Lindsey Fitzharris

**Todos los vivos y los muertos**
Hayley Campbell

**Trabajar: un amor no correspondido**
Sarah Jaffe

**El jardín contra el tiempo**
Olivia Laing

**El tiempo del fuego**
John Vaillant

**África no es un país**
Dipo Faloyin

**Hamás**
Tareq Baconi

**Educafakes**
J. Rogero, D. Turienzo

**Malismo**
Mauro Entrialgo

## NARRATIVA

**Tomates verdes fritos**
Fannie Flagg

**Walkaway**
Cory Doctorow

**Radicalizado**
Cory Doctorow

**La parábola de los talentos**
Octavia E. Butler

**La parábola del sembrador**
Octavia E. Butler

**Harold y Maude**
Colin Higgins

## ILUSTRADOS

**Lenin**
Agustín Comotto

**Historia del ordenador**
Rachel Ignotofsky

**Animales invisibles (II)**
Gabi Martínez, Jordi Serrallonga / Joana Santamans

**Mujeres en el arte**
Rachel Ignotofsky

**México insurgente**
John Reed / Alberto Gamón

**Y me llevo una**
Joseángel Murcia / C. Daura

**«El mejor manual disponible sobre una de las tragedias coloniales más persistentes del mundo»**

**Abdel Razzaq Takriti**

**Una guía** indispensable para entender el conflicto entre Israel y Palestina, y cómo aún podríamos encontrar una salida al mismo. La devastación del 7 de octubre de 2023 y los horrores que siguieron asombraron al mundo. Pero el conflicto palestino-israelí no empezó el 7 de octubre. Tampoco empezó en 1967, cuando Israel ocupó Cisjordania, ni en 1948, cuando se declaró el Estado de Israel. Empezó en 1882, cuando los primeros colonos sionistas llegaron a lo que entonces era la Palestina otomana. Ilan Pappé desentraña la historia de dos pueblos que ahora comparten una misma tierra. Remontándose a los padres fundadores del sionismo, nos conduce con maestría por los vericuetos de la política internacional hacia Israel-Palestina, la resistencia palestina a la ocupación y los cambios que se están produciendo en el propio Israel. Firme defensor de la creación de un único Estado compartido por israelíes y palestinos, para Pappé la atrocidad de la respuesta de las fuerzas armadas israelíes al 7 de octubre ha provocado que gran parte de la sociedad global cambie su foco de atención a las víctimas palestinas, y que Israel esté perdiendo así la batalla del relato.

Capitán Swing

capitanswing.com

BOOKS NOT BOMBS

#BooksNotBombs

9 788412 953039

BIC: FV